



## CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

FUNDADOR Y PROPIETARIO.—D. EDUARDO ASQUERINO.

DIRECTOR.—D. VÍCTOR BALAGUER.

PRECIOS DE SUSCRICION: En España, 24 rs. trimestre, 96 adelantado.—En el Extranjero, 40 francos al año, suscribiéndose directamente; si no, 60.—En Ultramar, 12 pesos fuertes.

ANUNCIOS EN ESPAÑA: medio real línea.—COMUNICADOS: 20 rs. en adelante por cada línea.—REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid, calle de Florida Blanca, núm. 3.

Los anuncios se justifican en letra de 7 puntos y sobre cada columna.—Los reclamos y remitidos en letra de 8 puntos y cuatro columnas.—Para mas pormenores véase la última plana.

COLABORADORES: Señores. Amador de los Rios, Alarcon, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Anñon (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Alberto de Quintana, Becquer, Benavides, Bueno, Borao, Bona, Breton de los Herreros, Campaamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Serrano, Conde de Pozos Dulces, Colmeiro, Correa, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Dacarrete, Eguilaz, Escosura, Estrella, Fernandez Cuesta, Ferrer del Rio, Fernandez y G., Figuerola, Forteza, Federico Alejos Pita, Félix Pizuela, Garcia Gutierrez, Gayangos, Graells, Harzenbusch, Janer, José Feliu, José Joaquín Ribó, Lopez Garcia, Larra, Larrañaga, Lasala, Lorenzana, Llorente, Madoz, Mata, Montesino, Mañé y Flaquer, Molins (Marqués de), Matos, Ochoa, Olavarría, Olázaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pi Margall, Poe, Reinoso, Retes, Ribot y Fontseré, Rafael Blasco, Rios y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Rodriguez (Gabriel), Selgas, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmeron, Serrano Alcázar, Teodoro Llorente, Trueba, Varela, Valera, Vicente Boix.

## SUMARIO.

Revista general.—Muerte por decapitacion. ¿Es instantánea la muerte por decapitacion? por D. Pedro Mata.—La Republica federal. (conclusion), por D. Antonio Bergues de las Casas.—Incompatibilidad del poder temporal y del espiritual que se atribuye al romano Pontífice, por F. J. Moya.—Una tragedia del teatro latino (El Hipólito), de Lucio Anseo Seneca, traducida por D. Eugenio de Ochoa.—Revista científica universal, por el Dr. H. Doneran.—El formalismo político y la interinidad, por D. M. Calavia.—Un episodio, por D. Victor Balaguer.—Administracion pública, por D. Alberto de Quintana.—Seccion de estadística. Estadística física. Emigraciones, por D. Federico Alejo Pita.—Amar y querer. Los egoístas. El busto de nieve. Los celos. Caton de Utica. La duda. Los padres y los hijos. Los hijos y los padres (sonetos), por D. Ramon de Campoamor.—Una historia de amores, por D. Victor Balaguer.—Anuncios.

## LA AMÉRICA.

MADRID 13 DE FEBRERO DE 1870.

## REVISTA GENERAL.

El exámen de los detalles, de las minuciosidades, de los pequeños accidentales y peripecias de la vida política, solo puede tener interés en una revista general, cuando estos detalles y estos accidentes se los contempla, no en el valor inmediato é interesado que para sus agentes tengan, si no en su significacion, en su carácter, en su sentido, con relacion á la totalidad del principio que los origina y á la universalidad de móvil que los regula, aun sin saberse de ello los mismos actores que inmediatamente los producen.

Los acontecimientos de esta quincena, á pesar de sus proporciones menudas y de su insignificancia trascendental, son, sin embargo, dignos de consideracion, en cuanto que á favor de ellos y por ellos, podemos levantarnos al reconocimiento de las condiciones permanentes que regulan el movimiento característico de esta situacion y sus elementos constitutivos.

El incidente mas de bulto, el episodio mas acentuado de la quincena, ha sido indudablemente el relativo á la proposicion discutida en la Asamblea pidiendo la exclusion de todos, absolutamente de todos los Borbones del trono de España y su incapacidad legal para ocupar.

Mirado este acontecimiento por fuera y por sus proporciones externas y meramente sensibles, ciertamente que no mereceria comentario ninguno; aceptada ó desechada la mencionada proposicion, el resultado ineludible siempre seria el mismo. Los Borbones, todos los Borbones, han sido, antes que todo y sobre todo, excluidos por la conciencia pública y barridos para siempre de la escena política, para que puedan nunca los partidos quebrantar ese fallo, sin réplica, del espíritu nacional indignado que, cuando estalla, es de una fuerza inapelable. Bajo este punto de vista, la proposicion ni daba ni

quitaba importancia al juicio sin apelacion que el país unánimemente habia emitido en Setiembre del 68.

La cuestion para nosotros es de otra índole, y se refiere mas principalmente á levantarnos por ella y mediante ella; á la investigacion y exámen de la psicología de los partidos y de las crisis porque atraviesan en cada momento de su existencia y en cada instante decisivo de su conducta.

Las revoluciones no deben estudiarse meramente en el ruido y en el bullicio de los acontecimientos explosivos, ni en las transformaciones súbitas y aparentes que afectan al sentido, sino que deben examinarse predominantemente, atendiendo al espíritu que remueven, á las preocupaciones que resienten, á los vicios que atacan, á las conciencias que modifican.

Ahora bien; ¿qué era la proposicion mencionada, respecto de cada uno de los diversos elementos existentes en la Asamblea Constituyente? ¿Cuál era la fisonomía, el carácter, la procedencia, el temperamento, la actitud que segun esto, tocaba guardar á cada uno de ellos? Hé aquí la cuestion que para nosotros tiene trascendentalísima significacion.

Ver el todo en las partes, examinar lo esencial en lo accidental, contemplar lo permanente en lo variable, es en verdad la obra seria, la obra grave, la obra profunda del político. Estudiar los partidos en sus actos, es estudiar las conciencias en su actitud; estudiar las conciencias en su expresion determinada, es estudiar la historia en sus leyes ineludibles, y seguir paso á paso la lucha interna del espíritu en los hombres.

Todos sabemos que habia una resistencia latente; una resistencia íntima; una resistencia profunda contra la proposicion, de parte de todos aquellos elementos que menos aireada tienen su alma por el nuevo sacudimiento revolucionario, y que mas dispuestos se hallan á reducir á una componenda de partido, lo que es una explosion providencial de esta nacion que ha comenzado á despertar de su sueño de siglos. Estos elementos tienen el espíritu demasiado sumergido en las viejas tradiciones de nuestra vida política, para poder de pronto aligerarse de las preocupaciones que el interés satisfecho y el monopolio explotado alimentan: estos elementos tienen muchos errores en su entendimiento que desvanecer, y muchos egoísmos en su sentimiento que anular, para poder con voluntad desembarazada, resolverse á obrar segun pide de suyo la conciencia libre, de las enervaciones que la oscurecen y la mutilan; y como el hombre entero se expresa en cada caso con todo lo que es, y con todas las condiciones que han determinado su educacion, su cultura, sus horizontes, su perspectiva, sus desengaños, sus quimeras, sus excecpticismos y sus miras pe-

culiars; de aquí que es históricamente imposible que un doctrinario deje por de pronto de llevar á sus actos todo este mundo interno que constituye su modo característico de sér.

Hé aquí por qué la union liberal no podia, dados sus antecedentes, dada su naturaleza, dados sus pre-juicios, dadas sus costumbres, sus compromisos, sus vicios de escuela, de tiempo y de posicion, dejar de ser refractaria á la proposicion radicalmente antiborbónica que iba á discutirse.

Inútil era hablarle á nombre de la revolucion realizada; inútil recordarle el grito universal, espontáneo, que al estallar habia lanzado; inútil traerle á cuento la elocuente indignacion del país en masa al solo recuerdo del apellido exorado: cuando los espíritus se hallan dominados por la peculiaridad de sus ambiciones y de sus miras interesadas, se ciegan tan espantosamente, que ni las muestras mas ostensibles y abrumadoras de la conciencia pública, bastan para desvanecerles la negra nube que entre sus ojos y el objeto se interpone.

Por otra parte, el partido radical, profundamente revolucionario por sus sentimientos; amante de la libertad por sus proscripciones, por sus padecimientos, por sus martirios; ávido de responder con entusiasmo á las exigencias soberanas de la opinion pública, á la cual escucha con ánimo decidido de secundar, tenia resuelto de antemano apoyar la proposicion y votarla solemnemente.

A pesar de todo, la proposicion fué desechada, y hé aquí el fenómeno que merece detenidas consideraciones.

El partido radical es, indudablemente, un partido esencialmente revolucionario; este carácter es imposible desconocerlo sin notoria injusticia. Sus hombres son otros hombres que los de la union liberal; su temperamento, sus antecedentes, su educacion, se han formado de modo distinto; y ciertamente que una larga vida de oposicion, que una infatigable actividad consagrada á luchar frente á frente con los obstáculos, acrisolan el alma y le dan una energia y una decision por la causa que se defiende cuando esta causa es la de la libertad, la del derecho y la de la justicia, que hacen incontrovertible su adhesion y firmísimas sus convicciones.

Pero no basta esto; la oposicion educa redimiendo los vicios, curando las preocupaciones, saneando los caracteres, pero es preciso que á una con esto se adquiera en ella arte político, conocimiento fijo de las situaciones, penetracion hondísima de las posiciones que se ocupan y del partido que de ellas puede sacarse. Ser táctico en política, es una de las habilidades inexcusables.

Quizá algo de esto le ha faltado al partido radical en el momento solemne de

decidir su línea de conducta en la proposicion indicada; tal vez no ha visto con suficiente claridad la posicion crítica, desventajosa, perdida, anulada, en que la union liberal se encontraba, y cómo en vez de ser la que imponia condiciones, era la subordinada, la sometida, la que se veia obligada á protestar y á callar, protesta desde luego impotente, y silencio verdaderamente ineficaz y estéril, que ningun mal designio podia ocultar, aunque lo aparentase. No ha faltado quien, explicándose la cuestion bajo este punto de vista, ha querido darse cuenta de este procedimiento del partido radical, atribuyéndolo á motivos personalísimos.

Evidentemente Emilio Ollivier está con firme resolucion decidido á ir des- envolviendo una política liberal de que tan necesitada se halla hoy la Francia. Dificultades inmensas tiene, sin embargo, que ir gradualmente venciendo. ¿Podrá vencerlas todas? ¿Se halla el imperio completamente decidido á dejarse influir por las corrientes democráticas, cada dia mas invasoras y cada vez mas energicas y vigorosas?

Esta es indudablemente toda la obra del actual Gabinete francés. Por de pronto, alguna heterogeneidad hay en el seno mismo del ministerio, y no faltan en él miembros mas ó menos habituados á los antiguos procedimientos políticos que, á todas luces, serán los primeros obstáculos íntimos que habrá que vencer, caso de no poder ser convencidos.

Por otra parte, el imperio mismo no sabe quizá á fondo toda la serie de transacciones á que obliga una transacion fundamental en el desenvolvimiento y desarrollo de una política reformista. Cuando por espacio de algunos años se ha tenido por norte el maquiavelismo doctrinario y el eclecticismo equilibrista de todos esos poderes, que solo viven ensayando posturas, es difícil entrar de pronto y con plena sinceridad en un orden y en una via de reconstitucion, que supone muertos y enterrados para siempre los vicios de sangre, de que tan plagadas están todas esas omnipotencias que sueñan con el privilegio dinástico y con la supremacia semi-divina que los sistemas de transicion reconocen todavia hoy al jefe del Estado.

La democracia trae en los tiempos actuales un sentido mas renovador de lo que á primera vista parece; y ciertamente que el universal interés que en estos tiempos se concede á la relacion política, no es por su carácter meramente formal y externo, sino por el contenido esencial, interno y profundo que trae consigo. La democracia no es simplemente un cuadro de derechos políticos que piden desenvolvimiento, sino un conjunto de condiciones jurídicas, á favor de las cuales



la vida toda ha de sufrir una transformación completa.

¿Cuál es, en razón de esto, el porvenir inevitable de las antiguas instituciones políticas? ¿Cuál su influencia ulterior? ¿Cuál su misión? Indudablemente que otra distinta y hasta plenamente contraria á la que hasta aquí han venido expresando y manifestando. El mundo, en su desarrollo progresivo, ha comenzado á caminar de dentro á fuera y de abajo á arriba. En vez de ser lo de fuera lo constituyente, lo determinante, la piedra angular del nuevo edificio social, en adelante será lo constituido, lo determinado, la cúpula del edificio; y esto es muy natural: cuando el espíritu de examen que todo lo penetra, que todo lo sondea, que todo lo analiza, ha sometido al escarpelo de la crítica las bases, los fundamentos, el sustentáculo de sus poderes y el principio de su legitimidad, se ha encontrado sin esta, y se ha reconocido que solo la buena fe y la precipitación del juicio han podido hacer á los pueblos idólatras de las instituciones.

Las premisas de la democracia están sentadas é impuestas á este siglo eminente renovador; su influencia va siendo cada vez mas acentuada; su elevación á las regiones oficiales es ya irresistible; los poderes privilegiados se ven obligados, mas que les pese, á reconocerle su fuerza y á dar paso á su acción; sus resultados ulteriores los acabamos de señalar; el fin inquebrantable á que tienden está demasiado explícito para dar lugar á vacilaciones y dudas: ¿cuál será, por tanto, la conducta irrenunciable del imperio? ¿Cómo saldrá del fatídico dilema en que se halla envuelto? Resistir, es anticipar la muerte; caer súbitamente; solo transigiendo es como podrá Napoleón III dar su último suspiro en lecho imperial, y ciertamente que, para tan mezquino resultado, no habia para qué tomarse la pena de entrar en transacciones; verdad es que esto se halla, por lo menos, atenuado cuando se vive con la ilusión de perpetuar un apellido en el trono. Dejémosle con su esperanza si á favor de ella y por interés de ella sabe trabajar en beneficio de la libertad.

Tan vigorosa, tan enérgica, tan eficaz es la influencia de la democracia en nuestro siglo, que no hay pueblo de Europa que no tenga carcomidas sus viejas tradiciones por su espíritu regenerador.

El crecimiento liberal, no solo de Prusia, sino de Alemania entera, á pesar de las aspiraciones autocráticas de sus reyes feudales y de sus divinizados emperadores, va tomando un carácter cada vez mas sostenido; y ciertamente que las renovaciones que allí se verifican, son tan hondas y eficaces, tan por dentro de la vida entera, que precisamente por eso mismo suelen pasar aparentemente desapercibidas, sin hacer el ruido que los acontecimientos explosivos de nuestras naciones meridionales.

Las tendencias unitarias del gobierno de Prusia, ni alucinan exaltándolos á los prusianos con risueñas perspectivas diplomáticas, ni son bastantes á borrar el sentido individualista de los demás Estados germánicos, por el hecho sensible y plástico de la unidad política con tendencias panteístas que Bismark ha soñado. La democracia allí, penetra predominantemente por otras relaciones de la vida, y aspira á formar primero hombres, para crear despues ciudadanos. Modo á la verdad inverso del que nosotros seguimos, y del que sigue Italia, nuestra hermana en martirios, nuestra hermana en aspiraciones, nuestra hermana en procedimientos.

Ni la Inglaterra misma, que parecia como la inquebrantable en medio de las luchas profundas que devoran al continente, se ve libre del torrente invasor de la democracia que todo lo agita. La Inglaterra feudal, la Inglaterra aristocrática, la Inglaterra de las grandes vinculaciones y de los patrimonios exclusivos de la riqueza, del talento, de la influencia, del poder, puede resistir á los golpes decisivos que el espíritu democrático va dando á las antiguas instituciones, á las antiguas preeminencias, á los antiguos organismos sociales. Una democracia especial, una democracia peculiarísima se le está formando á la vieja Albion con el nombre de fenianismo. Qué significa el fenianismo, no hay para qué detenernos á considerarlo ahora minuciosamente; pero téngase en cuenta que el

fenianismo, es, en su fórmula concreta, un derecho que ha exigido la rehabilitación de la conciencia, como el punto de partida mas seguro y fecundo de comenzar una regeneración social, y una transformación completa de las condiciones de vida que hasta aquí han sido los dogmas estrechos aunque incontrovertibles del vivir humano de aquella nación.

Cuando en el horizonte de un siglo tan complejo en sus elementos como el nuestro y tan profundamente corroido por el excepticismo contra los arrugados dogmas de los tiempos y de las edades que nos han precedido, se levanta una afirmación majestuosa, no tarda esta en iluminar todas las crestas y en descender gradualmente á las hondonadas mas ocultas y á los valles mas oscuros y tenebrosos.

#### MUERTE POR DECAPITACION.

¿ES INSTANTÁNEA LA MUERTE POR DECAPITACION?

En un periódico francés, el *Gaulois*, ha publicado el Dr. Pinel una carta, en la que se propone probar que el infeliz guillotinado no muere instantáneamente; que el tronco separado de la cabeza vive todavía por algun tiempo, sin que pueda revelarlo por carecer de medios para ello; y que no solo vive tambien por espacio de tres horas la cabeza, sino que piensa y tiene conciencia de su horrorosa situación.

Al desenvolver y sostener su peregrina tesis, empieza el citado doctor suponiendo que, cuando el célebre Cabanis presentó su informe á la Constituyente (año IV) acerca del suplicio de la guillotina, obró mas en su ánimo la hombría de bien que la ciencia; el laudable fin de tranquilizar á los parientes de las víctimas, que la convicción favorable á la instantaneidad de la muerte, ejecutada con aquel aparato horrible. Dice además, que, en aquella época, solo se habian estudiado superficialmente las enfermedades del cerebro, y que el progreso de la psicología y de la fisiología permite y obliga á pensar de otra manera.

No nos sorprende la singular opinion del Dr. Pinel. Lo que si extrañamos es que pretenda apoyarla en el progreso de la psicología y fisiología. Y en el mas profundo estudio de las enfermedades cerebrales. Vamos á seguirle en sus razonamientos, y esperamos demostrar, hasta la última evidencia, que *acto continuo de ejecutada la decapitacion, ni vive el tronco, ni piensa la cabeza del infeliz decapitado.*

#### I.

Comencemos por sentar algunas bases fisiológico-psicológicas, tomadas de la fisiología moderna.

Desde los tiempos de Cabanis, contemporáneo de Bichat, la vida está dividida en funciones orgánicas y funciones anímicas, que es como si dijéramos en funciones de nutrición, debidas todas al movimiento molecular de asimilación y desasimilación continuas y funciones de relación, constituidas por las de la sensibilidad, inteligencia, voluntad y movilidad, las cuales forman los elementos de la conciencia.

La vida orgánica ó nutritiva, está bajo la inmediata dependencia del sistema nervioso ganglional ó gran simpático (situado principalmente en el cuello, pecho y vientre), sin que por eso sea independiente, en absoluto, de la influencia cerebro-espinal, puesto que sin la acción, sin el influjo de los centros cerebrales y espinales, la vida orgánica no es posible en el hombre.

La vida de relación, la vida de la conciencia, ó psicológica depende inmediatamente del cerebro, cerebelo, y sus ramificaciones nerviosas, destinadas á la sensibilidad y al movimiento muscular ó dinámico.

En ambas vidas existe un movimiento molecular, en virtud del cual las células, elementos orgánicos primitivos de todo tejido y órgano, se nutren, tomando del plasma que las rodea, ó sea de la sangre, los elementos nutritivos que cada una necesita para su formación y conservación, y para desempeñar la función vital correspondiente ó respectiva.

Ese movimiento molecular se debe á la propiedad que tienen los elementos químicos de esas células, para efectuar sus combinaciones con los de la sangre, y en especial con el oxígeno respirado; de lo cual resultan los elementos histoló-

gicos de que cada una se compone, y del conjunto de aquellos y su modo de organizarse, nace la especial función de cada una de esas células, tejidos y órganos y la naturaleza de sus productos.

En la vida orgánica ó de nutrición, no hay mas actividad que esa puramente molecular; siquiera tome luego diferentes formas, y sean las funciones orgánicas varias, y elaboren sus órganos diversos productos materiales, para realizar todos los actos que la vida nutritiva necesita.

En la vida de relación, en las células de los órganos de la conciencia, además de la propiedad de nutrirse, de obedecer incesantemente al movimiento molecular, existen ciertos automatismos espontáneos que les consienten desempeñar funciones de otra índole, consideradas por muchos como manifestaciones del espíritu.

Hay el de las células periféricas de los nervios de la sensibilidad, por el que reciben la impresión de los objetos exteriores, y por medio de las fibras que emergen de ellas, transportan esa impresión á los centros espinales para los fenómenos de reacción inconsciente, y á los centros cerebrales para los actos conscientes.

Hay el de las células de los centros contenidos en los *tálamos ópticos* (porción del cerebro), que son el verdadero *sensorio*, donde las impresiones exteriores ó impulsos centripetos se hacen *sensaciones*, las que, por medio de fibras que proceden de esos centros, van á estimular las celdillas que componen la capa mas exterior de la sustancia gris de las circunvoluciones cerebrales, donde residen los órganos del entendimiento.

Hay el de las células de esos órganos, por el que se realizan las percepciones ó ideas objetivas, particulares, y las ideas subjetivas ó generales y toda asociación de unas y otras, los recuerdos y las creaciones del ingenio.

Hay el de las celdillas de otra capa media, á donde va á parar la acción de las ideas, en virtud de la cual se efectúan las conmoviones morales, las voliciones, los deseos ó repugnancias relativos á cada uno de los numerosos instintos y sentimientos de que está dotado innatamente el hombre, y que constituyen el sentido conmovedor ó *Gemüth* de los alemanes.

Hay el de las células de la capa mas interior de dicha sustancia gris, por el que, recibiendo el impulso de los órganos de la voluntad, ó de los instintos y sentimientos, envían el suyo al *corpo estriado* (otra porción del cerebro) que es á los impulsos centripetos ó íntimos, lo que los *tálamos ópticos* á los exteriores ó centripetos.

Hay por último, el de las celdillas del *corpo estriado*, de donde parte el impulso de los movimientos voluntarios ó conscientes, el que, auxiliado por el influjo del cerebelo, determina el juego del aparato locomotor y la palabra, para la realización y manifestación al exterior de las voliciones y demás actos de la conciencia libre.

Así como los órganos de la vida orgánica, además de nutrirse, desempeñan diversas funciones inconscientes, sin transportar su peculiar actividad material mas allá del recinto donde obran, ó del todo cerrado que constituye el sér, reduciéndose á la formación y conservación del mismo; los de la vida de relación, además de nutrirse como aquellos, nos ponen en comunicación con el mundo exterior; nos hacen tener conciencia de nosotros mismos y de ese mundo, del *yo* y del *no yo*, como diría Fichte, y revelan su actividad y poder íntimos con hechuras de innumerables formas, que representan en el tiempo y el espacio la existencia y fin de las funciones anímicas.

La vida orgánica, mas vasta que la psicológica, puesto que abraza no solo todo el reino animal, sino el vegetal, es la primera que aparece en el mundo biológico; esa vida es posible sin la psicológica; allí están las plantas para dejarlo fuera de duda; pero la psicológica no es posible sin la orgánica; esta es la condición mas necesaria y *sine qua non* de aquella.

La vida orgánica se sostiene y prosigue, siquiera se suspenda á intervalos ó para siempre la psicológica. En la axfisia, en el síncope, en la apoplejía, en la congestión y conmovion cerebral, en varias afecciones nerviosas, en los letargos tóxicos, en la anestesia producida por el

cloroformo, éter y demás anestésicos; en la idiocia, en el claustro materno ó vida intrauterina; en el sueño profundo, etc., no hay conciencia, y sin embargo, la vida orgánica se sostiene. Por el contrario, si se pierde ó suspende la vida orgánica del cerebro, cerebelo y sus dependencias; si se pierde ó suspende la respiración y la circulación de la sangre, acto continuo queda suspenda la vida psicológica, y el sugeto no tiene conciencia de lo que le rodea, ni de sí mismo.

Para que haya vida orgánica en el hombre, además del concurso armónico, del auxilio recíproco de todas las funciones y de la influencia cerebro-espinal, es de todo punto indispensable la respiración, la circulación de la sangre y el ingreso, en el torrente de ésta, de los elementos alimenticios, producto de las funciones digestivas, si bien esto último no es tan inmediatamente necesario.

Si no hay respiración, el corazón se para; y si cesa definitivamente de latir por seis segundos, el sugeto deja de existir, ha perdido para siempre toda aptitud á la vida. Si el corazón se para, ó late tan débilmente que apenas impulse la sangre, las funciones anímicas se niegan las primeras á ejercerse, y la conciencia cesa acto continuo. El hombre deja de ser *compos et conscius sui*.

Si no hay respiración, el oxígeno del aire no se esparce por el cuerpo, ó la economía, pasando al través de las celdillas bronquiales al torrente circulatorio; no eleva los principios alimenticios, que lleva la sangre, á mayor grado de desarrollo orgánico y nutritivo, por medio de mayores grados de oxidación. La sangre venosa no se hace arterial, y no solo se detiene y queda comprometida toda la vida psicológica, que es la mas intransigente en punto á las cualidades de la sangre; sino tambien la vida orgánica la que, si ese estado se prolonga, sigue el ejemplo de la psíquica.

Si la acción permanente del oxígeno respirado, la albumina, que entra en el torrente sanguíneo por la sublavía izquierra, procedente de las metamorfosis de los principios albuminóideos, durante la digestión, no pasa á grados de combustión cada vez mas elevados; no hay formación de fibrina, ni de los demás compuestos llamados por Mulder óxidos superiores de aquel principio proteiforme: no hay *asimilacion*.

Tampoco hay cambio de la albumina en materias reductibles á cola; de los elementos plásticos en creatina, en ácido úrico, en urea y amoniaco, ni de los adpógenos en agua y ácido carbónico. No hay *desasimilacion*; falta, pues, la vida orgánica. Tarda mas en extinguirse que la psicológica, pero se extingue pronto.

Ahora bien. Sentadas esas bases psicológicas, tomadas de la fisiología moderna y psicología positiva, que es la que priva actualmente entre los hombres de la ciencia, ahitos de la esterilidad fastuosa de la psicología metafísica, y la que explica los enigmas de la patología cerebral; apliquémoslas á la cuestión que nos ocupa, y empecemos por ver qué vida puede haber en el tronco del infeliz guillotinado.

#### II.

Dice el Dr. Pinel, que el tronco separado de la cabeza muere como resultado de una hemorragia; la sangre se escapa por las arterias carótidas y vertebrales, siendo tanto mas activa esa pérdida, cuanto que el corazón continúa impulsando toda la sangre disponible. Supone que, á lo menos, se necesitan cinco minutos para vaciarla toda, y olvidando luego las diversas condiciones y circunstancias de los casos, niega que un cuerpo privado de sangre quede inmediatamente privado de vida; por cuanto se sufren comunmente enormes pérdidas de aquella (en casos de heridas, hemorragias, etc.), pudiendo el cuerpo exangüe recobrar, si se llega á tiempo, con rapidez asombrosa, el líquido vital perdido. Cree que la vida sigue latente, que puede continuar, despertarse aun, en condiciones previstas, siendo la muerte pasiva, lenta, tranquila é inconsciente, porque el tronco no tiene conciencia ni de la vida ni de la muerte, y conservando todavía aptitud para vivir, permanece inerte y muere al fin, por no recibir los elementos que le faciliten los medios de luchar contra la destrucción.

Todo este razonamiento es inexacto y erróneo.

El tronco separado de la cabeza muere por algo más que por la hemorragia ó pérdida de sangre. Aun cuando no perdiera una gota, moriría igualmente. Que le aten al cuello con un lazo al guillotinado en el acto mismo de cortarlo la cuchilla triangular del aparato, y el tronco de aquel infeliz morirá en seguida, siquiera se quede lleno de sangre.

El feto acéfalo ó anacéfalo, esto es, que por un vicio teratológico no tiene cabeza ó cráneo, vive mientras permanece en el cláustro materno: la madre le da su sangre por los vasos umbilicales; ella tiene cabeza para él. Mas en cuanto nace el feto, en cuanto se corta el cordón umbilical que le unía á la madre, el recién-nacido perece sin que pierda sangre; nadie le dará por viable; es inevitable su muerte. ¿Y por qué? Porque no tiene cabeza.

El tronco muere, porque separada la cabeza se interrumpe, no solo la circulación de la sangre, sino las corrientes nerviosas cerebro-espinales; muere, porque acto continuo se para el corazón en su totalidad. La hemorragia es una de las causas de la muerte por síncope, y en esta clase de muerte, el corazón es el primero que muere: cesa de latir, lo mismo en sus aurículas que en sus ventrículos; ya no empuja la sangre; por eso el escalpo autopsico encuentra todas las cavidades de esa entraña llenas de aquel humor.

El corazón se para, cortada la cabeza, no solo porque se escape la sangre, sino porque se ha parado la respiración, y porque faltándoles á las celdillas de los ganglios del gran simpático y centros espinales, el estímulo de la sangre arterial, suspenden la elaboración de su impulso; á la falta de la influencia nerviosa cerebral por la cortadura del octavo par ó nervio neumogástrico, se asocia la del sistema nervioso ganglio espinal y del impulso escitomotor de los centros medulares ó inconscientes, entre los cuales están los del corazón, las paredes torácicas y el diafragma.

En algunos animales, separada la cabeza, persiste todavía el automatismo espontáneo de los nervios ganglionales y los centros espinales por algun tiempo. Algunas aves, cortada la cabeza, andan y mueven con ritmo acompasado sus alas como disponiéndose á volar. La rana decapitada, si la pellizcan, ejecuta movimientos de traslación regulares y arreglados; el cochinillo de Indias, sin lóbulos cerebrales, marcha, salta y pisea; la cabeza de la víbora, separada del cuerpo, puede morder y envenenar, en tanto que su cuerpo, como el rabo de varios reptiles, se agita alternativamente de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, etc.

En el hombre no sucede nada de eso. Decapitado, su tronco queda inerte, inmóvil como el mármol. A pesar de quedar intactas las celdillas nerviosas periféricas de la sensibilidad táctil y dolorífera, sus fibras conductoras, los ganglios y los centros de sustancia gris gelatinosa de la médula espinal, ya no dan de ninguna suerte señal alguna de vida; y sin embargo, si viviera el tronco, podrían darla; porque, íntegro y vivo el sistema nervioso destinado á la sensibilidad táctil y dolorífera; íntegros y vivos los ganglios; íntegros y vivos los centros espinales dotados de un poder escitomotor capaz de determinar movimientos musculares involuntarios, inconscientes, sin intervención de los centros cerebrales; íntegros y vivos los nervios del movimiento voluntario; íntegros y vivos los músculos, ¿por qué no habian de obtenerse movimientos de reacción pellizcando, pinchando, ó cortando la piel en cualquiera region de ese tronco todavía dotado de vida, como se obtienen á veces estando el sujeto sano, pero durmiendo, ó en un estado morbozo, en el que tiene suspensa la conciencia? ¿Qué razon fisiológica habria para que cualquier region del tronco no nos revelara la existencia de su vida, por medio de esas reacciones inconscientes, por medio de esos movimientos musculares involuntarios, que no necesitan el impulso del cerebro, que, si durante la vida se asocian á los voluntarios y obedecen el impulso consciente, una vez dado este impulso por la voluntad, prosiguen ya ejecutándose sin la atención del sujeto en tantas y tantas ocasiones?

Estéril tarea sería empeñarse en arrancar al tronco decapitado ninguna de esas manifestaciones dinámicas. En él

ya no son posibles los movimientos musculares naturales; ya solo el artificio puede conseguirlos, y por muy breve tiempo. Una pila galvánica, cuyos reóforos penetren en los músculos de ese tronco, le hará entrar en convulsión. Mas es menester apresurarse, porque no tarda en sobrevenir la rigidez cadavérica mas ó menos pronto, según las influencias interiores y exteriores; por eso hay tanta prisa en amortajar á los difuntos, porque se ponen tiesos, rígidos, y, desde que aparece esa rigidez, ya no son posibles tampoco los movimientos musculares artificiales. Pues bien, tanto esa rigidez cadavérica, como esa falta de contracciones musculares bajo el influjo del galvanismo, son signos ciertos de muerte.

Esa contractilidad muscular, que se revela todavía poco tiempo después de muerto el sujeto, por medio del galvanismo, y que en algunas ocasiones ha podido expulsar de la matriz un feto, muerta ya la madre, es el único fenómeno que pudiera hacer creer que el tronco del decapitado está aun vivo. Sin embargo, no es un testimonio fidedigno de vida. Ningun fisiólogo le tiene por tal.

El movimiento muscular inconsciente del tronco, está íntimamente relacionado con la vida orgánica, y para ver hasta qué punto subsiste su posibilidad, decapitado el sujeto, véase lo que le pasa á esa vida. Falta de oxígeno la economía, puesto que no hay respiración que se le dé, la vida orgánica se suspende y pierde, empieza á morir el tronco en su movimiento molecular, como ha muerto en el muscular. Los capilares no reciben sangre, ni oxígeno; este no pasa al través de las paredes vasculares para oxidar los elementos histológicos de las celdillas de los tejidos, y las celdillas mueren. El oxígeno libre, que queda en la sangre, no alcanza á sostener el movimiento molecular nutritivo; empiezan los cambios de temperatura y electricidad, y la vida orgánica cesa, por faltarle todas sus condiciones fisiológicas. Desde ese momento, el movimiento molecular toma otro giro, el de la descomposición: la putrefacción no tardará en aparecer.

Todos saben la facilidad con que brota la sangre, al menor corte de la piel; una pequeña cortadura hecha con la navaja de afeitar en la cara, dá sangre pronto y abundante. Pues cortad la piel del tronco de un decapitado, aunque sea poco después de separada la cabeza; siquiera hagáis una herida vasta y profunda, no dará sangre; tendreis que cortar una vena de grueso calibre, y la sangre que salga no se coagulará, no inyectará los tejidos; cada uno de estos conservará su color; no habrá aglutinación de bordes, ni tumefacción, ni nada de lo que habria, si lo hiciérais en el vivo.

Descargad en cualquiera region del tronco decapitado un golpe con una vara ó un palo: no habrá contusión, ni equimosis; no se pondrá la parte contusa lívida, ni tumefacta, como se pondria seguramente, si estuviesen vivos los tejidos.

Aplicad un cuerpo comburente, la llama de una cerilla fosfórica, á la piel del tronco decapitado. ¿Creeréis que se inyectará, que se formará ampolla ó flictena serosa, que es lo que sucede en el vivo? No; no habrá nada de eso, y si llegara á formarse flictena, apenas precipitaria al calor y á la acción del ácido nítrico; su serosidad sería opalina y lactescente.

Si quemais, hasta carbonizarle, un brazo, una pierna, etc., ni vereis escaras con círculo rojo y blanco, ni las diferentes especies de quemaduras, ni inyecciones y congestiones en las mucosas y serosas del interior, como sucede en los vivos. Menos todavía vereis el menor vestigio de reacciones patológicas. No observareis otros fenómenos que los que se observan en el cadáver.

Todo eso está revelando evidentemente, que el tronco del decapitado está muerto.

¿Dirá el doctor Pinel que esa muerte no es absolutamente instantánea? Pero eso no pasará de una sutileza metafísica, indigna de la seriedad de la cuestión y completamente estéril para su objeto. La muerte empieza desde el momento de la decapitación y no tarda en ser completa. No es lenta, es rápida; ni hay aptitud para la vida, ni ésta latente; ha desaparecido toda aptitud para vivir y no se necesitan cinco minutos, durante los cuales supone el Dr. Pinel que tarda el

cuerpo en vaciarse; como trascurren seis segundos sin latir el corazón, la vida se ha perdido para siempre. Desde los experimentos de Bouchut, comprobados por la comisión de la Academia de París, formada por los Magendie, los Dumeril, los Rayer, etc., para otorgar el premio Manin, se sabe que sobre un minuto de cesación definitiva del corazón para ser el sujeto cadáver. Hoy es tenida esa cesación definitiva del corazón por el primer signo cierto de la muerte. Cortada la cabeza, no late ni un minuto.

Si hay personas que sufren grandes y súbitas pérdidas de sangre sin morir, socorridas á tiempo; esas personas se hallan en condiciones muy diversas del guillotinado. No tienen interceptadas las relaciones entre el cerebro y el tronco; no está interrumpida la circulación de la sangre; no está suspensa la respiración; los vasos cortados se ligan, los capilares se constriñen, la sangre se coagula en las bocas de esos capilares por medios hemostáticos; los estimulantes reaniman las fuerzas debilitadas; el corazón no cesa de latir, siquiera lo haga débilmente, y la alimentación repara las pérdidas sanguíneas. La vida psicológica se suspende por lo común en esos casos; pero la orgánica subsiste. ¿Tiene la situación de esas personas ninguna semejanza con los decapitados? ¿Hay nada de común entre unos y otros? Es ya que no un sofisma, una gran falta de lógica, comparar estados tan diversos, y suponer que conserva el decapitado aptitud para vivir, porque la conserva el que sufre una hemorragia hasta el deliquio; que la vida está latente en aquel, porque lo está en éste.

Queda, por lo tanto, evidentemente demostrado, que el tronco del que pierde la cabeza caída en el cesto de la guillotina, está muerto; que muere acto continuo, empezando á morir y muriendo rápidamente, desde que la tremenda cuchilla separa el tronco de la cabeza, y que sostener lo contrario es ponerse en abierta pugna con las conquistas de la fisiología moderna.

Veamos ahora qué es lo que le sucede á la cabeza del guillotinado, luego que aquella queda separada del tronco.

### III.

Si erróneo es el razonamiento del doctor Pinel para probar que el tronco del guillotinado vive, mucho más lo es el que emplea para probar que vive y pienza la cabeza separada del cuerpo.

Apenas formula una proposición que sea exacta.

Si es cierto que el cerebro es el órgano de la razón, de las facultades anímicas, de la conciencia, en los términos con que lo hemos consignado, al hablar de los automatismos espontáneos, no lo es que esa conciencia se pierda tan solo cuando se altera el órgano, destruyéndole, ya en su parte sólida, ya en su parte líquida. Sin heridas en la sustancia cerebral, sin locura, sin enfermedades encefálicas, se suspende en muchos casos la vida psicológica. Se suspende esta vida en el sueño profundo, en la asfixia por estrangulación, por sumersión y sofocación, y en el síncope, sin que la sustancia gris de las circunvalaciones, tálamos ópticos, cuerpo estriado y cerebelo formada de celdillas dotadas de automatismo espontáneo, ni la sustancia blanca compuesta de fibras nervias conductoras de impulsos, se alteren en su estructura, ni se destruya el líquido viscoso que llena la cavidad de esas fibras. En todos esos estados, el cerebro y sus dependencias quedan intactos.

Despierta el sujeto que ha estado profundamente dormido, y entra en la plenitud de sus potencias anímicas, acto continuo.

Se restablece la respiración del asfixiado, y recobra toda su conciencia rápidamente.

Se reanima el corazón del que cayó en síncope, y vuelve á poseerse y á sentirse como antes, apenas late con fuerza dicha entraña.

Si hubiese habido destrucción sustancial del cerebro, en cada uno de esos casos, no sería posible ese rápido recobro de las potencias psíquicas. Respondan los apopléticos con focos considerables, ya no vuelven en sí, su muerte es ejecutiva.

Tampoco es cierto que el cloroformo, el éter y otros anestésicos, ni los narcóticos, ni el ácido prúsico ó cianhídrico,

ni la estrignina destruyan el líquido cerebral. Y aquí se nos ocurre preguntar, ¿qué líquido es ese? ¿La serosidad de los ventrículos, la de la aracnoides? No desempeñan ningún acto potencial.

Esa serosidad es á las funciones del cerebro, lo que la de las pleuras á la respiración; lo que la del peritoneo á las funciones digestivas. De todos modos no se destruye con dichos venenos.

¿Es el líquido que llena la cavidad de las fibras nervias? Tampoco se destruye, cuando se ingiere en la economía cualquiera de dichas sustancias. Aplicadas sobre los nervios y la masa cerebral, no producen ningún efecto. Para obrar han de mezclarse con la sangre. Por otra parte, no es ese el modo de obrar de las mencionadas sustancias tóxicas.

Los anestésicos se apoderan del oxígeno, libre de la sangre, á fuer de cuerpos muy carburados é hidrogenados, para formar agua y ácido carbónico, con lo cual impiden la oxidación de la sangre ó de la albumina, y las células cerebrales pierden temporalmente ó para siempre, según los casos, la facultad de elaborar impulsos y sentir estímulos, por lo cual se suspenden sus funciones y sobreviene la anestesia y la pérdida de la conciencia.

El ácido prúsico suspende con su presencia, por acción catalítica, la oxidación de la sangre ó la hematosis, como suspende la oxidación de las sustancias orgánicas, atacadas por el ácido iódico. Una gota, echada en un vaso de ensayo, basta para ello, y no anda desacertado Millon explicando de esa suerte la terrible acción de pocas gotas de ácido hidrocianico introducidas en la sangre.

Así se concibe cómo con tan poca cantidad sumerge en un letargo profundo, cómo narcotiza, cómo mata. De un modo análogo se presume que obran los alcaloides narcóticos y asfixiantes tetánicos y paralíticos, como los del opio, la estrignina, el curare, etc.

Una cantidad no tóxica de anestésico ó cloroformo, de ácido prúsico, suspende por un dado tiempo la vida psicológica, la conciencia, porque empieza á suspender la orgánica. En cuanto queda consumida esa cantidad por su combinación con el aire respirado y los álcalis de la sangre, sin que se haga nada para socorrer al sujeto sometido á la acción de esa sustancia, vuelve su sangre á recobrar sus condiciones fisiológicas y la conciencia se restablece. Si hubiera habido alguna destrucción sólida ó líquida, no se restablecería, ni fácil, ni difícilmente. Así sucede con los venenos metálicos que entran en combinación con la albumina y fibrina de la sangre y los tejidos.

La vida psicológica no solo se suspende y pierde por destrucción de las células y fibras cerebrales con su líquido; se suspende y pierde también por falta de impresionabilidad de aquellas, por la no elaboración de sus impulsos, ó por no conducirlos las fibras aferentes y eferentes. Por desconocer esta verdad, han podido sostener ó pretender los partidarios de la escuela vitalista que no siempre reside en los órganos, ó en su materia, la razón de la pérdida y aberración de la conciencia.

El Dr. Pinel dice que en la degollación no hay mas que separación de la cabeza y del tronco (como si el hombre fuera una estatua!) que el cerebro queda intacto, que el líquido viscoso que llena la cavidad de esas fibras. En todos esos estados, el cerebro y sus dependencias quedan intactos. Despierta el sujeto que ha estado profundamente dormido, y entra en la plenitud de sus potencias anímicas, acto continuo. Se restablece la respiración del asfixiado, y recobra toda su conciencia rápidamente. Se reanima el corazón del que cayó en síncope, y vuelve á poseerse y á sentirse como antes, apenas late con fuerza dicha entraña. Si hubiese habido destrucción sustancial del cerebro, en cada uno de esos casos, no sería posible ese rápido recobro de las potencias psíquicas. Respondan los apopléticos con focos considerables, ya no vuelven en sí, su muerte es ejecutiva. Tampoco es cierto que el cloroformo, el éter y otros anestésicos, ni los narcóticos, ni el ácido prúsico ó cianhídrico,

par y el cuarto par entero (y sin embargo con todo eso, que habiendo vida, basta y sobra para revelarnos sin apelar al tronco, dice que la cabeza no puede revelarse por falta de medios?).

Para demostrar cuán erradas son todas esas afirmaciones, bastará recordar las bases psico-psicológicas que hemos sentado al principio de este escrito. El Dr. Pinel se olvida de todas ellas.

En primer lugar, se olvida de que todos los órganos de la cabeza, como los del tronco, tienen vida orgánica, se nutren; por consiguiente, si esa vida se pierde, acto continuo que el sujeto queda decapitado, como lo acabamos de probar respecto del tronco. ¿Qué será de la vida psicológica, qué del pensamiento, qué de la conciencia del infeliz, cuya cabeza es separada del cuerpo?

Para probar que los órganos de la cabeza pierden su vida orgánica, como la pierden los del tronco, ya no tenemos nada que añadir. Todo cuanto hemos aducido respecto del tronco es aplicable a la cabeza. Separada esta del cuerpo, queda perdida la vida orgánica de aquella, tanto más, cuanto que fuera del ganglio oftálmico, no tiene ninguno de los aparatos destinados al sosten de esa vida, y si el tronco, que los contiene todos, pierde su vida de nutrición, ¿cómo no la ha de perder la cabeza destituida de todos esos aparatos? Y si no hay vida nutritiva en los órganos de la cabeza, ¿cómo ha de poder haber vida psicológica? Ya hemos consignado que esto es un imposible, un absurdo fisiológico.

En segundo lugar, se olvida el Dr. Pinel de todos los hechos fisiológicos y patológicos que demuestran que, en la decapitación, la abolición de la vida psicológica ó anímica es forzosamente más rápida y más completa que la de la vida orgánica.

Aun prescindiendo del terror, del síncope profundo en que caerán los más de los infelices guillotinos, desde que se vean tendidos en el tablado del catafalco, próximos á sentir sobre su cuello la tajante cuchilla, en cuyo caso ya no tendrán conciencia de su espantosa situación; el golpe brusco y poderoso del instrumento homicida, siquiera sea cortante, no les ha de producir una conmoción cerebral, capaz de quitarles acto continuo y para siempre, no solo el conocimiento, sino la vida?

Una arma cortante, pesada y movida con fuerza, por afilada que esté, no solo corta, contunde; obra cortando y contundiendo á la vez. La cuchilla de la guillotina ha de cortar, dividir, partes duras, el cuerpo y ramas de unas de las vértebras cervicales, y es, por lo tanto, inevitable un gran sacudimiento, alabrarse bruscamente paso entre los dos pedazos del hueso; sacudimiento que, propagándose horizontalmente adelante y atrás, ha de conmover la caja craneana y la masa cerebral en ella contenida, de un modo análogo á la conmoción que sufre el que cae de pies y de talones. En más de una ocasión, esta caída ha producido la muerte instantánea, por conmoción cerebral.

Pero supongamos que tampoco haya nada de eso; que hay vida orgánica todavía en los órganos de la cabeza; que el guillotinado tiene valor bastante para no caer en síncope, y que el golpe del instrumento que le corta el cuello no le produce una conmoción mortal, ni capaz de suspenderle la conciencia. El derrame cuantioso y súbito de sangre que sufre la cabeza separada, huyendo aquel humor, no solo por los gruesos troncos arteriales y venosos, sino por los vasos medianos y los capilares, ¿no ha de dejar anémico, exangüe hasta lo sumo el cerebro? Y si se queda el cerebro sin sangre, sin la cantidad que sus funciones reclaman, sin las cualidades que ha de tener ese líquido para estimular las células de los órganos cerebrales, ¿puede haber vida psicológica?

¿Qué les sucede á los que han recibido una ó más heridas y pierden por ellas gran cantidad de sangre? ¿Qué les sucede á las mujeres que sufren una grande y súbita metrorragia? ¿No se desmayan, no caen en deiquio, en síncope, y no pierden en ese estado el conocimiento? ¿Tienen conciencia de nada de lo que las rodea, ni de sí mismas esas personas? Cuando se llega á tiempo para restañarles la sangre, que huye á toda prisa, y reanimarlas con estimulantes, es cuando recobran la plenitud de su conciencia. Si

no se las socorriera, si la sangre continuara derramándose, ¿qué sería de ellas? Lo que ha sido siempre de todos los heridos con grandes pérdidas de sangre, que no han recibido socorro; lo que ha sido siempre de todas las mujeres, cuyo flujo sanguíneo uterino no se ha podido contener. Morirían sin restablecerse la conciencia.

¿Es socorrido el guillotinado? ¿Va nadie á restañar la sangre que huye de su cabeza? ¿No es abundante y rápida la hemorragia? ¿No vicia mas inmediatamente los vasos cerebrales que en los casos de heridas de pecho, vientre y miembros y en los de metrorragia? ¿Y quiere el doctor Pinel que no se pierda la vida psicológica, la conciencia en la cabeza del guillotinado?

En una simple sangría. ¿cuántos no se desmayan? ¿Y qué es desmayarse, sino caer en síncope? ¿Y qué es caer en síncope, sino perder la conciencia, el conocimiento?

Hemos dicho que la vida psicológica es más exigente que la orgánica, en punto á las condiciones de la sangre. En cuanto le falta el oxígeno respirado, la conciencia se suspende.

¿Qué le acontece al que se le estrangula, al que se ahoga en el agua, ó al que le tapan la boca, ó la nariz, ó las fauces con un trapo, ó cualquier otro cuerpo sólido? Acto continuo pierde el conocimiento y se queda inmóvil y sin conciencia; se diría que está muerto. Se ha suspendido primero su respiración, y esto ha causado la suspensión de las facultades anímicas; y si ese estado continúa, si se llega á parar el corazón seis segundos, vendrá la muerte. Lo más que el asfixiado puede vivir en ese estado, si no se le para definitivamente el corazón antes, es, por lo general, de algunos minutos á media hora; pero mientras permanece en él, no tiene conciencia, ni de lo que le rodea, ni de sí propio.

¿Qué lesión sufre el cerebro y sus dependencias? Ninguna. Ni se congestiona ligeramente muchas veces, y sin embargo se suspenden súbitamente sus funciones anímicas.

Otro tanto le sucede al que, por un gran dolor moral, ó por un espanto, cae en síncope. El corazón se paraliza; si lo hace del todo, el síncope es mortal en el acto; si la parálisis no es completa, si late la entraña débilmente, si empuja con poco brio la sangre, volviendo torpe la circulación, basta eso para suspender las funciones cerebrales, para quitar el conocimiento. ¿Qué alteración sufre el cerebro y los nervios? Menos aun que en la asfixia.

Los asfixiados, ahorcados ó ahogados que han vuelto en sí, recobrando con el restablecimiento de la respiración la plenitud de sus facultades cerebrales, han podido referirnos lo que sufrieron al asfixiarse. La ciencia ha recogido muchos casos, tanto de los que se salvaron, después de haber sido colgados de los faros en París, en 1793, como de algunos observadores auidaces é indiscretos que han hecho experimentos sobre sí mismos. Un amigo de Foderé, un lord, de quien habla Bacon y el profesor Fleicheman entre otros, se ahorcaron, y por poco no pagaron con la vida su amor á la experimentación personal.

Cisalpine, Wepfer y Morgagni hablan de malhechores que fueron ahorcados, volviendo luego á la vida, y que, según ellos dijeron, se sintieron, al extrangularlos la cuerda, como atacados de un estupor súbito, sin ver más que algunas lucecillas ó centellas, y sin sentir luego nada más, perdiendo rápida y completamente el movimiento y sensibilidad.

Otro tanto les sucede á los que se ahogan. En cuanto el agua les invade las vías respiratorias por completo, no sienten más que un grande y rápido ahogo, vértigos, dolor en la cabeza y en seguida hay pérdida completa de la conciencia, quedando inmóviles en el fondo del lugar donde se ahogan. Esto es lo que refieren luego los ahogados que son socorridos y que se salvan.

Los infelices degollados no han podido nunca contar nada de lo que les pasa al cortarles la cabeza; pero no lo necesitamos para tener la seguridad de que les sucede lo propio que á los asfixiados y todavía más y con más razón. No nos hace falta nada para saber que pierden acto continuo la conciencia de todo lo que los circunda y de sí mismos.

El suplicio del garrote no solo extran-

gula; disloca la segunda vértebra cervical, y la apófisis odontoides que tiene desgarrar la médula, con lo cual muere en el acto el sujeto. Así morían los reos en la horca; porque sentándose el verdugo en los hombros de la víctima, en tanto que el ayudante tiraba de la cuerda atada á los pies de aquella, le dislocaba la vértebra y el ahorcado dejaba en seguida de padecer y vivir.

Si el Dr. Pinel asistiese á nuestras corridas de toros, vería cuán aplomado, cuán completamente muerto cae el toro al descabellarle ó al darle el cachetazo. Es que le hieren el bulbo ráquideo, la médula oblongata, y la muerte es instantánea.

¿Qué le ha de suceder, por lo tanto, al que le cortan todo el cuello, tejidos blandos y duros, venas y arterias, nervios y médula? Si con solo impedir que pase la sangre oxigenada á la cabeza, aplicando un lazo al cuello, ó impidiendo la entrada del aire en los pulmones, el agua ó un tapon en las fauces; si con solo que se pare el corazón, pierde acto continuo la conciencia el sujeto; si muere en el acto el ahorcado á quien se le desgarrar la médula, ¿cómo no ha de perder esa conciencia el degollado, que reúne todas esas causas matadoras?

Dice el Dr. Pinel que la cabeza del guillotinado piensa, que tiene conciencia de su horrible estado, solo que se halla en la imposibilidad física de revelarlo, por estar cortados todos los nervios que la relacionaban con el tronco. Pero, ¿no confiesa el mismo doctor que le quedan á esa cabeza íntegros é intactos los nervios de la vista, los del oído, los del gusto, los de los labios, carrillos y lengua, los de la sensibilidad cutánea, los doloríferos de toda la cabeza? ¿No le queda intacto el cerebro, todos los órganos de la inteligencia y voluntad, los centros de las sensaciones y movimientos musculares voluntarios?

No sabemos precisamente á qué altura de la cerviz, ó de la nuca corta la guillotina la cabeza del ajusticiado. Presumimos que será por el medio, entre la cuarta y quinta vértebra cervical. Si es así, todos los nervios cerebrales, todos los pares cerebrales quedan intactos, porque todos salen por encima de la división.

Pues bien; si en efecto le quedara vida y conciencia al guillotinado, con todo lo que le resta á la cabeza, le bastaría y sobraría para revelar toda su conciencia. Pellizcádele, quemádele, pinchádele, cortádele alguna porción de la piel de la cara, y con ambos ojos y con los músculos de esa cara, con la mímica facial, con la expresión del dolor, ó revelará que sufre, que le haceis daño.

Si está vivo su cerebro y los nervios del oído, llamádele, habládele, y os probará que oye y atiende, volviendo hácia vosotros los ojos, cuyos músculos estará espeditos para mover los globos oculares y los párpados, y con esos ojos, con la mirada, os dirá lo que piense, lo que quiera y lo que sienta. La mirada es uno de los vehículos ó representantes más expresivos de la conciencia. La mirada es una lengua óptica, muchas veces más elocuente que la fónica. En ella cabe, no solo una palabra, no solo una frase; cabe toda una oración, todo un discurso. En ella se revela el ruego como el mandato; el placer como el dolor; el llanto como la risa; el deseo como la repugnancia; la ira como la calma; la amenaza como la promesa. En una palabra, podrá que el reino de las ideas no quepa en el ojo; pero la esfera del sentimiento se dibuja entera en el globo ocular, siquiera sea tan reducido, como se fotografía en un espacio microscópico toda una fisonomía, toda una figura y hasta todo un paisaje.

Si está vivo el cerebro y los nervios ópticos del guillotinado, presentádele al campo visual objetos, y los verá y se desplegará en su mirada todo el cuadro de lo que esa vista le haga sentir. Aplícale una luz fuerte, y sus pupilas se contraerán y revelarán la sensibilidad de la retina.

Si está vivo su cerebro y los nervios olfatorios, un olor fuerte y repugnante, que le hiera la nariz, le provocará gestos de disgusto, levantará los labios para taparse con ellos las ventanas nasales, ya que no pueda con los dedos.

Si está vivo su cerebro y los nervios gustativos, ponédele en la lengua y paladar cuerpos sápidos ingratos, y vereis como los repele y que muecas hace para revelar esa repugnancia.

No podrá hablar, porque cortada la tráquea y acaso destrozada la laringe, no pasará el aire por esta y la glotis impulsado por los pulmones; pero nada le impedirá mover los labios y la lengua para hablar sin ruido, haciendo los movimientos necesarios para articular y pronunciar palabras.

Hé aquí una multitud de relaciones elocuentes que le quedarían todavía á la cabeza separada del tronco, para probar que siente, piensa y quiere, si estuviera viva como supone el Dr. Pinel, por espacio de tres horas. Hé aquí como se le podría interrogar sábiamente para que respondiera, para que tradujera con la mímica facial ó fisiognomónica su pensamiento ó su conciencia. No habría ninguna imposibilidad ni anímica, ni física, ni fisiológica, ni patológica para ello. Si la cabeza del guillotinado viviera, podría hacer todo eso; por cuanto la cuchilla no destruye ningún órgano necesario para desempeñar las funciones intelectuales y afectivas, y manifestarlas al exterior. Cualquiera vivo, sin apelar al tronco para nada, sin hacer uso de los músculos de la cara, puede ponerse en relación con otros sujetos, y darles á conocer que siente, piense y quiera.

Ahora bien, ¿ha visto nunca el doctor Pinel, ha visto nadie que la cabeza del guillotinado, cuando la sacan del cesto en que cae, haga ni una sola cosa de lo que acabo de indicar? Recoged esa cabeza ensangrentada y palpitante, colocadla encima de una mesa y observadla. ¿Qué vereis? Una cara pálida, sin expresión, tal vez con algún fruncimiento, y la lengua entre los dientes, los ojos semi-abiertos, fijos, ya que no todavía con velo glutinoso en la córnea, sin movimiento en las pupilas, á una luz fuerte; insensible á todo, al tacto, al sonido, á la luz, á los olores y cuerpos sápidos, inerte de todo punto, tan inerte como el tronco, como el mármol.

¿Sabeis qué es lo que hallareis en esa cabeza, como resto único para decirnos que allí ha habido vida? Lo mismo que en el tronco; vestigios de la contractilidad muscular.

Aplicad á los músculos de la cara los reóforos de una pila galvánica y se contraerán, se pondrán convulsos; la cara del guillotinado, como lo hemos visto en la escuela de medicina de Montpellier, se parecerá á un cielo tempestuoso, relampagueando gestos; remedará un cuadro disolvente de afectos y pasiones fugaces é incompletos; allí aparecerá el dolor, la risa, la ira, la amenaza, etc., etc., pero todo eso será sin ideales, sin sentimientos, será como si pusiérais encima de una cabeza de madera caretas con diferente expresión. Y aun para obtener eso, será necesario que apliqueis el galvanismo antes que venga la rigidez cadavérica; pues sucederá lo propio que lo que llevamos dicho del tronco. Por poco que las influencias exteriores favorezcan la marcha de los fenómenos cadavéricos, ayudando la mutilación que los acelera, ya no será posible ni esa caricatura de la mímica facial apasionada.

Creemos que no necesitamos extendernos más, para dejar plenamente demostrado que el Dr. Pinel ha padecido un error profundo, suponiendo que vive el tronco separado de la cabeza, y que ésta, no solo vive también, sino que piensa por espacio de tres horas, después de separada del cuerpo, teniendo conciencia de su terrible estado. La muerte del sujeto es instantánea; la pérdida de la conciencia, sobre todo, se efectúa en el acto mismo, y esto es lo importante en la cuestión. Dure más ó menos minutos la vida orgánica, inconsciente, tanto en el tronco como en la cabeza, lo cual no vale la pena que se discuta; lo que importa es saber que la vida psicológica se extingue instantáneamente; que la víctima no sufre los horrores de su situación, desde el momento que la bárbara segur separa el tronco de la cabeza.

Horroricémonos de que todavía haya suplicios de esa suerte en nuestra civilización, de que se siga cortando cabezas, ó matando de otro modo á los criminales; pero no espantemos nuestra imaginación con suposiciones novelescas, de que las víctimas, en el fondo del cesto donde cae su cabeza anegada en sangre, tienen conciencia de su pavorosa situación.

Madrid 9 de Febrero de 1870.

EL DR. MATA.

## LA REPÚBLICA FEDERAL.

(Conclusion.)

Los cuerpos políticos, lo mismo que los individuos, se asocian para alcanzar un objeto fijo por medios idénticos. Si los asociados difieren de sentir en cuanto á los medios, ó en cuanto al objeto, la estabilidad de la asociacion queda comprometida. El objeto de toda confederacion de Estado, es, sin duda, la seguridad universal, acompañada del crédito, de la paz y del poder que dependen de aquella seguridad; los medios para alcanzar este resultado apetecible son igual reparticion de derechos entre todos, una comunidad perfecta de privilegios y prerrogativas, y la delegacion de una autoridad suficiente puesta en manos del Gobierno supremo. Una organizacion como esta sería quizás el último término, el desideratum de la perfeccion política y el bello ideal del Gobierno: pero ¿andarán todos de acuerdo en el seno de la asociacion federal para dar al poder director la fuerza que le es necesaria, y para dejar á los individuos y á los estados su accion y su libertad? ¿No es una utopia, esto es, una quimera, esta forma social que reuniría toda la energia de la centralizacion y toda la independencia resultante de una division general? De ella habla Montesquieu (1) con grandes elogios; pero, ¿no es eso una poética ilusion del publicista, una nueva fábula de los Trogloditas?

¡Ay de nosotros! La unanimidad de opinion, la homogeneidad del pensamiento, que constituyen la fuerza del poder, no se conservarían intactas por mucho tiempo en la perfecta asociacion que acabamos de crear. Ahí está el germen de la discordia; está, y no puede menos de estar, en la diversidad de inteligencias y de principios, esto es, en la esencia misma de la humanidad. Cada uno de los Estados asociados tendrá sus intereses divergentes, sus preocupaciones, hijas del interés. Si en la cuna de la asociacion acalló la necesidad aquellas voces disonantes formando de los grupos que la componen un haz único y vigoroso, ¿quién podrá creer que el trascurso del tiempo y la accion poderosa, secreta é inevitable de las pasiones humanas, respeten aquella reunion tan difícil de mantener? Todos los ciudadanos pensarán que la seguridad universal es el objeto de sus deseos; pero ofreciéndose esta seguridad á sus ojos, bajo un aspecto vacilante y con colores mudables, y no siendo, por otra parte, el mismo su punto de vista, diferirán de parecer, propondrán medios opuestos para asegurar la dicha del Estado, preferirán la prosperidad local de su país á la prosperidad nacional de la misma federacion.

A esto hay que añadir que será imposible mantener la igualdad perfecta de los diversos Estados confederados; la fortuna favorecerá á los unos, circunstancias imposibles de prever reducirán á los otros á una inferioridad relativa. En vano se procurará repartir con igualdad entre los grupos asociados las ventajas adquiridas por la comunidad federal. En vano se tratará de conservarles una posicion perfectamente análoga y de perpetuar su situacion primitiva. La naturaleza misma de las cosas y la experiencia de los siglos destruirán estas quimeras, pues aquí están las acciones y los intereses humanos para convencer al teórico y al entusiasta de la falsedad de sus teorías.

Admitamos que la Constitucion primera que fundó varias Repúblicas y asoció sus destinos, distribuyese con bastante igualdad entre ellas la suma general de influencia y de poder para equilibrarlas de un modo absoluto. Pero aun así, la provincia marítima y comercial no tardará en descollar en fortuna y en crédito sobre las provincias montañosas y estériles. Aquí vereis la industria, allá el comercio, mas allá una vida penosa y salvaje. Cantones ricos harán contraste con cantones pobres; el poder, hijo de la riqueza, se encontrará desigualmente repartido; los cantones menos favorecidos se coligarán para hacer la guerra á los mas poderosos; se invocará el socorro de las armas extranjeras, y la cadena federal, rota en mil pedazos, caerá en medio de raudales de sangre.

Echemos la vista á la liga Aquea, Tébas, Esparta y Atenas, dominaron una tras otra el Consejo de los anficciones; y la Grecia estaba perdida, segun dice con razon Montesquieu (1), cuando un rey de Macedonia vino á tomar asiento en medio de aquel Senado impotente. Entonces se rompió el vinculo federal; apenas pudieron sostenerse mutuamente unas pocas ciudades poco importantes de la Acaya. La influencia de las armas y de la civilizacion macedónica lo absorbió todo. En vano se trató de reanimar la llama del patriotismo; el Peloponeso casi entero entró en una liga nueva, en la que tomó parte la ambiciosa Atenas, á pesar de su egoismo. Pero Esparta, que no habia perdido la memoria de su vieja y poderosa tiranía, vió con celos el acrecentamiento del poder aqueo. De aquí el correr á las armas unos y otros; la Macedonia intervino é hizo triunfar á los aqueos, para obligarles á pagar á subido precio aquel triunfo pasajero (2). La preponderancia macedónica, de día en día mas formidable, fomentó las disensiones, suscitó los celos, que nunca faltan entre ciudades rivales. Colocada entre el temor que le inspiraba la Acaya y el que le inspiraba la Macedonia; separándose, ora de la una, ora de la otra de estas potencias, incapaz de determinarse de un modo definitivo á favor de una ú otra, la Confederacion, falta de armonía y de conjunto, acabó por disolverse para siempre.

En medio de aquella crisis, mostróse el poderío romano en la ensangrentada arena de la Grecia: Roma, no menos artificiosa que conquistadora; Roma, cuya política profunda, paciente y falaz es mas reparable todavía que su valor en el campo de batalla y su magnanimidad en los reveses, no ignoraba que un pueblo dividido ha de ser presa tarde ó temprano de un poder extranjero: de ahí el dejar que aquella presa segura acabase despedazarse por sus propias manos. «Es muy raro, dice Tácito, que dos ó tres ciudades se unan para rechazar un peligro comun; cada una pelea por su lado y todas quedan vencidas (3)»; esto salvó á Roma y perdió á sus enemigos mas poderosos. La política romana, en vez de dirigir sus ejércitos contra la Grecia, solo trató de destruir y de minar sordamente el último puntal de la independencia griega. Aquella hábil contemporalizacion no tardó en llevar sus frutos. Invocóse la funesta intervencion de Roma; y la Acaya, así como lo restante de la Grecia, se sometió al vergonzoso yugo de una esclavitud sin esperanza, yugo tegido por sus propias manos, y tanto mas horrible, por cuanto solo los vicios y los errores de los vencidos habian podido reducirlos á aquel triste estado de abyeccion. Léase la historia de la Confederacion Olintia, y allí se verá otra prueba no menos elocuente de la tendencia de los Estados confederados á desunirse tan pronto como uno de ellos alcanza el poder.

El ejemplo de las Provincias Unidas no destruye las pruebas que acabamos de dar: su Confederacion duró dos siglos; pero la época de su poder no abraza la sexta parte de este período. El espíritu de faccion, unido á otras consecuencias de su prosperidad extraordinaria, y poco duradera, las entregó, en 1672, sin defensa y sin recurso, á la ambicion de la Francia. La lucha que se empeñó, sin destruir la liga de los confederados apeó á la Holanda de la alta y brillante posicion que habia ocupado entre las naciones europeas. Reducida á la postracion, si subsistió bajo su forma federativa hasta el principio de la revolucion de Francia, lo debió, sobre todo, á su propia nulidad, y á la política interesada de las potencias extranjeras, á las cuales convenia protegerla.

Si una asociacion de democracias pacíficas corretan grandes peligros desde el momento en que adquiere la riqueza y el poder, una federacion guerrera y conquistadora está espuesta á peligros mucho mas ciertos y formidables. El talento militar de un jefe triunfante, el el cariño entusiasta de sus tropas victoriosas, la existencia de un ejército permanente, son otras tantas causas inevitables de ruina para la Confederacion; esto sin contar que así á los individuos como á los pueblos les es muy difícil, si-

no imposible, contentarse con un estado de seguridad y de dicha pacíficas. La conquista, el engrandecimiento, la usurpacion, son inherentes á la naturaleza humana; y toda asociacion de hombres ó de pueblos que haya visto coronados sus primeros esfuerzos por la victoria ó el éxito, probará de aumentar sus riquezas, de extender su territorio y de dominar sobre sus vecinos.

Ciertas circunstancias especiales podrán, sin embargo, levantar una valla inexpugnable, contra la cual se estrellará aquella ambicion. Puede suceder que un pueblo, por su sola posicion geográfica, se encuentre forzado á la moderacion y al reposo, porque no podrá aspirar á una alta influencia política; y de ahí el que una confederacion pueda verse favorecida y consolidada por esta misma incapacidad: de esto ofrece la asociacion helvética un ejemplo muy reparable. La liga suiza lleva ya cerca de seis siglos de existencia, y durante este largo período, ha permanecido casi intacta, gracias á esta situacion anómala, que no les permitía á los cantones federados aspirar á grandes conquistas, y les obligaba á encerrarse en la conservacion y consolidacion de sus derechos adquiridos.

Un sentimiento justo y heroico, la necesidad de resistir á la opresion, fué el único móvil del alzamiento de los Waldstaetten á fines del siglo XIII. No entraba en la mente de aquellos valerosos montañeses, ni por asomo, ninguna idea de poder nacional. Y tanto es así, que hasta tres siglos despues de su insurreccion, no rechazaron ni rompieron definitivamente la soberanía feudal del imperio: pueblo admirable, que solo queria la realidad de su independencia, sin curarse de las fórmulas diplomáticas, bajo las cuales se redactó la declaracion de su libertad. Bastábales á los cantones sustraerse á las exigencias de la tiranía austriaca; y así fué que, no bien se sentian heridos en sus intereses, se unian todos á la liga política sin mas ambicion que la de vivir en paz. Esta emancipacion lenta, modesta y sin violencia, caracteriza á este pueblo heroico, y lo señala eternamente á la admiracion de los pueblos. Durante el curso del siglo XIV, la historia de Suiza ofrece el ejemplo de todas las virtudes y de la felicidad pacífica, que es su consecuencia inmediata. Así es que la vista se aparta con horror y con asco del espectáculo sangriento que durante aquel tiempo presenta la Europa toda, menos aquel pequeño rincón de los Alpes, y descansa y se goza en aquella oasis pacífica, mansion de la probidad, de la moderacion y de todas las virtudes públicas y privadas. El filósofo compara la prosperidad de aquel pueblo pequeño, pobre y sin ambicion, con las guerras de las naciones contemporáneas, y se alegra de encontrar finalmente un ejemplo que le permita no desesperar de la felicidad de los pueblos, y no rechazar como vanas quimeras las utopías de los publicistas.

Feliz mil veces la Suiza, si aquellos sentimientos puros y moderados se hubiesen conservado en ella, y si, en su lucha contra sus antiguos señores, no hubiese conquistado mas bien que la libertad; pero la sed de las riquezas es inseparable de la victoria. Brevemente de haber destruido la caballería austriaca, y de haber humillado al rey de los romanos, los campesinos y montañeses de Schwyz y de Lucerna compraron sus riquezas á costa de aquella sencillez primitiva que habia asegurado su triunfo. Derramóse el oro por aquellos escabrosos valles, en aquellas inaccesibles guaridas, donde, hasta entonces, la cria del ganado y el penoso cultivo de la tierra habian sostenido la existencia del hombre. Aquella poblacion rústica se hizo guerrera, habia amado la libertad por lo que ella vale; pero amó luego el lujo, la gloria y los azares de la vida de los campamentos. ¡Con esto se borró la nacionalidad helvética! Aquel valor desplegado por los montañeses suizos en defensa de sus hogares, lo vendieron luego al mayor postor, lo alquilaron al que daba por él mas subido precio. Fué aquello una mancha indeleble. En lugar del heroísmo del guerrero, se desenvolvió entre los helvéticos el rendimiento de la ciega voluntad del seide; en lugar del entusiasmo del patriota, el brutal menosprecio de la muerte. Aquel tráfico de sangre humana echó un baldón á la Confederacion suiza. Verdad es que la tranquilidad interior del país quedó asegurada por aque-

lla costumbre, que ponía á sueldo de las potencias extranjeras los bríos de la juventud y el arrojo turbulento de los ciudadanos mas inquietos: ventaja aislada, única y comprada por una deplorable perversion de todos los principios de la probidad pública.

La reforma religiosa hizo mirar luego con repugnancia y con un disgusto, que fué siempre en aumento, aquel alquiler de hombres, aquel préstamo usurario de sangre humana, aquel servicio mercenario de que acabamos de hablar; pero las consecuencias del mismo suceso fueron desastrosas en sumo grado: dos siglos de guerras religiosas postraron á la Suiza. Todas las pasiones aviesas de la humanidad se apoderaron de aquel sagrado pretexto, y la controversia religiosa reinó sin contraste sobre montones de cadáveres. A principios del siglo XVIII, una guerra que parecia interminable hubo de cesar por el estado de postracion y de marasmo en que se encontraban los cantones enemigos; postracion que hizo caer de las manos católicas y protestantes las armas ensangrentadas y embotadas de tanto herir. Hasta la época en que la revolucion francesa volvió á poner en tela de juicio la existencia política de Europa, la Suiza, cansada y jadeante, gozó de aquella paz, cuyo precio empezó á conocer.

¿Qué era, pues, esa confederacion suiza, esa liga en hostilidad interna y en discordia permanente? ¿Y cómo ha podido mantenerse el vinculo federal, á pesar de aquellas hostilidades espantosas y de aquel duelo á muerte de todos los cantones, y á pesar de las revoluciones en las costumbres y en las ideas religiosas? Se mantenía por su misma debilidad, y hablando con mas propiedad, aquel vinculo ya no existia. No habia en Suiza ni un tesoro comun, ni un verdadero centro de gobierno; no hay en aquel país ni leyes generales, ni costumbres generales, ni códigos ni idiomas idénticos.

De los 22 cantones que componen la Confederacion helvética, son católicos puros, esto es, sin mezcla de otras creencias, Lucerna (Luzern), Schwyz, Uri, Unterwalden, Zug, Friburgo (Freiburg), Soleura (Solothurn), Tesino (Tessin) y Valés (Wallis), son reformados Zurich, Berna (Bern), Basilea (Basel), Schaffhausen, Ginebra (Genève) y Neuchâtel (Neuchâtel); son de diversas creencias los Grisones (Graubünden), San Gall (Gallen), Appenzell, Glaris (Glarus), Turgovia (Thurgau), Argovia (Aargau) y Vaud (Vaud). Los católicos constituyen las tres octavas partes de la poblacion helvética, siendo la general de 2.200.000 habitantes, la mayor parte de origen germánico, hablando, por consiguiente, el antiguo alemán, aunque en las escuelas se les enseña la lengua alemana moderna; por donde se les considera, y se consideran ellos mismos, como parte integrante de la gran familia alemana, participando, por consiguiente, de la alta cultura del pueblo alemán, así en letras como en ciencias. La poblacion de los cantones situados al Occidente, es una mezcla de celtas, romanos, germanos y franceses, y hablan francés ó dialectos franceses. La poblacion, situada al Sur, es italiana pura, y en algunas partes de los Grisones, subsisten todavía descendientes de los germanos y antiguos latinos, los cuales hablan dialectos romanos, presentando algunos de ellos muchísima afinidad con la lengua latina, y tanto que, segun suele decirse, hasta las mujeres y los niños de aquellos recónditos valles hablan latin. Nótese en este país singular la particularidad de que basta á veces un arroyo ó un torrente para que no se entiendan entre sí los nacidos en los dos bordes ú orillas opuestas.

Entre los cantones católicos, hay algunos tan católicos, que no permiten que ningún protestante posea bienes raíces en los mismos. Hay tambien en ellos muchísimos frailes de varias órdenes; y estos frailes, que mantienen en todo su vigor el espíritu católico de aquellos sencillos montañeses, son los que mas contribuyen á mantener tambien entre ellos el espíritu republicano; y esto es tan cierto, que si algun extranjero suelta entre ellos la palabra *König* (rey), ó *Kaiser* (emperador), aquellos pobres frailes se escandalizan como si se les hablase del demonio. En una palabra, está la República tan arraigada en aquellos cantones, donde apenas hay industria, como no sea la de la cria del ganado, que toda

(1) Espíritu de las leyes, III.

(2) Polibio, 2, 37.

(3) Vida de Agrícola, C. g.

(1) Espíritu de las leyes, II.

su juventud se dejaría matar en defensa de la idea republicana. Mas no todos los cantones harían lo mismo, y mucho menos los cantones protestantes, donde se habla la lengua francesa, los que están muy adelantados en industria y comercio, y tan acostumbrados á las comodidades de la vida y al lujo que las acompañan, que no es de creer que en ningún tiempo se hagan matar por la República federal.

Despréndese de lo dicho, que no basta haber estado en Ginebra ó en otros cantones franceses, esto es, de raza francesa, para poder juzgar con acierto del estado político, moral é intelectual de aquel país, pequeño sí, pero el mas interesante quizás de la comunidad europea. Es preciso además, para conocer aquel país y hablar de él sin incurrir en gravísimos errores, internarse en sus valles, hablar las diversas lenguas que en ellos se hablan, y permanecer allí todo el tiempo necesario para apreciar cuanto valen aquellas buenas gentes.

Ya en tiempo de César eran los *pagi* (1) cantones independientes unos de otros, independencia que se ha perpetuado en nuestros días. La Constitución se ha limitado á garantizar la independencia de todos; y el único resultado positivo de esta federación, es el compromiso de armarse para la mútua defensa de los cantones atacados. La naturaleza vino á formar, por decirlo así, con sus propias manos, esta asociación forzosa de pequeños Estados aglomerados y distintos, sin que ninguna combinación política hubiese unido sus intereses por tratados, leyes ni instituciones de ninguna especie. Antes de la reforma, cuando les amenazaba con todo su peso el trono germánico, sentían la necesidad de una unión compacta; pues su gloria militar, sus ventajas personales, su existencia como pueblo, todo dependía de la consolidación de la liga, cuyos resultados habían sido tan brillantes; pero una vez hubo pasado el peligro, el haz se disgregó, sus fragmentos se aislaron. Después de la reforma, Berna anduvo en tratos con la Holanda protestante, al mismo tiempo que el cantón católico de Lucerna se alió con la Francia; mas adelante, y sin asombro de ningún cantón, Berna, protestante, se negó á tomar parte en la guerra contra Leopoldo de Austria, y sus guerreros no estuvieron en la batalla de Sempach. ¿Podía llamarse confederación una asociación que no lo era, que apenas exigía sacrificio alguno, que no imponía ninguna ley, no lastimaba ningún interés, no producía ningún efecto, ni apenas servía para nada? Así lo conocieron los hombres ilustrados de Suiza, los cuales se esforzaron, aunque en vano, en 1830, por alcanzar una unidad mas fuerte; unidad que no consiguieron hasta 1848, y de un modo inesperado, de resultas del nuevo choque causado por la revolución de París en Febrero de dicho año.

Durante muchos años fué, pues, nula la federación helvética; el poder federal no existía; pero en vez de aquel centro de autoridad, sin el cual no puede mantenerse una masa política, tenía la Suiza para su defensa los Alpes y la naturaleza del suelo.

Otra cosa tuvo la Suiza de inestimable precio; pues en este país, lo mismo que en Holanda, las prendas morales, inherentes á las costumbres del pueblo, y hereditarios en aquellos valles apartados y en aquellas nevadas cumbres, contribuyeron al bienestar íntimo de los habitantes, y sirvieron de contrapeso á los males de la guerra civil. En los cantones aristocráticos, la administración de justicia era ejemplar y admirable por su equidad; pero la corrupción de los tribunales y la venalidad de los empleos habían contagiado ya á los cantones democráticos, donde, á pesar de esto, florecía la industria con las buenas costumbres. Durante el siglo XVIII, la Suiza fué feliz; y firme é inquebrantable en su neutralidad por todos respetada, tranquila en medio de las guerras que devoraron al resto de Europa, supo conservar una parte de aquella sencillez agreste, de aquella cordura valerosa y de aquella perseverancia en sus resoluciones que habían afianzado su libertad.

Si de estos ejemplos, y de las lecciones que nos presenta la historia, deducimos las naturales consecuencias y corolarios,

no podremos menos de encontrar los resultados siguientes:

1.º Toda federación es contraria á la adquisición del poder.

2.º No bien se adquiere el poder, la unión federal queda comprometida.

3.º La principal ventaja del sistema federativo, es el mejoramiento del gobierno interior de cada Estado.

4.º Sería una federación perfecta la que reuniese las ventajas de una asociación poderosa contra el extranjero, y las resultantes del aislamiento de los intereses de cada Estado.

5.º Es imposible que los intereses de la sociedad en general no se encuentren á menudo en pugna con el interés particular de cada sociedad distinta. De ahí división, incapacidad de poder y ruina inevitable, á menos que, como en Suiza y en Holanda, una reunión de circunstancias anómalas venga á reconciliar por un tiempo mas ó menos largo aquellos elementos divergentes, dando á la asociación una existencia, pasajera siempre, pero brillante á veces en medio de su extrañeza.

Después de haber sentado estos principios, que emanan de los mismos anales de las naciones, y no de teoremas gratuitos, volvamos la vista al grandísimo fenómeno político de la Europa moderna, puesto que europeos son sus actores. Este fenómeno, sin ejemplar en la historia del mundo, lleva ya algunos años de estarse realizando á nuestra vista. La América del Norte, en su gran parte, esto es, un continente inmenso, se ha lanzado á destinos desconocidos. Su sistema federativo no se parece á ninguna de las antiguas formas de asociación entre Estados que mas arriba hemos analizado. Ella ha sabido sortear por un gran sentido práctico, de que solo es capaz la raza anglo-sajona, los defectos mas notables que hemos notado y censurado en las federaciones de los otros pueblos. La novedad de su posición, la virginidad de su suelo, los inmensos recursos naturales de su vastísimo territorio, el Océano Atlántico, que le sirve de valla contra las ambiciones del continente europeo, sus costumbres primitivas, fundadas en la Biblia, Código que no tiene igual entre todos los Códigos, su lucha heroica contra la Inglaterra, de quien es hija, y cuya lengua conserva, después de haber rechazado su yugo: todo concurre para hacer de esta región un objeto de grandísimo interés y de curiosidad suma. Allí está, á no dudarlo, la cuna de otra civilización.

«La Constitución puramente sajona y democrática de los Estados Unidos, dice G. G. Gervinus (1), es una antitesis completa de la Constitución sajono-normanda de Inglaterra.» Los puritanos, en su emigración, habían llevado consigo, en germen mas ó menos claramente trazado, el sencillísimo plan del edificio de su Constitución, el que habían procurado ir realizando pacíficamente en todo ó en parte. Después de la declaración de su independencia pudieron completar su primer pensamiento. Ni la antigüedad, ni la tradición, ni la historia, ni la experiencia les prescribían un modelo, ni les imponían el empleo de materiales preexistentes. En Europa habían abandonado ya para siempre la aristocracia y la gerarquía eclesiástica; la autoridad real y la del Parlamento eran cosas que también habían rechazado de un modo absoluto. El instinto de la naturaleza, ó la razón con sus deducciones menos complejas: hé aquí lo que les sirvió de guía en la formación de su Estado; y así fué como, prescindiendo de toda organización política establecida, vinieron á levantar una Constitución completamente nueva. Con una confianza admirable se atrevieron á emprender cosas muy grandes en un territorio inmenso, á pesar de los pronósticos que, desde su modesto principio, les auguraban un éxito pasajero. Ya no se trataba de relacionar clases sociales distintas, ni de conciliar derechos diversos... En la declaración de los derechos, hecha en América (1776), se proclaman las derechos naturales al hombre, derechos de que ninguna sociedad política puede privarles, á saber: libertad natural, igual para todos, é independencia, derecho de gozar de la vida y de la libertad, facultad de poseer y adquirir la propiedad, de obtener bien estar y seguridad. El pueblo está auto-

rizado para cambiar ó deponer á todo Gobierno que viole sus deberes, ó que obre solamente en contra de los derechos generales de la humanidad; y con esta cláusula se justificaba la separación de Inglaterra. Al introducir el sufragio nacional, y al aplicarlo á todos los cuerpos políticos como interesados en el gobierno del Estado, no se hizo mas que enunciar el gran principio democrático de la soberanía de la voluntad popular expresada en la ley.

De aquí resultó que se vino á crear, no como en Inglaterra, una especie de Estado mixto, mezcla de muchísimos elementos heterogéneos combinados entre sí, sino un Estado organizado del modo mas sencillo; un Estado uno y bien proporcionado. La gloria de la Constitución americana consiste, no en la sólida coordinación de elementos de naturalezas diversas, sino en el cumplimiento perfectamente lógico de un principio único: *Libertad*, derecho de no obedecer mas que á la ley; *Igualdad*, ó deber de todos de obedecer á una sola y misma ley. No se trataba aquí de equilibrar clases, poderes, pretensiones, influencias y derechos diferentes, puesto que no existía mas que una sociedad y una clase, en cuyo seno estaba abolido todo derecho particular, todo privilegio. El poder, que puesto en manos de un individuo habia degenerado en despotismo arbitrario, y que, puesto en manos de mayor número de personas, se habia convertido en prerogativa, se repartió uniformemente entre todos los ciudadanos para que no hubiese mas que un derecho único. A la uniformidad del derecho correspondió la uniformidad de costumbres. El rico se contenta con el género de vida de la clase media, á la que aspira el pobre, el cual, propiamente hablando, es quien hace la ley. No fué aquí necesario conciliar instituciones antiguas con instituciones nuevas con la mira de conservar y progresar; pues todo es nuevo en este Estado moderno; todo está abierto al progreso y á las innovaciones en este Estado del porvenir.

En él estamos viendo, no ya la imagen de un antiguo Estado, de una nacionalidad estrecha y exclusiva, sino muy al contrario, la imagen de una sociedad universal, que acoge á todo el mundo, dotada de una gran fuerza asimiladora y de una naturaleza verdaderamente cosmopolita. No es este un Estado en el que predomine una fuerte unidad, sino una federación, en la que cada Estado particular se esfuerza en establecer su soberanía sobre la del conjunto, bien así como por otra parte, en cada Estado particular, todo individuo reclama la mas alta suma de independencia con respecto al Estado. El sentimiento del individualismo, rasgo característico de los tiempos modernos y del mundo protestante, ha alcanzado aquí sus títulos mas importantes. Aquí existe mas el Estado para el individuo que el individuo para el Estado; la organización política está al servicio de la libertad personal; la independencia del hombre puja sobre los deberes del ciudadano. La Iglesia, campo vastísimo en el que siempre han luchado y están luchando las pretensiones del individuo con las pretensiones del Estado, la Iglesia está aquí completamente separada del Estado, y no ha quedado en pié mas terreno que el de los grandes principios generales de legislación donde hayan de ponerse de acuerdo el poder del Estado y la voluntad individual. Hace setenta años que se está desenvolviendo el cuadro enteramente nuevo de un Estado cual nunca ha existido.

El Estado de la Edad Media, erigido sobre corporaciones, sobre la gran cohesión de las familias, sobre grupos macizos, ha cedido el lugar á otro Estado que parece descansar sobre arena movediza, en el que han caído en disolución todos los grupos separados de otros tiempos; los gremios, la Iglesia, la nobleza, la milicia, etc.; en el que hasta se han relajado los lazos de familia, y en el que solo subsiste el vínculo del Estado al lado de la masa dispersa de los individuos, los cuales siguen su objeto, cada uno por su lado y aisladamente; ó si no pueden alcanzarlo de este modo, forman asociaciones libres independientes del Estado... Ya tenemos la prueba de que el Gobierno del pueblo, aunque se ejerza sobre regiones inconmensurables, es compatible con el orden y la propiedad; que lo es la Constitución mas progresiva con el cariño á costumbres

probadas por el tiempo; la mayor libertad religiosa con el sentimiento religioso; la ausencia de una fuerza militar con el espíritu guerrero; el acrecentamiento inaudito de una población compuesta de elementos tan diversos, con el patriotismo que arraiga en la libertad; el gobierno y la administración confiados á funcionarios y á representantes nombrados por los pobres y de entre ellos mismos, con el orden y la economía interior. Esta prosperidad, unida á tan grande sencillez, en los rodajes de la Constitución, sencillez que está al alcance de la inteligencia mas vulgar, ha hecho de este Estado y de esta Constitución un ideal hácia el cual tienden en todas las naciones los hombres ilustrados, los mal contentos y los amigos de la libertad. La declaración de los derechos de 1776, ha venido á ser el símbolo del liberalismo en el mundo entero.»

Así habla el sabio profesor alemán de Heidelberg, uno de los partidarios mas entusiastas de la unión americana, los que la consideran como una de las mas bellas creaciones del entendimiento humano, creyendo que todo ha sido por ella previsto, y que el lazo federal, eminentemente flexible, se doblará á todas las exigencias. Así es que nada les asusta, ni la divergencia de intereses, ni la diversidad de climas. Dichosos optimistas, que señalan al hombre una marcha regular é invariable, y le consideran como un rodaje ó un balancín, sin tener para nada en cuenta sus caprichos, su egoísmo y sus pasiones.

Pero prescindiendo de estas consideraciones, es evidente que el estado político de la unión americana no podrá juzgarse sino dentro de algunos siglos, faltan puntos de comparación para juzgarle; sus resultados solos le absolverán ó le condenarán. ¿Acabará el Gobierno central y poderoso fundado por los legisladores americanos por absorber y destruir la subdivision federal? ¿No pedirá modificaciones importantes esa Constitución, la mejor sin duda y la mas adecuada á las circunstancias y á la situación del país? ¿No se transformará en fuerza monárquica ese poder político cuyos elementos se han acrecentado de un modo asombroso en menos de un siglo? Ciertamente que el genio mas poderoso de que el cielo haya dotado á la humanidad podría pronosticar la suerte que la Providencia tiene reservada á los Estados Unidos. ¿Qué será de aquella población, siempre en aumento, dotada de la franquicia electoral? Cuando aquellos desiertos hayan cambiado de faz, cuando todos aquellos ciudadanos-reyes cubran con sus industrias y sus ciudades, desde el Atlántico hasta el Pacífico, aquella vasta extensión de terreno; cuando la densidad de la población dificulte los medios de subsistencia, cuando la misma dé fuerzas al espíritu de facción, y ponga en frente unos de otros los intereses hostiles hoy diseminados, ¿no retoñarán las viejas pasiones del hombre, la democracia turbulenta, la tiranía imperiosa, la guerra civil y la opresión?

El filósofo no puede menos de considerar á los Estados de la Unión como el teatro del experimento mas grande á que hasta ahora se hayan sometido las sociedades; así es que ni siquiera se atreve á echar una mirada indiscreta á un porvenir que lentamente van preparando las medidas de los legisladores y la tendencia de las costumbres americanas.

La última guerra civil, la mas agitada quizá que han visto los siglos, por el número de combatientes y los inmensos tesoros que en ella se han gastado; guerra justa, puesto que tenia por objeto romper los grillos de cuatro millones de esclavos; y por otro lado las tendencias invasoras de esta República federal, audaz, porque tiene ya la medida de su fuerza: todo esto, y el afán de riquezas, el menosprecio con que allí se mira la vida del hombre, el eterno *a-head*, característico de los norte-americanos y otras muchas consideraciones que omitimos, complican la cuestión de un modo extraordinario. Cuanto mas se acumulan y subdividen los intereses locales, mas problemática se hace la posibilidad de la unión federal. ¿Podrá ser regida esa aglomeración de Estados por un centro único? Si se establecen varios centros, ¿no tropezarán unos con otros? Si se empeña esta lucha, ¿no podrá renovarse el espectáculo dado por la Grecia antigua? Preguntas son estas á las cuales ni siquiera trataremos de contestar nosotros,

(1) De Bello gallico.

(1) Introduccion á la historia del siglo XIX.

nacidos á tan corta distancia de la cuna de los Estados-Unidos, y en la vida de los pueblos, ¿qué es un siglo?... un año apenas.

Volviendo ahora la vista á nuestro país, y juzgándole con la debida imparcialidad, ¿será posible que le consideremos capaz de sufrir, sin gravísimos trastornos y sin provocar una reacción espantosa, el sistema federal, tan decantado por sus partidarios? Y entiéndase que al insistir, como lo hacemos, en la inconveniencia que tendría para España el establecimiento de la República federal, consideramos principalmente esta cuestión bajo su aspecto práctico y de aplicación inmediata, punto de vista del que no puede prescindirse, aun concediendo que la federación pudiera ser un ideal de la forma de gobierno; pues, según ya dejamos expuesto, existe en política un elemento relativo de suma importancia, referente al estado de cultura y á los antecedentes históricos de cada sociedad, que exigen imperiosamente la modificación ó una aplicación parcial y progresiva de los principios generales que constituyen la ciencia abstracta é ideal de la política. Así es que no negamos su importancia cuando se inspira en los principios de eterna moral y en la observación atenta de la naturaleza humana para poder deducir las condiciones del bien general, y la manera como mejor puedan realizarse las combinaciones políticas; pero desconfiamos absolutamente de esas creaciones arbitrarias de pura imaginación, que carecen, á la vez, de toda base racional é histórica.

Ahora bien; ¿tenemos acaso lo calma, la laboriosidad y perseverancia de los holandeses del siglo XVI, su amor al hogar, su razón fría y su apartamiento de la *folle du logis*?

¿Tenemos las cualidades morales de los helvecios de los dos primeros siglos de su independencia, ni aun las de los actuales suizos, por mas que hayan degenerado de sus abuelos? ¿Es entre nosotros una verdadera necesidad la lectura de buenos libros, como lo es en los cantones reformados de aquel país, donde hasta las niñeras estipulan, al entrar á servir en una casa, que se les ha de dar no solo café, sino tambien un abono á un gabinete de lectura?

¿Tenemos falta absoluta de historia, de tradiciones y preocupaciones añejas, como lo tienen los ciudadanos de los Estados-Unidos, pueblo nuevo enteramente, según se ha visto, de raza aparte, dotado de una perseverancia sin igual, y que cuenta con inmensos recursos naturales, con su amor al trabajo y á la vida doméstica, y sin las rémoras que por todos lados nos rodean, que son una parte esencial de nuestro ser, y sin amor al fausto y á la ostentación, inseparables de la raza latina? Nada de eso tenemos; y lo extraño fuera que lo tuviésemos después de tantos siglos de opresión.

Lo que tenemos es lo siguiente: Ignorancia supina en las masas, y muy escasa en los que visten levita, que, con raras y honrosas excepciones, no leen mas que periódicos y se nutren de sofismas.

Tenemos unas pocas provincias bastantes adelantadas en la industria en el comercio; pero otras tan atrasadas, que casi se hallan en estado primitivo, y algunas exclusivamente agrícolas, pero agrícolas las mas á su modo, esto es, sin conocimiento de los progresos de la ciencia.

Tenemos antipatías vulgares y odios de pueblo á pueblo que se traducen á veces en hechos bárbaros; y preocupaciones de campanario, esto es, mucho aislamiento.

Tenemos intereses encontrados, y que solo puede conciliar una fuerza central y directiva.

Tenemos partidos diversos y tendencias políticas encontradas, superstición por un lado, incredulidad por otro; tenemos una sangre ardiente que no sufre contradicción y que nos dispone á levantar el brazo contra los que no opinan como nosotros.

Pero en medio de nuestros defectos, hijos de siglos de opresión é ignominia, tenemos una cualidad muy positiva, esto es, una energía que ha sido el asombro del mundo en épocas diversas, siempre que se ha visto amenazada la independencia nacional: pero no basta esta cualidad, por muy grande que sea, para

fundar el cambio de ser político que por unos pocos se intenta. El pueblo español es otro Sansón, despojado de su fuerza por otra Dalila, hada poderosa, la tiranía apoyada en la superstición; despertad despacio á ese gigante, no sea que se derrumbe el edificio envolviéndonos á todos con él en los escombros.

No basta en política haber descubierto los vicios de las sociedades europeas; es preciso estudiarlos para ver cuáles son las enfermedades del cuerpo social que hay que resignarse á sufrir, cuáles son las que solo necesitan paliativos, y cuál es el tratamiento mas adecuado para curar las otras de un modo eficaz, y sin correr azares peligrosos. En una palabra, no hay que precipitarse; la impaciencia es malísima consejera; demos tiempo al tiempo, sin perjuicio de ir progresando siempre con planta firme y constante; lo demás dejémoslo para nuestros nietos, que ellos harán de todos modos lo que mejor les convenga.

En los pocos países habituados á la libertad, y dotados de instituciones que saben promover el progreso sin menoscabo del orden, la energía del alma y el amor á la patria, guiados por reglas fijas y por antecedentes y ejemplos que moderan los ímpetus de las pasiones, se muestran realmente fecundos en resultados provechosos. De ahí la repulsión con que en aquellos dichos países se mira toda exageración en los discursos, toda extravagancia en los actos. El hombre elocuente encuentra siempre oyentes, el ciudadano se dirige á corazones simpáticos. Pero en las razas latinas, y mas en los que tras largos siglos de opresión política y religiosa, entran de improviso en una era de libertad, la misma sed de independencia, el mismo ardor del pensamiento, la misma llama del patriotismo, no encontrando en el país el *la* (permítasenos este símil musical) de sus propios sentimientos, los llevan á un extremo inconveniente; y de aquí el exagerarlos para hacerse comprender, y la exaltación declamatoria, y el énfasis que en determinadas ocasiones caracterizan á nuestros oradores mas eminentes, á quienes aflige el estado del país, al que quisieran á todo trance sacar del marasmo en que yace; sin hacerse cargo de que todo progreso está subordinado al tiempo, y que de la noche á la mañana no es posible hacer entender los beneficios de un sistema liberal á un pueblo, enemigo en parte, en parte arrebatado, y en su mayor parte indiferente.

Los antiguos representaban la estatua de la Verdad cubierta de velos, y suponían que á cada siglo le estaba reservado hacer caer uno de ellos; pues creían que si de una vez se le arrancaban todos, no podría sufrir nuestros ojos, sin perderse, aquella luz repentina y pura.

Otro de los defectos de nuestra raza es la vanidad, con la que se dá la mano el amor á la nombradía que embarga á muchos de nuestros hombres de innegable talento; pasión que, como toda pasión, es una flaqueza, y nos incita á buscar la popularidad para gozar en vida de lo que equivocadamente reputamos gloria. Busquemos ya el bien por el bien, prescindiendo de toda sugestión del amor propio. Si el mundo estuviese poblado de ángeles, esta necesidad de aplausos tendría por resultado acciones heroicas. Pero no es así: la popularidad, móvil poderoso, ha dado á luz tantos crímenes como virtudes, tantas necedades como acciones laudables.

Las masas son, como los individuos, accesibles á la lisonja, enemigas de la severidad que las quiere conducir al deber, y débiles en proporción de su violencia; y aun cuando el aspirante á la popularidad no trate de hacerse un instrumento dañino del ascendiente que desea adquirir, basta su adulación para ejercer en la muchedumbre una influencia peligrosa, porque el servilismo que sigue nuestros pasos y que se anticipa á nuestros antojos, es el mayor azote, así para los reyes como para los pueblos.

El amor á la popularidad se confunde muy á menudo con el amor á la gloria y con el patriotismo: doble error y muy peligroso; pues la gloria reside en el porvenir, y la popularidad no es mas que el eco tumultuoso de lo presente. El patriotismo es la benevolencia con el país, el amor desinteresado al suelo donde hemos nacido, á las instituciones que nos rigen, á los hombres que lo habitan. La vida, la libertad, la fortuna de nuestros con-

ciudadanos nos son caras entonces y sagradas; si nos llama el peligro público, estamos prontos á derramar nuestra sangre y á sacrificar nuestro bienestar por aquella causa santa; pues se trata del hogar, de las creencias, de la cuna de nuestros hijos y de los sepulcros de nuestros padres.

El pueblo, ignorante, y por lo mismo fácil de engañar, ama las ilusiones, se presta al engaño y alienta á los que le adulan; y de ese cambio de lisonjas nace una depravación general. ¿Es posible que quede en pié la virtud pública en medio de tantas mentiras? En las sociedades antiguas, la tribuna y las escuelas, y en las sociedades modernas, los periódicos y folletos, tribuna mucho mas poderosa, retumban de los elogios que se tributan á los pueblos por los aduladores populares, los que acaban por persuadirle de que él está encima de todo, que el poder tiene siempre la culpa, que él es el único dueño, y que su voluntad ha de reinar exclusivamente.

Amar realmente á su país no es buscar todos los medios de ser amado de él. Cuando Sócrates anunciaba en alta voz la existencia del Dios Supremo, del Dios único, se exponía al odio de sus conciudadanos y era profundamente impopular. Cuando Malesherbes proclamaba los derechos de la humanidad, cuando algunas almas fuertes protestaban solas contra los cadalsos, cuando el verdugo mostraba la ensangrentada cabeza de Carlota Corday, ¿quiénes fueron los populares, y quiénes los populares? ¿No fué popular, y muy popular, la matanza de los Hugonotes el día de San Bartolomé? ¿No lo fueron tambien las de Setiembre en las cárceles de París?

Menospreciad, pues, hombres dotados de inteligencia, esa popularidad pasajera; trocad en un deseo mas levantado, en una pasión mas generosa esa pasión de amor propio, ese deseo de popularidad. Amad la gloria que coloca entre los grandes hombres á todos aquellos á quienes maltrató la injusticia contemporánea. No esperéis ni temáis nada de las preocupaciones, favorables ó no, de vuestros conciudadanos; pues no habeis de recibir la ley sino de vuestra conciencia y de la historia, esa conciencia del género humano, según Tácito.

ANTONIO BERGNES DE LAS CASAS.

NOTA. Terminado este trabajo, que ha sido emprendido sin otra pretensión que la de contribuir á ilustrar la opinión pública, ha llegado á mis manos la obra del eminente publicista inglés, John Stuart Mill, sobre el *gobierno representativo*, en la que el autor despliega tal fuerza de argumentación sobre las principales cuestiones de la política, que hacen de su escrito un libro magistral. Sin que la rápida lectura de sus capítulos haya cambiado nuestras convicciones, no negamos que, á haber leído anticipadamente este libro, habríamos atenuado la forma en algunas de nuestras conclusiones, ya que la mayor ó menor energía de la frase, no puede afectar á la esencia de la idea.

Estamos convencidos de que la lectura de dicha obra puede contribuir á rectificar muchas ideas equivocadas, así en unos como en otros, siempre que en todos haya lo que los ingleses llaman *candor*, esto es, sinceridad y amor al país.

#### INCOMPATIBILIDAD DEL PODER TEMPORAL Y DEL ESPIRITUAL QUE SE ATRIBUYE EL ROMANO PONTIFICE.

##### I.

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios.

Mas á cuantos le recibieron, les dió poder de ser hechos hijos de Dios á aquellos que creen en su nombre.

(SAN JUAN, I, 1 y 12.)

Ahora que se halla reunido el episcopado católico-romano en el Concilio de San Pedro, que bien impropriamente llaman los neo-católicos ecuménico, no obstante que en él carecen de representación varias é importantes sectas cristianas, y entre ellas la Iglesia griega, no menos católica que la romana, es, sin duda, oportuno llamar la atención de las gentes sencillas que puedan creer á esta augusta Asamblea inspirada por el Espíritu Santo, acerca del monstruoso consorcio que se trata de afirmar nuevamente entre el poder temporal y espiritual del Pontífice romano.

Emprendemos este trabajo, ó, mejor dicho, lo publicamos en distinta forma de la que recibió en 1865 para insertarse en *La Iberia*, lo que no tuvo al fin efecto, porque es conveniente destruir el error difundido entre los creyentes de bue-

na fe por ese partido, no fanático, hipócrita, que se conoce en el mundo con el título de neo-católico, y que pretende profesar en su pureza el dogma de la Iglesia católica, la doctrina cristiana, negando que haya salvación para los que aspiran á conciliar la religión de Jesucristo con la razón, la filosofía, la libertad y el progreso.

No escribimos, pues, contra el cristianismo, cuya religión creemos, por el contrario, adulterada y plagada de herejías por la doctrina neo-católica; ni tampoco contra la Iglesia católica, contra esa Iglesia universal de todos los que creen en Dios, justo, omnipotente, misericordioso, sabio autor de todo lo creado para un fin de perfectibilidad y de armonía. Nos proponemos únicamente combatir la herejía neo-católica, defender y realzar la sublime doctrina que predicó Jesús con la palabra y el ejemplo de su austera vida consagrada á la redención de los hombres, y oponer á las fórmulas de un misticismo sin sentido ni aplicación á la vida real, sin interés para la humanidad, emancipada del afrentoso yugo de la ignorancia, los morales preceptos del Evangelio predicado desde la Cruz en las elevadas cumbres del Calvario, y santificado por la sangre que en holocausto de la verdad y en testimonio de su infinito amor hacía todos los hombres vertió el Justo por excelencia, el Verbo, la palabra de Dios encarnada en la persona de Cristo, el hijo de José y de María.

Si, como suponen los defensores de esa secta, lo que combatimos al combatirla es la Iglesia católica, cosa que nosotros negamos; si esto mismo, por una observación singular de entendimiento, sostienen ilustres prelados de la Iglesia, tanto peor para los que en su infundado y anticristiano orgullo se atribuyen la representación de esa Iglesia, bastante mayor, por fortuna, que la congregación del Papa y de los obispos que acatan su doble poder, porque esta no puede ser considerada por ningún hombre de recto juicio, única depositaria de la fe cristiana.

Si lo que asientan quienes tal suposición sostienen obstinadamente, significa que esa congregación romana, el episcopado como el Papa, acepta los principios y las heréticas teorías que la secta neo-católica proclama en oposición al *liberalismo y civilización moderna*, conste que los príncipes de la Iglesia romana identifican la causa de esta con la de la reacción, presentándose por su libre albedrío y por la presunta y al parecer probable infalibilidad del Papa en contradicción abierta, sistemática, fanática, inflexible con el espíritu de progreso que Dios mismo infundió en el hombre para que animara á su raza y fuera el medio de que esta lo glorificase, contribuyendo en la tierra á la realización del destino universal, ó sea á la perfectibilidad indefinida. Y si la revolución en su irresistible ímpetu, en su inevitable victoria, al arrollar los obstáculos de otro género que se oponen á su marcha, lanzándolos como débil pluma que el huracán arrebatara, pasa tambien por encima de la Iglesia romana para asegurar su triunfo, culpa será de sus doctores, reunidos hoy en Concilio, si abandonados por el Espíritu Santo á causa de su soberbia insisten en confundir formal y sustancialmente la causa del neo-catolicismo, que la compañía de Jesús ha exaltado á grande é incontestable poder en la Iglesia romana, con la causa de la Iglesia católica cristiana, que Jesucristo quiso hacer extensiva á todos los que creen en el nombre de Dios.

De tal manera y tan esencialmente se ha alterado la religión cristiana por el desmedido orgullo, por el desenfrenado afán de poder de los obispos romanos, de su corte y de los demás obispos que han reconocido la doble supremacía del pontífice-rey, que no obstante hallarse vedado el poder material ó temporal en la misión apostólica, se pretende que el ejercicio de la soberanía temporal es punto poco menos que de fe, tan poco menos, que quizá lo defina y proclame como dogma el presente Concilio, propicio á cuanto la funesta compañía de Loyola le exija por el órgano de Pio IX.

Toda la vida del hijo del hombre, como se llamó humildemente Jesucristo, vida de abnegación y de enseñanza; toda su doctrina, confirmada con el ejemplo de su infinito amor á los hombres; cuanto sus apóstoles predicaron á las

gentes, recorriendo todas las naciones de la tierra y en todas las lenguas; cuanto sus santos y venerables sucesores recomendaron a los fieles, exagerando y aun equivocando piadosamente en nuestro concepto el sentido de las Sagradas Escrituras; todo ello, hasta los preceptos de la disciplina consagrada por la Iglesia primitiva, confirman y evidencian que el poder temporal es incompatible con el espiritual, y que al augusto ministerio del sacerdocio no conviene la pompa ni la fuerza. ¿Cómo ejercer el poder temporal, la dominación, el imperio con todas sus fatales consecuencias, con su cortejo de violencias, entre las que se enumeran la opresión y la guerra, sin abdicar el carácter sacerdotal, ministerio de amor y de paz, de caridad y mansedumbre, que es el primer atributo de los Papas, si los Papas creen sinceramente que suceden a Pedro en la sede pontificia? Porque de seguro no se pondrá en duda que el Papa, antes de serlo, Pontífice y rey, es sacerdote cristiano a quien, mas aunque a la generalidad de los fieles, está mandado no matar.

Si Cristo hubiera querido ser rey ó que lo fuesen sus apóstoles, no habría nacido en un pesebre, sino en un palacio, ni se hubiera servido de mendigos y pescadores para inspirarles el don de su palabra, sino de príncipes que acaudillasen ejércitos, lo cual significó bien reprendiendo en el monte de las Olivas al que hirió con la espada a uno de sus perseguidores, y dejándose aprehender, porque si hubiera querido rogar a su padre, habría tenido en el acto mas de doce legiones de ángeles. Todos los que tomaren espada, a espada morirán, dijo a sus discípulos con tal motivo. San Mateo, xxvi, 51, 52 y 53.

Todos sois hermanos, y uno solo es vuestro maestro, que es Cristo. San Mateo, xxiii, 8 y 10. Tal precepto excluye toda dominación temporal, toda autoridad, todo magisterio que no sea el de la doctrina escrita en el Evangelio, y así mismo lo entendieron los primeros cristianos, los obispos y aun los Papas, hasta el momento en que tentó su soberbia el demonio de la ambición.

Y no se crea que inventamos nada. Hé aquí lo que pensaba acerca de la unión de entrambos poderes el Papa San Gelasio, que escribía en el siglo V en su *Tratado de anatema*: «Quiero creer que antes de la venida de Jesucristo hayan sido algunos reyes y sacerdotes al mismo tiempo, como Melquisedech, lo que el demonio ha imitado, de manera que los emperadores paganos tomaban también el título de Soberanos Pontífices. Pero cuando se ha reconocido al que es en realidad rey y Pontífice juntamente, ya no ha tomado el emperador el título de Pontífice, ni el Pontífice el título de rey. Porque aun cuando todos los miembros de Jesucristo, todos los que creen en él, sean llamados raza real y sacerdotal, eso no obstante, conociendo Dios la debilidad humana, ha reparado las funciones de uno y otro poder, de modo que los emperadores cristianos tuviesen necesidad de los Pontífices para la vida eterna, y que los Pontífices siguiesen las órdenes de los emperadores respecto de las cosas temporales.

«Que quien sirve a Dios no se embarace con las cosas temporales, y que aquel a quien le estén confiadas no gobierne las cosas divinas.»

Hemos traducido literalmente el concepto como la frase: *imitación del demonio*, que quien quiera y dude de nuestra exactitud puede cotejar con el original, porque aplicada al poder temporal de los Papas por un Papa no tiene de cierto malicia, como no fuera intuitiva profética, que todo pudiera ser si admitimos que son secretos aquellos a quienes la Iglesia romana canoniza como tales y los inscribe en su calendario para la adoración de los fieles creyentes.

Aunque no de tanta autoridad como la anterior, mucha fuerza tiene, confirmada por esta la opinión de Sinesio, el obispo de Cirena, quien había escrito mucho antes que San Gelasio que Dios ha separado el poder político del sacerdocio, géneros de vida incompatibles, y cuyo texto, traducido de su carta ciento veintidós, se insertó en el número 3.424 de *La Iberia*, correspondiente al 6 de Agosto de 1865, en un artículo titulado: *La fuerza de la reacción*, suscrito por el autor del presente.

Queda demostrado que los Pontífices romanos no pudieron ni debieron adquirir el poder temporal, según la doctrina

evangélica y las tradiciones unánimes.

La arrogante ignorancia de los neocatólicos se burla de estos textos como de los sagrados, obstinándose en los errores y falsificaciones de que los convencidos en los precitados artículos de *La Iberia* con el candente recuerdo de Mercator y sus famosas decretales. Lo grave del caso es que los prelados de la Iglesia española han confundido pública y solemnemente la causa de esta con la del neo-catolicismo, habiendo incurrido en la torpeza de darnos la razón a los que hace mucho tiempo sabíamos que en todas partes donde impera la secta católica romana se halla en divorcio y profundo antagonismo con la sublime y moral doctrina cristiana, porque esta es santa y se inspiró en el Verbo de Dios, y la otra es satánica, obra de la ambición y se funda en la relajación de la disciplina ortodoxa.

Ateniéndonos, pues, a la ley de amor, que enseña no herir nunca con la espada, é impone la fraternidad como precepto capital de conducta lo menos que puede suponerse en los neo-católicos, en los obispos, si estos persisten en sostener el poder temporal del Papa, es el defecto de la ignorancia. ¿Preferiría el neo-catolicismo, el episcopado, si se quiere, que lo acusemos de mala fe, de interesado egoísmo, de calculada intolerancia, de apasionado rencor contra el dogma fundamental de la doctrina cristiana?

Por fortuna, y gracias a la revolución, no es hoy un hecho criminoso, como lo era hace dos años, dilucidar la cuestión del poder temporal en nefando consorcio con el espiritual, por mas que sostengan la compatibilidad y aun necesidad de esa unión, como punto poco menos que dogmático, el Papa y los novecientos obispos a cuyas órdenes pelean los escritores sin fe y cuantos jesuitas con y sin sotana están escandalizando al mundo con la procacidad de sus insultos a la libertad y las autoridades que recibieron su investidura del pueblo. La cuestión estriba en saber si son sucesores de los apóstoles por la fe aquellos que reniegan de la ley del Divino Maestro y profanan el sublime misterio de su muerte, desconociendo el profundo sentido de la doctrina de la Redención.

La Iglesia de Cristo es algo mas, mucho mas que la congregación del Papa y los novecientos obispos que creen en su doble soberanía; es la reunión de hombres que bajo la dirección de sus pastores caminan a la vida eterna, ligados por la comunión de la misma fe cristiana y de unos mismos sacramentos, cuya verdadera y principal cabeza es Cristo. Bien sabemos, sin ser teólogos, que la fe sin obras es muerta; que no pertenece a su unidad el que no tiene caridad, como afirma San Agustín; que quien es pecador ó está manchado con alguna inmundicia, no puede llamarse miembro de ella, cual cree San Jerónimo; que todos los cristianos son una raza de santos sacrificadores, conforme escribía San Pedro, I, II, 5 y 9, y que San Juan claramente anunció que son hijos de Dios, cristianos, aquellos que creen en su nombre. En nuestro concepto, pues, corroborado por la opinión de escritores sagrados, cuya cita sería prolija é impertinente en un periódico, el apostolado, propiamente dicho, se confirió a los inspirados discípulos de Jesucristo, a los que de ellos lo fueron, como Marcos y Timoteo, y después a cuantos recibieron con la fe (1) esa gracia, que no puede adquirirse por el mero hecho de suceder en un cargo, y que ha de ser conocida por una cantidad ejemplar, acompañada de la práctica constante de la ley de amor que sintetiza toda la doctrina de la redención.

No creemos nosotros, permitásenos decirlo, que la gerarquía eclesiástica sea de origen divino, institución de Cristo, ni hemos encontrado un solo pasaje del Evangelio en que se hable de ella, imponiendo ritos y ceremonias que si la Iglesia estableció luego a luego en uso de un derecho que le reconocemos, no pueden ser aceptados como absolutos, indiscutibles, dogmáticos, cual lo son los puntos de fe, los misterios de la redención, por ejemplo, para no estendernos mucho sobre un asunto que nos proponemos tratar en un libro, mitad original y mitad traducido, nos limitamos a señalar un hecho histórico de inconcusa autoridad, como demostraremos. La administración del sacramento de la Eucaristía, que la Iglesia reservó mas tarde exclusivamente para el clero, hasta

el punto de calificar de sacrilegio la pretensión de parte de los legos de celebrar la cena, fué en el origen del cristianismo un acto del culto doméstico, y el padre de familia cortaba el pan y comulgaba con sus hijos. Los primeros cristianos concurrían frecuentemente en Jerusalén al templo a orar; perseveraban unánimemente en él, y partiendo el pan por las casas, frangentes circa domos panem, tomaban la comida con alegrías sencillas de corazón. Hechos de los Apóstoles, II y 46.

Es verdad que Jesucristo prometió a sus apóstoles estar con ellos todos los días hasta el fin del mundo; pero toda la cuestión consiste en averiguar quiénes son ahora sus apóstoles. ¿Lo son los neo-católicos, que no tienen fe, ni caridad, que no aman a sus semejantes, que combaten la libertad y el progreso, condenando en su soberbia al hombre y a la humanidad al mal y al tormento en la tierra, ó los que pobres, oscuros, perseguidos ayer, amenazados de serlo mañana, ¡quién sabe! hambrientos de justicia y pidiéndola a todos los poderes, sin haber inclinado la frente ante el de la violencia, predicamos al pueblo constantemente la que se resume toda entera en el precepto de amor y en la prohibición de matar?

Lícito nos será negar que lo sean quienes obstinándose en rechazar la libertad de examen y de conciencia, encerrándose en el estrecho círculo de la autoridad, y apelando a la revelación y al misterio pretenden subordinar la razón individual y universal a la de un obispo, superior él mismo a los demás obispos, por virtud de una falsificación en la disciplina primitiva de la Iglesia fundada por Jesucristo.

F. J. Mora.

Nuestros lectores acogerán, sin duda alguna, con gran placer, la traducción de la tragedia latina *Hipólito*, de Séneca, que hábil y concienzudamente acaba de hacer nuestro amigo el eminente literato D. Eugenio de Ochoa, a quien tanto deben las letras españolas.

El Sr. Ochoa ha tenido la condescendencia de facilitarnos su manuscrito, y nosotros nos apresuramos a publicarlo creyendo prestar un verdadero servicio a la literatura, habiendo hecho un esfuerzo para que la tragedia completa pudiese ver la luz en un solo número de LA AMÉRICA.

Es la vez primera que el *Hipólito* se traduce en prosa castellana. Con ello, y con haber llevado a cabo su trabajo con tanta fidelidad y tanta conciencia, el señor Ochoa ha adquirido un nuevo timbre de gloria, y las letras clásicas y la literatura española están de pláceme.

Hé aquí ahora la tragedia de Séneca:

#### UNA TRAGEDIA DEL TEATRO LATINO.

##### EL HIPÓLITO

DE L. ANEO SÉNECA (1).

##### Personas.

Hipólito.	Un mensajero.
Fedra.	Coro de atenienses.
Teseo.	Moneros.
La nodriza.	Criados.

(La acción pasa en Atenas en los tiempos fabulosos).

##### ACTO PRIMERO.

##### ESCENA PRIMERA.

Hipólito.—Moneros.

*Hipólito.* Id, rodead las umbrosas selvas y registrad con veloces plantas las cumbres del caecropio monte, los llanos del pedregoso Parneto y los que azota con rápidas olas el río que corre por los valles Triasio; trepad a las cimas, siempre blanqueadas por las nieves Rifeo. Encamfense otros a aquel bosque de frondosos álamos y a aquellas praderas esmaltadas de fresco rocío, que al soplo del céfiro se cubren de primaverales yerbas; donde el apacible liso se desliza perezooso por entre hermosas campañas, semejante al Meandro, que lame con escaso raudal estériles arenas. Vosotros tomad por ese sendero, a la izquierda, el bosque que

(1) De las diez tragedias atribuidas a Lucio Anneo Séneca, el *Mozo*, denominado también el *Filósofo*, hijo ó sobrino del otro Séneca llamado el *Orador*, cordobeses ambos, únicas que nos han quedado del teatro romano, solo esta, las *Troyanas* y la *Medea*, parecen auténticas; y aun de esto mismo no hay completa seguridad, ni mas datos que su estilo, generalmente ampuloso y declamatorio, la sumaria tirantez de sus doctrinas estoicas, y, sobre todo, los dos conocidos pasajes de Quiniliano y de Tácito, en que se da por sentado que el ilustre filósofo era también poeta.

Esta tragedia de *Hipólito*, única realmente de Séneca, en virtud de su biógrafo Justo Lipsio, escrita, al parecer, como las otras nueve, mas bien para ser leída que para ser representada, es una

conduce a Maraton, al que van a pastar por la noche las alimañas, acompañadas de sus tiernas crías; vosotros dirigíos a aquella parte donde al duro Acarneo, sometido a los tibios austros, arrostra los rigores del frío. Encamfense uno a la roca del dulce Himeto; otro a la humilde Afidna: tiempo há que dejamos descansar aquella comarca donde el cabo Sunio estrecha la corva orilla del Ponto. El que se sienta animado del noble amor de la caza, acuda al Flicio; allí tiene su guarí un jabalí, terror de los labradores, coacido ya por sus muchos estragos: soliad, vosotros, las traillas a los callados perros; sujeta bien con ellos a los fieros mastines molose y pélese con el roce de tirantes-correas el cuos llo de los cretenses reñidores. Con los espartanos, raza atrevida y feroz, hay que tener la precaución de atarlos todavía mas corto: ocasión vendrá en que resuenen con sus ladridos las huacas peñas; ahora, sujetos, olfateen el viento con sutil nariz; busquen los rastros con la cabeza gacha, mientras clarea apenas, mientras la tierra, cubierta de rocío, conserva la señal de las pisadas. Echese uno al pujante cuello esas apretadas redes; traiga otro esos fuertes lazos. Formad una valla de rojas plumas para espantar con vanos terrores a las fieras. Tú blandirás el venablo arrojado: tú asestarás a dos manos el pesado chuzo rematado en ancho regatón de hierro; tú, puesto en acecho, levantarás la caza con tus gritos; tú, ya vencedor, sacarás las entrañas a las reses con corvo cuchillo.

Asiste propicia a este secuz tuyo, ¡oh varonil diosa! que reinas en las repuestas soledades, cuyos certeros dardos hieren a las fieras que beben las frias aguas del Araxes y las que retozan sobre el helado Istro. Tu diestra acusa a los leones gétulos y a las ciervas cretenses, ó ya con mas leve golpe, hieres a los veloces gamos. Los tigres te presentan sus pechos manchados de varios colores; de tí huyen los peludos bisontes y los feroces renos de enormes astas. Cuantas alimañas se apacientan en las soledades, ya en la estéril region de los Garamantas, ya en las ricas selvas de los Arabes, ya en las agrestes cumbres del Pirineo; cuantas se cobijan en los bosques de Hircania ó en los desiertos campos del errante Sarmata, todas, ¡oh Diana! temen tus flechas. Si piadoso el cazador venera tu nimen en las selvas, sus redes apresarán multitud de fieras, sin que se le escape ninguna, y con el peso de su caza hace rechinar el carro en que se la lleva.

Ahora traen mis perros llenos de sangre los morros, y los ojadres se vuelven a sus chozas con grande algazara. Ea, propicia nos es la diosa; ya lo anuncian los perros con sus grandes ladridos. Las selvas me llaman; tomo esta senda, que me evitará un gran rodeo.

ESCENA SEGUNDA.

Fedra.—La Nodriza.

*Fedra.* ¡Oh gran Creta, dominadora del vasto piélagos! Tú, cuyos innumerables bajeles han recorrido todas las costas y surcado todos los mares que abre Nereo a las proas hasta las playas Asirias, ¿por qué me obligas a consumir mi vida en el dolor y el llanto, encerrada en esta mansión aborrecida y casada con un enemigo? Ausente mi esposo, huye de mí; Teseo me guarda su acostumbrada fidelidad. Compañero de un atrevido amante, se encamina con él por entre profundas tinieblas al lago de donde no se puede volver, para robar en su sòlo a la esposa del rey infernal; ni el temor, ni el pudor, han podido contenerle: el padre de Hipólito va a buscar en el hondo Aqueronte violencias y adulterios. Pero una pena mayor oprime hoy a esta desventurada; ni la calma nocturna, ni el profundo sueño, bastan a ahuyentar mis cuidados: mi mal se alimenta, y crece, y arde dentro de mí, como el vapor que rebosa ondeante de las cavernas del Etna. Desatiendo las telas de Palas, la labor empezada se me cae de las manos. Ya no me agrada llevar a los templos votivas ofrendas; ni en las aras, mezclada a los coros de las Atenienses, blandir las sagradas teas, confidentes de los silenciosos sacrificios, ni ofrecer a la diosa protectora de este suelo consagrado a ella, castas preces y piadoso rito; solo me complace seguir a la carrera las acosadas fieras, y vibrar con débil mano el duro venablo.

¿A dónde vas, alma mía? ¿Por qué ardes así en amor de las selvas? Reconozco el fatal delirio de mi desventurada madre; en las selvas tuvo principio para ambas un criminal amor. Compadézco tu desventura ¡oh madre! Arrebatada de nefando frenesí, osaste amar a un toro bravo, impaciente del yugo, caudillo de indómita grey, que te amaba también; pero a mí, misera, ¿cuál Dios, cuál Dédalo podrá ayudarme en mi insensata pasión? No, aun cuando renaciera aquel poderoso artífice ateniense que encerró en un laberinto al monstruo, baldón de nuestra familia, no podría dar alivio alguno a mi desgracia. Implacable Vénus con el aborrecido linaje del Sol, venga en nosotros la prisión de su querido

menos que mediana imitación de Eurípides. Su mérito, como obra dramática, es nulo; pero tiene magnífico; versos y abunda en sentencias de un nervio y una profundidad sorprendentes. Para nosotros, los españoles, ofrece el particular interés de haber notoriamente inspirado a Cervantes su hermosa Pintura del siglo de oro (acto segundo, escena segunda), así como inspiró a Racine—u tan celebrada relación de Teramo, en que cuenta la desastrosa muerte del hijo de Teseo. No tenzo noticia de que exista de esta, ni de las demás tragedias atribuidas a Séneca, mas versión castellana que la que del italiano mandó hacer el marqués de Santillana, y manuscrita se conserva en la biblioteca del Escorial.

(1) La fe sin obras es muerta.

Marte y la suya, y nos abraza con nefandos oprobios; ninguna hija de Minos ha ardido en felices amores; todos sus amores fueron criminales.

**La Nodriza.** Esposa de Teseo, ilustre progenie de Júpiter, arroja del casto pecho tu nefanda pasión, apaga ese amor, no abras tu corazón a una criminal esperanza. Todo el que resiste al principio y rechaza al amor, logra al cabo vencerle; el que acaricia y fomenta en su seno a aquel dulce enemigo, vanamente querrá después sacudir su yugo. No se me oculta cuán duro es al orgullo de los reyes, no acostumbrados a oír la verdad, inclinarse al camino de la razón; mas yo arrostraré cualesquiera consecuencias de mis consejos: la muerte, ya próxima, da fortaleza a esta anciana. Lo primero es tener una voluntad firme de luchar y de no sucumbir; es lo segundo el pudor y el convencimiento de que se obra mal. ¿A dónde vas, infeliz? ¿A qué agravar la infamia de tu linaje y superar el crimen de tu madre? Un incesto es mas horrible que un monstruo, pues un monstruo puede ser obra del destino; pero un incesto no puede imputarse mas que a nuestra propia corrupción. Si porque tu esposo no vé la tierra que alumbró el sol, crees poder asegurar tu crimen y no temer nada, te engañas, aun cuando estuviera tu esposo sepultado en el profundo Leteo, y para siempre encerrado en el Estigio, ¿cómo ocultar tamaño crimen a aquel tu padre, cuyos vastos dominios abarcan los mares y que dicta sus leyes a cien pueblos? El desvelo de un padre es sagaz. Pero concedámosle que a fuerza de astucia y de engaños logremos ocultarle esa gran maldad: ¿lo ocultarás también al padre de tu madre, que derrama su luz sobre todas las cosas? ¿al padre de los dioses, que estremece al mundo vibrando con ardiente mano, el rayo forjado en el Etna? ¿Crees poder ocultarte de tus progenitores, que todo lo ven en el mundo? Mas aun dado que benignos los dioses echasen un velo sobre tus incestuosos placeres y que alcances para ellos la seguridad, siempre negada a los grandes crimenes, ¿no consideras las angustias, los remordimientos, los temores que te aguardan? El crimen queda alguna vez impune; seguro, nunca. Yo te lo ruego: sofoca esa llama de un impío amor, de un crimen que jamás se vio en ninguna nación bárbara, ni en las llanuras del Geta errante, ni entre las inhospitalarias hordas del Tauro, ni entre los dispersos Escitas. Ahuyenta de tu casto pensamiento la idea de ese horrendo incesto, y acordándote de tu madre, tiembala de esos desusados amores. ¿Te aprestas a admitir en tu tálamo al hijo después del padre, y a recibir en tus brazos entera prole de ambos? Vé y subvierte la naturaleza con tus nefandos ardores. Nazcan nuevos monstruos; ¿por qué ha de estar vacío el asilo de tu hermano? ¿Será que haya de oír el mundo nuevos prodigios? ¿Será que haya de quebrantar sus leyes la naturaleza siempre que ama una Cretense?

**Fedra.** Conozco, Nodriza, que es verdad cuanto me dices; pero mi ciego frenesí me arrastra al mal. Mi alma corre al precipicio con los ojos abiertos, y retrocede, deseando en vano sanos consejos; así cuando el marino empuja a fuerza de remo contra la corriente su cargada nave, cede al fin en su vano afán, y se deja arrastrar por las contrarias olas. ¿Qué puede la razón? La pasión venció y reina en mi alma; un poderoso Dios domina todo mi ser; un dios alado que señorea toda la tierra y abraza al mismo Júpiter en irresistible fuego. También el beliger Marte probó ese fuego; probó también el dios que forja el rayo de tres puntas; el que siempre revuelve los ardientes hornos del Etna, se abraza en aquel poco de fuego. Al mismo flechador Apolo hirió con su saeta mas certero el Niño alado, igualmente temible, al cielo y a la tierra.

**La Nodriza.** Torpe favorecedora del vicio, la liviandad fingió que el Amor es un dios, y para tener mas libertad, dió a su ciego frenesí título de falso nímén.

Supone que Ericina envía a su hijo a vagar por toda la tierra; que volando por el cielo vibra con terna mano sus pérfidos dardos, y que el menor de los dioses alcanza tan gran poderío sobre los otros... Delirios son que se forja el ánimo demente, la divinidad de Vénus y el arco de su hijo. El que se desvaneció en la prosperidad y se enerva en el lujo, apeteciendo siempre insólitos placeres, se hace esclavo de aquella liviandad, terrible compañera de la alta fortuna: ya no le placen los usados manjares; honesta mirada, humilde alimento. ¿Por qué es tan rara en las casas pobres esa peste que te devora, y por qué elige las mansiones suntuosas? ¿Por qué moran en las chozas los castos amores, y tiene el vulgo sanos afectos y solo la medianía sabe contenerse, al paso que los ricos y los reyes, por el contrario, siempre aspiran a más de lo lícito? El que puede demasiado, quiere poder lo imposible. Considera lo que conviene a tu alta calidad de reina: teme, respeta el poder de tu esposo, que va a volver.

**Fedra.** Mayor que todos es el poder del amor que llevo en mí, y no temo la vuelta de Teseo. Jamás tornó a ver la luz del cielo el que una vez penetró en la silenciosa morada de las perpetuas tinieblas.

**La Nodriza.** No te fies. Aun cuando cierre Pluton su reino y guarde el estigio con sus terribles puertas, ya Teseo logró una vez hallar el camino a todos negado.

**Fedra.** Acaso perdonará mi amor.  
**La Nodriza.** Cruel fué sin embargo, aun con una casta esposa, y la extranjera Antiope probó el rigor de su implacable mano. Mas da por supuesto que logras aplacar a tu airado esposo, ¿quién doblará el ánimo inflexible de Hipólito,

que aborrece hasta el nombre de mujer y huye de todo amor, de todo himeneo?

No olvides que es del linaje de las amazonas.  
**Fedra.** Yo le seguiré a las nevadas cumbres en que tanto se deleita, a los fragosos peñascales que huella con ágil planta, por las profundas selvas y los montes.

**La Nodriza.** El huirá de tí. ¿Crees que se deje ablandar, crees que renunciará a su castidad por un impuro amor? ¿Dejará de aborrecerte, a tí en odio de quien aborrece tal vez a todas las mujeres?

**Fedra.** ¿No le vencerán mis ruegos?

**La Nodriza.** Fiero es.

**Fedra.** El amor nos enseña a vencer la fiereza.

**La Nodriza.** Huirá.

**Fedra.** Le seguiré, si huye, aun por los mismos mares.

**La Nodriza.** Acuérdate de tu padre.

**Fedra.** También me acuerdo de mi madre.

**La Nodriza.** Aborrece a todo nuestro sexo.

**Fedra.** Así no tendrás mancebas.

**La Nodriza.** Tu marido va a volver.

**Fedra.** Pero en compañía de Piritóo.

**La Nodriza.** Vendrá también tu padre.

**Fedra.** Padre elemento con mi hermana Ariadna.

**La Nodriza.** Por estas canas de mi ancianidad, por los graves cuidados que me agitan, por estos pechos que deben ser te caros, yo te lo suplico; renuncia a tu frenesí y ayuda a tu propio bien. La voluntad de sanar es parte ya de la salud.

**Fedra.** No todo pudor ha concluido en mi honrado corazón; venzámos, Nodriza, este amor que se resiste al yugo. No te mancharé, ¡oh, fama mía!... Solo un medio me queda, solo un recurso en mi desgracia, y es seguir a mi marido. Con la muerte evitaré un crimen.

**La Nodriza.** Modera, hija mía, esos ímpetus de tu exaltada imaginación; reprime tu ánimo. Por lo mismo que te consideras merecedora de la muerte, creo yo que eres digna de vivir.

**Fedra.** Mi muerte está decidida, pero dudo en cuál manera ha de ser, si con lazo, ó con hierro, ó precipitándome de lo alto del templo de Palas. Ea, armemos esta mano vengadora de la castidad.

**La Nodriza.** ¿Y habías de consentir mi ancianidad que sucumbieras así con prematura muerte? Desiste de ese ciego arrebato.

**Fedra.** No hay razones que alcancen a impedir la muerte del que está resuelto a morir y debe morir.

**La Nodriza.** ¡Oh señora mía, único consuelo de mis cansados años! Si tan violenta es tu pasión, olvídate de tu fama; la fama es engañadora y mas favorable al malo que al bueno. Probemos a domar aquella audaz condición; yo quedo en el cuidado de acercarme al fiero mancebo y de ver si logro vencer su aspereza.

ESCENA TERCERA.

El coro.

¡Oh diosa, hija del desplorado Ponto, a quien llaman madre dos Cupidos, uno niño travieso y hermoso, poderosísimo por sus llamas y sus flechas, y cuán temido por los tiros de su certero arco! El frenesí que infunde en las venas se desliza por las médulas de nuestros huesos y las abraza en secreto fuego; no abre anchas heridas, pero nos devoran sordamente hasta el fondo de las entrañas. No tiene este niño un punto de sosiego; siempre en movimiento, difunde sus saetas por todo el orbe. Cuantas playas ven nacer el sol, cuantas se extienden en el tarde Occidente, las que domina el férvido Cáncer, las que sustentan a los siempre errantes moradores de la fría Osa mayor, todas prueban sus ardores. El amor excita las terribles pasiones de los mancebos; reanima el apagado calor de los cansados viejos; hierre con desconocido fuego el pecho de las vírgenes, y obliga a los dioses a que, abandonando el cielo, habiten la tierra en fingidas semejanzas. Febo, zagal de ganados en Tesalia, pastoreó rebaños, y depositó el plectro, llamó a sus toros con los sonidos del caramillo, formado de cañas disiguales. ¿Cuántas formas todavía mas humildes no tomó el mismo dios, que rige el cielo y las tempestades? Ora convertido en ave batió cándidas alas y tomó una voz mas dulce que la del moribundo cisne; ora trocádolo en inquieto novillo, presentó sus lomos, para que por juego se sentasen en ellos las vírgenes; y arrojándose a las olas, imperio de su hermano, y ya entonces imperio suyo, y supliendo con sus pies los flexibles remos, opone su pecho al profundo mar y lo domina, temblando por su robada carga. Ardó en amores la clara diosa de la noche, y abandonando el oscuro firmamento, confió a su hermano el cuidado de regir; no como el del sol, su brillante carro. Aprendió entonces Febo a manejar los nocturnos caballos y a reducir el ofuscado de su carrera; doblados los ejes del carro bajo aquel mayor peso, prolongóse la duración de las noches y retrasóse el nacimiento del día. Depuesta la aljaba y la terrible piel de su gran león, el hijo de Alcmena se dejó poner en los dedos sortijas de esmeraldas y alzó el crespo cabello; cubió sus piernas con áureas ligaduras, encerró sus pies en amarillas sandalias, y con aquella mano que antes blandió la clava, hirió sutiles hebras con tornatillo huso. La Persia, la Lidia ufana con sus grandes riquezas, vieron en aquellos hombros, que sustentaron los alcázares del cielo, un delicado mantolito en Tiro, arrojada con desprecio la piel del terrible león.

Sagrado es el fuego del amor (creed a los escarmentados) y harto poderoso; cuantas tierras ciñe el mar, cuantas bañan las estrellas en

el etéreo espacio con su blanca luz, todas son patrimonio de aquel niño cruel, cuyos dardos prueban en sus profundas olas la carúlea grey de las Nereidas, sin que baste el mar entero a apagar sus llamas. Prueba también sus fuegos el linaje de las aves. Cuando el amor los abraza, ¡qué batallas no mueven entre sí en las toradas los novillos! Si temen por sus hembras, ¡cuál se arrojan a la lid los tímidos ciervos y dan con mugidos señales de furor! Entonces el atezado indio mira con horror a los listados tigres; entonces el jabalí afila los terribles colmillos y se le llena la boca de espuma. Sacuden el cuello los leones africanos cuando los agita el amor; retumban entonces las selvas con fieros rugidos. Aman los monstruos del insano ponto; aman los elefantes: la naturaleza reivindicada para sí a todos los seres; ninguno se extime de su yugo. Y perece el odio cuando el amor lo manda; los inveterados rencores ceden ante su fuego. ¿Qué mas diré? El amor vence hasta a las cruces madastras.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

El coro.—La Nodriza.—Fedra.

**El coro.** Habla, Nodriza: ¿qué nuevas nos traes? ¿Dónde está la reina? ¿Se ha templado ya algo su terrible fuego?

**La Nodriza.** Ninguna esperanza tengo de que pueda hallar alivio tan fiero mal, ni fin su insensata pasión. Arde la infeliz en secreto incendio, y su furor, aunque encerrado en el pecho, aunque procura ocultarle, se revela en su rostro: sus ojos brotan fuego y sus débiles párpados se cierran a la luz del día. Indecisa, azorada, nada le contenta: vagos dolores agitan todos sus miembros. Ora desfallece moribunda sin acertar a mover el pie, y apenas puede sostener la cabeza sobre el lánguido cuello; ora busca el reposo, y desvelada, pasa la noche lamentándose; manda que la incorporen, y en seguida que la vuelvan a acostar; que le suelten el cabello y que se lo vuelvan a prender; siempre irritada consigo misma, muda a cada instante de postura. Ningun cuidado se toma por el alimento, nada le importa la vida; vaga con vacilantes pasos, desfallecida, doliente; no tiene ya su nevado rostro purpúreo colores. La angustia destroza su cuerpo, anda con trémulo pie, perdida la terna flor de su hermosura. Aquellos ojos, que ostentaban destellos de la luz febea, nada conservan ya de su heredado brillo. Corre el llanto por su rostro, regando de continuo sus mejillas, cual en las cumbres del Tauro las nieves derretidas al impulso de tibias lluvias... Pero ya se abren las puertas del palacio, y ved allí a la reina que, reclinada en su áureo lecho, rehúsa insensata vestir los usados atavíos.

**Fedra.** Apartad de mí, doncellas, esas ropas de púrpura recamadas de oro; lejos de mí esos colores del místico sirio y esas telas labradas con hilos que los remotos Seres recojen en sus selvas. Ciñe mi suelto regazo estrecha cintura; quitadme este collar, quitadme estas arracadas de blancas piedras, dones del indio mar. No quiero que empape mis cabellos con perfumes asirios; dejad que vaguen tendidos en desorden por mi cuello y mis hombros, agitados por el viento en mi rápida carrera. Mi mano izquierda empuñará la aljaba, mi diestra blandirá el tesalio venablo. Tal fué la madre del adusto Hipólito: cual aquella hija del Tanais ó del lago Meótides, cuando al frente de su huerte abandonó las playas del frío Ponto y penetró en el suelo del Atica, mal anudado el cabello y cubierto el pecho con lunado broquel; tal quiero yo lanzarme a las selvas.

**La Nodriza.** (Aparte.) Basta de lamentos; la aflicción no alivia a los desgraciados; imploremos a la divina virgen, nímén de los bosques.

Reina de las selvas, única divinidad que moras en los montes y única también a quien se adora en sus desiertas soledades, ahuyenta los tristes presagios que nos amenazan. ¡Oh diosa! potente en los bosques y en las florestas, clarísimo astro del cielo y hermoso ornamento de la noche que ilumina al mundo con la luz del sol, triforme Hécate, favorece nuestros intentos, domando la desabrida condición del fiero Hipólito. ¡Haz que aprenda a amar, a sentir mítuos ardores, a prestarnos benigno oído; amansa aquel duro pecho; cautiva su espíritu, ríndase al yugo de Vénus ese fiero, ese enemigo, ese rebelde; consagra a ése fin todas tus fuerzas. ¡Así brille siempre lúcido tu disco y camines por el firmamento limpia y pura entre rasgadas nubes! Así nunca puedan los cantos de la Tesalia apartarte de regir en el éter tu nocturno carro, y ningún pastor logre gloriarse de haberte inspirado amores! Ya asistes a la que te invoca, ya, ¡oh diosa! te muestras propicia a mis votos; allí veo a Hipólito que se encamina reverente a tus sagradas aras, sin que nadie le acompañe. ¿Qué dudo? El momento y el lugar me son favorables; usamos de ardid. ¡Tiemblo! No es fácil arriesgarse a un delito para obedecer a otro; pero el que sirve a los reyes, tiene que renunciar a toda justicia y arrojar de su ánimo todo decoro. La vergüenza es mala ministra de los reyes.

ESCENA SEGUNDA.

Hipólito.—La Nodriza.

**Hipólito.** ¿A qué fin encaminas aquí tus cansados pasos, ¡oh hiel nodriza! nublada la frente y triste el semblante? Supongo que ningún peligro amenaza a mi padre, ni a Fedra, ni a los dos frutos de su himeneo.

**La Nodriza.** Depon todo temor: el reino se encuentra en situación próspera, y la real familia disfruta de venturosa suerte. Pero tú no rechaces la felicidad que se te brinda, pues deseosa de

tu bien, me aflige verte arrastrar una vida triste. Sea desgraciado en buen hora aquel a quien persiguen los hados; pero el que busca y se libra su propia desgracia y su tormento, ese merece perder las dichas de que no sabe aprovecharse. Considera tu juvenil edad, y abre tu pecho a las pasiones: pasa a la luz de alegres antorchas estas noches festivas; ahoga en el vino los graves cuidados. Goza de tu juventud, que huye veloz. Esa es la edad de los placeres, la edad de los amores. Regocíja tu alma; ¡por qué duermes en solitario lecho? Renuncia a esa triste juventud que estás pasando; date prisa a gozar; suelta las riendas al placer; no pierdas así los mejores días de la vida. Un dios ha señalado los deberes propios de cada edad: a los jóvenes corresponde la alegría, a los viejos la tristeza impresa en la frente. ¿Por qué te violentas y ahogas tus naturales impulsos? Aquella mies que cuando tierna brotaba con vigor en los fértiles sembrados, dará al labrador abundante cosecha: el árbol que nunca pudo maligna mano, coronará algún día la selva con eminente copa. Las naturalezas nobles y generosas se predisponen mejor a las grandes empresas cuando se nutren con el vigoroso pasto de la libertad. Adusto, agreste, ignorante de los placeres de la vida, pasas olvidada de Vénus una triste juventud. ¿Crees que se cifra el destino de los hombres en arrostrar trabajos, domar potros a la carrera y rendir fiero culto al sanguinoso Marte? Viendo el gran Padre del mundo cuán voraz es la muerte, previno separar sus extragos con nuevas generaciones, y si abandonase a la humanidad Vénus, gran regeneradora de nuestro exhausto linaje, el mundo yacería en miserable postración, el mar quedaría si nave alguna, huirían las aves del cielo y las alimañas de las selvas. El viento solo reinaría en el etéreo espacio. ¡Cuán varios géneros de muerte acosan y destruyen al linaje humano, el mar, el hierro, las traiciones!... Mas aun a falta de estas causas de muerte, una fuerza irresistible nos arrastra al negro Estigio. Viva en el celibato el estéril juventud, y todo el linaje humano, reducido a la vida de una sola generación, desaparecerá para siempre. Así, pues, vive como lo inspira la naturaleza, frecuenta la ciudad y cultiva el trato de los ciudadanos.

**Hipólito.** No hay vida mas libre y pura, ni mas ajustada a las costumbres primitivas que la del que, huyendo de las ciudades, se complace en habitar las selvas. Al hombre inofensivo que ha consagrado su existencia a la soledad de los montes, no le inflaman ni la sed del oro, ni el aura popular, ni los caprichos del vulgo, siempre hostil a los buenos, ni la pestilente envidia, ni el quebradizo favor. Ni sirve a los reyes, ni peligroso para ellos, codicia vanos honores ó fugaces riquezas, exento de esperanza y de miedo. No le acosa la negra y voraz envidia con su torpe diente; no conoce la maldad, que siempre se anida en las ciudades y donde quiera que hay hombres, ni tiembala, conociéndose culpado, a cualquier estrépito. Sus palabras no mientan; no se alberga poderoso en un palacio sustentado por mil columnas, ni insolente ostenta dorados artesones. No inunda con sangre los altares de los dioses, ni les ofrece en sacrificio cien bueyes blancos como la nieve, cubiertos de sagradas mieses; antes bien, se apodera del desierto campo, y vaga en paz bajo un aire puro. Solo se ejercita en tender celadas a las fieras, y cansado de su árdua fatiga, restaura su cuerpo en el terso liso. Ya prefiere las orillas del rápido Alfeo, ya recorre las fragosidades del profundo bosque donde la fría Leona ostenta sus cristalinas aguas. De continuo muda de asiento: oye los melancólicos trinos de las aves y el blando murmullo de las enramadas y de las añosas hayas batidas del viento. Plácele seguir las márgenes de onduloso río, ó disfrutar de un apacible sueño tendido sobre la yerba; ya junto a una fuente de abundosas y rápidas aguas, ya a la margen que con dulce murmullo se desliza entre recién abiertas flores. Sacian su hambre los frutos de los árboles que él mismo sacude; suministranle fácil sustento las fresas que coge entre los matollarales... ¡Oh, lejos, lejos de mí el lujo de los palacios! ¡Beban los soberbios grandes en sus preciadas copas de oro! ¿Cuánto es mas grata el agua cogida en una fuente con la propia mano! Mejor y mas seguro es el sueño que se disfruta sobre duro lecho. No busca como los malvados recónditas y oscuras guaridas donde ocultar su miedo y sus crimenes; antes busca la luz del día, y tiene al cielo por testigo de su vida. De esta manera pienso que debieron vivir los primitivos hombres del linaje de los dioses: no existía entre ellos el ciego amor del oro; ninguna piedra sagrada dividía las heredades unas de otras en los campos; ni partía límites entre los diferentes pueblos. No surcaban entonces el Ponto las conchadas naos; cada cual no conocía mas que sus propios mares; las ciudades no estaban ceñidas de récios muros y numerosas torres. No mancebaba el soldado fieras armas, ni la disparada balista quebrantaba con poderosas peñas las cerradas puertas; ni subyugada la tierra con uncidos bueyes, sufría el dominio de un señor. Fecundos de suyo, los campos sustentaban a los hombres que nada les pedían: las selvas les daban natural sustento, y las opacas cuevas naturales moradas. La impía codicia y la arrebatada soberbia, destruyeron aquel feliz estado: la ambición inflamó las almas. Nació entonces la sangrienta sed de mando; presa fué del grande el pequeño; no hubo mas derecho que la fuerza. Entonces empezaron los hombres a pelear sin mas armas que las manos; luego ya convirtieron en armas piedras y duras ramas de árboles. No ajustaban a una vira de cornejo sutil punta de hierro, no ceñían a su costado larga es-



olas, este triste don. No vuelva á ver Hipólito la luz del día; descienda el manco á la mansión de los manes airados contra su padre: haz, ¡oh padre! á tu hijo, esta horrible merced. Jamás hubiera invocado tu supremo nimen, á no acordarme tan tremenda desventura: no invoqué tu ayuda en el profundo Tártaro, en el hórrido Dite, entre las amenazantes iras del rey de los infiernos: cúmplame ahora, ¡oh padre! lo prometido. ¿Qué tardas? ¿Por qué callan las olas todavía? Negras nubes impelidas de los vientos cubran á tu voz el firmamento de tinieblas; roba á nuestra vista el cielo y los astros; desgarras el ponto y concita los monstruos de su seno, y solevanta hasta las henchidas olas del mismo Océano.

## ESCENA CUARTA.

El Coro.

¡Oh Naturaleza, gran madre de los dioses, y oh tú, rey del luminoso Olimpo, que riges en su rápida carrera las estrellas esparcidas por el firmamento y los vaporosos astros, y haces girar veloces en su quicio los polos del mundo! ¿Por qué tanto te cuidas de señalarles inmutables caminos por el inmenso éter? Y por eso, era los frios del invierno despojan nuestras selvas, ora dan sombra los arbutos, ora los rayos del estivo león maduran con sus ardores los frutos de Ceres, ora templa el año sus fuerzas en el descanso del otoño. Pues si con este orden regís los orbes del cielo, y así sustentas en equilibrio la penderosa mole del mundo, ¿por qué, confiando demasiado en los hombres, no os curais de premiar á los buenos y de castigar á los malos? La fortuna rige sin orden alguno las cosas humanas y derrama sus dones con ciega mano, favoreciendo á los peores. La maldad vence á los buenos; el fraude reina en los palacios; el pueblo se complace en ensalzar al poder á los malos, y adula á los mismos á quienes aborrece. La triste virtud solo recoje amargos premios; la odiosa pobreza es la compañera inseparable de los buenos; el adulterio triunfa y reina... ¡Oh vano pudor, oh falso decoro! Pero, ¿qué nuevas trae ese mensajero, que acude con rápidos pasos, y cuyo alligido rostro riega el llanto?

## ACTO CUARTO.

## ESCENA PRIMERA.

Un mensajero.—Teseo.

*El mensajero.* ¡Oh acerba suerte y dura condición de la servi lumbre! ¿Por qué me destinás á ser mensajero de tan infandas nuevas?

*Teseo.* No temas anunciarme los mayores desastres: á todos está aparejado mi corazón.

*El mensajero.* Mi lengua se resiste á referir tan horrible caso.

*Teseo.* Habla, dime qué nueva desgracia abruma á mi quebrantada familia.

*El mensajero.* Hipólito ¡ay de mí! ha sucumbido con horrible muerte.

*Teseo.* Ya sé: tu muerte ha que murió mi hijo... que murió un malvado. Dime en qué manera fué su muerte.

*El mensajero.* Luego que en su precipitada carrera abandonó la ciudad, huyendo con trémulos pasos, lo primero que hizo fué unir al carro sus arrogantes caballos, y echarles los frenos á las dóciles bocas; en seguida, hablando entre sí, maldiciendo su patria y llamando una vez y otra á su padre, soltó las riendas al tiro, aguijándole furioso, cuando de pronto vimos hincharse en la alta mar una enorme oleada y crecer hasta el firmamento; ningún viento agitaba el piélago, el cielo estaba sereno: por sí mismo se revolvía el plácido mar en furiosa borrasca. Jamás el Austro batió de igual suerte el estrecho de Sicilia, jamás se alzaron tan furiosas oleadas del golfo jónico á impulso del Coro cuando á su empuje titubean los riscos y su blanca espuma bate las cimas de Leucate. Alzase el vasto ponto á manera de inmenso monte y se derrumba en la playa con el monstruo de que viene preñado, como en señal de que aquella horrible plaga no se alza contra las naves, sino que amenaza á la tierra. Avanzan las olas lentamente, cual si las abrumase no sé cuál grave peso. ¿Qué nueva tierra va á salir á la luz de los astros? Sin duda va á surgir una nueva Ciclada. Ocultáronse las rocas consagradas á los dioses de Epidauró, las que deben su fama á los crímenes de Esciron y aquella lengua de tierra que comprimen dos mares. Mientras en mudo pasmo contemplábamos aquel portentoso, he aquí que prorrumpe en bramidos todo el mar y retumban los peñascos en derredor. De la cumbre de aquella inmensa oleada, brotaban alternativamente vastos raudales y espumante rocío, cual los que arroja por la boca una enorme ballena que va surcando el Océano. Deshízose, en fin, con un choque aquella gran mole de agua, y arrojó á la playa un extraño superior aun á todo lo que temíamos; el ponto entero viene á estrellarse en la tierra, siguiendo al monstruo abortado por él. El espanto hiela nuestra sangre.

*Teseo.* ¿Qué figura tenía aquel enorme cuerpo?

*El mensajero.* Toro soberbio levantaba un cervileo cuello, y en su verde frente ondeaba densa crin. Tenía crespas y velludas orejas y cuernos de varios colores, como los de los toros que dominan en nuestras fieras manadas y los de los que nacen en el mar; sus ojos, ora arrojan llamas, ora esparcen un vivo resplandor azul. Su robusta cerviz ostenta recia musculatura, su ancha nariz se agita con fuertes resoplidos; espeso musgo tenaz cubre su pecho y su papada, sus corpulentos lomos están salpicados de purpúreas manchas; luego, con mon-

truso ayuntamiento, su cuerpo remata en figura de escamoso pez, cual los que en remotos mares sorben y vuelven á arrojar las veloces naves. Retemblió la tierra; despavoridos los rebaños se dispersan por los campos; olvida el vaquero seguir su torada; las mismas alimañas huyen de sus bosques; helados de espanto no osan los cazadores dar un paso; solo Hipólito, libre de temor, sujeta con vigorosa mano los asustados caballos, y procura sosegarlos con el conocido acento de su voz.

Pasa el camino de Argos por entre dos tajadas peñas, casi rozando las playas del mar: allí fué á pararse el monstruo, cual si se apercebiera á embestir con furioso estrago. Recogido el aliento y hechos sus aprestos para la acometida, lánzase el horrendo monstruo con impetuosa carrera y va á ponerse delante de los despavoridos caballos; pero tu hijo, sin inmutarse en nada, antes alzándose amenazador, torva la faz, exclama con voz de trueno: «Mal puede abatir mi aliento ese vano prodigio, cuando es en mí ta-»

«rea hereditaria vencer toros.» Desbócanse en aquel momento los caballos, y precipitándose furiosos fuera del camino á impulso del espanto de que están poseídos, lanzan el carro por enmedio de los riscos. Como el piloto que en revuelto mar rige su nave, para que no presente el costado á las olas, y á fuerza de arte burla sus iras, Hipólito en aquel fiero trance guía aun el desbocado carro, ora tirando de las riendas, ora hostigando su tiro con el látigo, mientras el monstruo le acosa sin tregua, ya junto al carro, ya poniéndosele por delante y llevándolo el terror á todas partes. Por fin, el hórrido toro marino ataja el paso á los caballos, presentándose sus espantosas fauces; ciegos de terror, pugnan ellos desesperadamente por romper el yugo, y alzándose de manos, arrojan su carga, con lo que, enredado en las riendas, cae el manco de cara en el suelo, y cuanto mas forcejea por desahirse, mas se enreda y aprieta en los lazos que le llevan arrastrando. Conocieron los brutos el daño que habían causado, y libres ya del freno, precipitaron el carro vacío á la ventura, sin mas guía que su espanto: no de otra suerte los caballos del sol, no conociendo la acostumbrada carga é indignados de que osase un extraño dirigir por el espacio la lumbre del día, despeñaron á Faetonte de la descarriada altura que seguía por el cielo. Tíñense los campos con la sangre de Hipólito y su cabeza se hace pedazos, estrellándose en las peñas: los matorrales le arrancan el cabello; las duras piedras destrozan su hermoso rostro; mil heridas acaban de destruir la fatal hermosura de su cuerpo. Solo arrastran ya las veloces ruedas sus miembros moribundos, cuando, por fin, va á chocar el eje del carro con un tronco medio quemado, que le detiene un momento y con él al desgraciado Hipólito; por un momento no mas, pues dando entonces los caballos un ríco empuje, desatranca el carro y vuelan dejando allí despedazado el cuerpo de su dueño, que aun respiraba, y cuyos desgarrados miembros se quedan clavados en los agudos abrojos; por do quiera se ven pedazos de sus carnes. Sumidos en acerbo dolor vagan los criados por aquellos sitios en que el destrozado Hipólito ha ido dejando un largo rastro de sangre; hasta los perros van rastreado doloridos las huellas de los ensangrentados miembros; aun no ha logrado nuestro diligente afán recoger todos los trozos de su cadáver. ¡En esto ha venido á parar tanta hermosura! ¡El que há poco compartía gloriosamente el imperio con su padre y debía heredarle algún día; el que brillaba como un astro, es ahora informe monton de destrozados miembros, recogidos para la hoguera funeral!

*Teseo.* ¡Oh Naturaleza demasiado poderosa! ¿Cuán fuertes son los lazos de la sangre para los padres! ¡Oh, cómo á nuestro pesar tenemos que rendirte culto! ¡Desea la muerte del culpable, y ahora que le he perdido le estoy llorando!

*El Mensajero.* No es natural que uno llore lo que ha deseado.

*Teseo.* Ahora me parece la mayor de las desgracias el logro de mis abominables deseos.

*El Mensajero.* Pues si aun conservas el odio que le tenias, ¿por qué moja el llanto tus mejillas?

*Teseo.* Llora porque causé su muerte, no porque le he perdido.

## ESCENA SEGUNDA.

El Coro.

¡A qué de azares están expuestas las cosas humanas! Rara vez se embravece la fortuna contra los pequeños; con ellos el hado es siempre mas blando. Su misma oscuridad protege á los humildes: solo en las cabañas se alcanza segura vejez. Esas cumbres que van á perderse en las etéreas alturas son las mas expuestas á los embates del Euro y del Noto, á la furia del insano Bóreas y del tempestuoso Coro. Rara vez el hondo valle es herido del rayo: en el soberbio Cáucaso, en el frigid bosque de la madre Cibele fulmina sus iras el tonante Júpiter, que cauto y receloso hiere los sitios que se acercan á su alto empleo. En humilde mansion plebeya no pueden ocurrir grandes sucesos: en los palacios es donde ruge el trueno. Vuelan las horas en incierta carrera, ninguno puede confiar en la fortuna. Ese que, libre ya de la región de la noche, ha tornado á ver la luz del día y la claridad de las estrellas, llora desconsolado su regreso y es mas infeliz en su propia patria que en el mismo Averno. ¡Oh casta Palas, divinidad venerada de la gente ateniense! Aunque tu Teseo ha vuelto á respirar el aura de la tierra y ha logrado huir de la laguna Estigia, nada debes á

tu rapaz tío, pues no por ello falta víctima alguna al tirano de los infiernos.

Mas ¡cuál llorosa voz resuena en el palacio! ¿Por qué acude Fedra delirante con una espada en la mano?

## ACTO QUINTO.

## ESCENA PRIMERA.

Teseo.—Fedra.

*Teseo.* ¿De dónde proviene esa desesperada furia? ¿Por qué esa espada? ¿Qué significan esos lamentos, ese llanto sobre este aborrecido cadáver?

*Fedra.* ¡En mí, en mí, oh fiero dominador del mar, es en quien debes cebar tus iras! ¡Contra mí debes suscitarte los monstruos del cervileo abismo, todos los que cria Tétis en su mas hondo seno, todos los que cubre el Océano con sus instables olas en sus mas remotos confines!— ¡Oh siempre cruel Teseo! Nunca tu regreso ha dejado de ser fatal á los tuyos: en otro tiempo costó la vida á tu padre; hoy cuesta la vida á tu hijo: perpétua calamidad de tu linaje, tu odio, tu amor son siempre para él igualmente funestos. ¿Qué así te vuelvo á ver, oh Hipólito! ¿Qué á ese horrible estado te he traído! ¿Cuál fiero Sísif ó cual Procusto despedazó tus miembros? ¿Cuál bifurco toro, como el monstruo de Creta, que armado de cuernos atronaba con rugidos el vasto laberinto de Dédalo, los destrozó así? ¡Ay mísera! ¿Qué fué de tu hermosura y de aquellos ojos, que eran estrellas para mí? Ah! yaces sin vida, mas vuelve á ella por un momento y atiende á mis palabras: dignas y castas serán. Esta mano va á darte venganza: esta espada clavada en mi infame pecho va á libertarme á un tiempo mismo de la vida y de mi crimen, y así podrá ciega de amor por tí, seguirte por las olas estigias, por los ardientes lagos del Tártaro. Aplaquemos sus manes: recibe estos despojos de mi cabeza, estos cabellos despreñados de mi lacerada frente. No nos fué dado unir nuestras almas en vida, pero á lo menos se unirán en la muerte. Muere ¡oh Fedra! si eres casta para desagraviar á tu esposo; si eres criminal, para desagraviar á tu amado, ¡yo habia de volver al tálamo de mi esposo, manchado con tan horrendo crimen! No me faltaba mas inámbia que recobrar los derechos de una buena esposa! ¡Oh muerte, único consuelo de un amor desgraciado, suprema lavadura del pudor ultrajado, en tí corro á refugiarme: ábreme tu aplacado seno! Oyéme Atenas, y tú también, ¡oh padre! mas fatal para tu hijo que una madre: he mentido; falsamente atribuí á Hipólito el crimen que forjó mi corazón insensato. Has castigado á un inocente: tu hijo ha muerto víctima de una infame inestuosidad; recobra, ¡oh casto y puro manco, tu limpia fama! mi impío pecho va á recibir esta espada vengadora; mi sangre va á correr en desagravio de un justo. Aprende de una madre, ¡oh padre! lo que debes á los manes de tu malogrado hijo: lo que le debes es bajar, como yo, á las playas de Aqueronte. (Se traspasa con la espada.)

## ESCENA SEGUNDA.

Teseo.—El Coro.

*Teseo.* Bocas del pálido Averno, cavernas del Téuaro, olas del Leteo gratas á los infelices, espesos lagos infernales, arrebatad á un impío y abrumadme en vuestro seno con eternos suplicios! Acudid, horribles monstruos del mar; acudid de los remotos abismos en que os tiene escondidos Proteo, y sepultadme en ellos en pena de mi feroz regocijo á la nueva de este cruel desastre. Y tú, padre mio, siempre dispuesto á acoger propicio los votos que me arranca la ira, considera cuán merecida tengo la muerte; yo, que con un nuevo género de sacrificio he esparcido por los campos los despedazados miembros de mi hijo; yo, que queriendo vengar un falso crimen, he cometido un crimen verdadero; yo, que he llenado con mis crímenes la tierra, el infierno y el mar! Colmada está ya la medida; ya me conocen los tres reinos. ¡Para esto volví á la tierra! Los dioses me restituyeron á la luz del sol, para que viera estas dos desastrosas muertes; para que, perdidos á la par la esposa y el hijo, encendiese con una misma tea sus dos hogueras funerales! ¡Oh Alcides! á quien debo haber vuelto á ver la aborrecida luz del día, restituye á Dite el dón que de tí he recibido; restitúyeme á la mansión de los manes que me has robado. Padre desnaturalizado, vanamente invoque la muerte: cruel artificio de horrores, inventor de nuevos y atroces géneros de muerte, inventa ahora para tí dignos suplicios. Doblado hasta tocar el suelo con la copa, lance un pino hasta el cielo mi cuerpo, partido en dos pedazos, ó despéñeme por las rocas de Esciron. Mas crees suplicios he visto, suplicios á que condena Flegatonte á los malos, encerrándolos en su corriente de fuego: bien sé los que allí me están á mí reservados. Cesad en los vuestros, sombras culpables: venga á abrumar mi cuello el peñasco que sustenta de continuo en sus cansadas manos el viejo Eolo; corran ante mis siempre sedientos lábios las aguas de un río; abandone á Ticio su fiero buitre, y venga á devorar mi hígado, pasto eterno á su hambre, y eterno castigo para mí. Descansa tú también en fin ¡oh padre de mi amado Piríto! y arrastre estos miembros tu rápida rueda en su incansable giro. ¡Abre-te, oh tierra! recíbeme en tus abismos ¡oh negro caos! mas justo que nunca es ahora en mí este deseo; ¡quiero seguir á mi hijo! Nada temas ¡oh rey de los manes! castas son ahora mis intenciones; recíbeme en tu eterna morada para nunca mas salir de ella. No mueven mis súplicas á los dioses; mas si los implorara para un crimen, ah, cuál me escucharían propicios!

*El Coro.* Largo tiempo te queda ¡oh Teseo! para llorar tu desgracia; paga ahora á tu hijo el debido tributo dando sepultura á esos míseros despojos horriblemente destrozados.

*Teseo.* Traed, traedme aquí esas tristes reliquias de un cuerpo querido, mole informe, traedme esos despedazados miembros. ¡Es este Hipólito! ¡Ah, reconozco mi crimen! Yo he sido tu asesino, yo, y para no cargar solo con el peso de tanta maldad, osé invocar para cometerla el auxilio de mi padre: gracias, padre mio, gracias por tus mercedes! ¡Oh, cuán triste desamparo me aguarda para mis cansados años! Abraza padre infeliz, esos sangrientos miembros, que son todo lo que te resta de tu hijo; riégalos con tus lágrimas; pon en orden esos míseros despojos de un cuerpo destrozado, y coloca á cada uno en su lugar correspondiente. Este es el de la pujante diestra; aquí debe estar la izquierda, que fué tan hábil en manejar el freno: conozco los signos que tenía en el siniestro lado. ¡Cuántas partes de su cuerpo quedan aún fuera del alcance de mis lágrimas! Avezaos, trémulas manos mías, á este duro oficio, cesad, ojos míos, en vuestro largo llanto, mientras cuenta un padre los miembros de su hijo, y dá forma á su cuerpo. ¿Qué es esta informe mole, destrozada por innumerables heridas? No sé qué parte es de su cuerpo, pero es parte de él; pongámoslo aquí; no es este su sitio, pero algo falta en él. ¡Y es este aquel rostro que brillaba como un astro, y que conmovió hasta el corazón de una madre! En esto ha parado tanta hermosura ¡Oh duros hados! ¡Oh cruel merced de los dioses! En este estado me devolveis mi hijo? Recibe, hijo mio, este último dón de tu padre: aun no están completos tus despojos para la hoguera, mas reciban estos entre tanto esas llamas. Abred todas las puertas de mi palacio, desolado con tamaños horrores: resuene con agudos lamentos toda Atenas. Vosotros disponed una hoguera real, y vosotros id á buscar por los campos los trozos de su cuerpo que aun están dispersos; á esa (señalando el cuerpo de Fedra), cubridla con un poco de tierra, y sea pesada esa tierra á su cabeza impía!

FIN.

## REVISTA CIENTÍFICA UNIVERSAL.

Mortalidad de los niños recién nacidos.—La fiebre puerperal.—Las fiebres intermitentes.—Hematuria determinada por el sulfato de quinina.—Peligro de la operación cesárea en las casas de maternidad.—Investigaciones sobre el peso del cerebro, comparado con el del cuerpo.—Papel de la glándula lacrimal en la respiración.—Composición química de la leche de puerca y otros animales domésticos.—Valor tóxico de algunos rosálitos.—Fabricación de piedras preciosas artificiales.—Interpretaciones de la Biblia.—Movimientos de las plantas.—Una efeméride de la *Union médicale*.

La grave y trascendental cuestión de la mortalidad de los niños recién nacidos, ha ocupado grandemente en esta última temporada la atención del mundo médico. La discusión ha sido apasionada en la Academia de Medicina de París, y ha dado lugar á interesantes debates. Se conoce hoy ese mal que no há mucho tiempo apenas se sospechaba; pero no se conoce el verdadero remedio; únicamente se sabe que depende principalmente de ciertas costumbres, que en vano se tratará de corregir, de ciertas causas morales que no es fácil extirpar.

Por eso, no pudiendo restablecer el orden, que es la lactancia maternal, se procura en la actualidad reglamentar el desorden, que es la industria de las nodrizas: *Videó meliora, proboque, deteriora sequor*.

Suponiendo, pues, que la lactancia mercenaria es un mal que han hecho necesario las exigencias de la vida social, especialmente de las ciudades, toca al médico indagar por qué produce tan dañosos resultados y cómo se logra atenuarlos, ya que no es posible hacerlos cesar.

Se admite que cuanto mas jóven es el niño, tantas mas probabilidades tiene de morir, y que la mortalidad disminuye progresivamente á contar desde el primer día de su nacimiento. M. Marcos de Espine, médico de Ginebra, ha demostrado que, en un número dado de niños, mueren 320 en la primera semana, 121 en la segunda, 95 en la tercera, 49 en la cuarta; y que en el primer día mueren 141, en el segundo 47, en el tercero 40, en el cuarto 31, en el quinto 22, en el sexto 20 y en el séptimo 19. Por otra parte, M. Quetelet, de Bélgica, establece que de 100.000 niños quedan al cabo del primer mes 90.396, el segundo 87.930 y después de dos años 70.536.

El primer mes, la primera semana, el primer día de la vida de un niño, forman épocas temibles, durante las cuales es menester redoblar los cuidados y las precauciones para librar al nuevo sér de

los peligros que le amenazan. El médico no debe economizar ningún medio para disminuir la gravedad de estos males.

No menos importante que la anterior ha sido la discusión habida en la propia Academia sobre la fiebre puerperal. M. Le Fort opina que influyen muy poco en esa enfermedad las estaciones, el clima, las epidemias concomitantes, las condiciones individuales y la población mas ó menos considerable del establecimiento; y que la forma epidémica que la caracteriza no es debida á un germen esparcido en la atmósfera. Cree que es el contagio la causa del desarrollo de la fiebre puerperal en forma de epidemia, favorecido por la fiebre de las recién-paridas aglomeradas en una sala, pues que se trasmite por las enfermas, las enfermeras y por el médico mismo.

M. Tarnier no adopta esa doctrina, y sostiene que es positivo el carácter epidémico de la fiebre puerperal. M. Laboulbène ha observado nuevos casos de fiebre puerperal en las salas del Hospital de Necker, recientemente abiertas después de haber sido reparadas, á pesar de las precauciones que habían tomado para evitar el amontonamiento de enfermas.

M. Besnier acaba de hacer en el hospital de San Antonio la autopsia de una mujer que había fallecido á causa de una peritonitis purulenta postpuerperal. Esta mujer vivía lejos del hospital y había parido en su casa, siendo asistida por una comadrona. El mismo médico cita el fallecimiento de otras parturientas por iguales causas, después de haber sido asistidas por comadronas.

Aun no se conoce bien la naturaleza del agente mórbido que engendra la fiebre puerperal. Algunos sostienen que ese agente es material, tenaz, y se adhiere á las paredes de las salas; pues si bien la práctica ha desmentido muchas veces esta teoría, eso solamente indica, en su concepto, una desviación del plan epidémico.

Pocos problemas han ejercitado tanto en patología el ingenio y las facultades teóricas de los médicos como las causas de las fiebres intermitentes, cuyo interesante punto ha vuelto á ponerse á discusión. Sin embargo, la esencia de esta enfermedad no ha podido aun descubrirse. Lo único positivo que se sabe respecto á este punto, es que en las localidades adyacentes á terrenos pantanosos se desarrolla en ciertas épocas una influencia deletérea, conocida con el nombre de miasmas. Las demás teorías emitidas sobre este asunto, no pasan de ser opiniones particulares.

Con auxilio del microscopio ha demostrado M. Salisbury la presencia constante de esporulas de una planta criptógama suspendida en la atmósfera húmeda de las regiones palustres, en donde las fiebres intermitentes y remitentes son endémicas; pero no todos los médicos están dispuestos á aceptar la existencia de esa gemiasma.

M. Colin, con motivo de las fiebres intermitentes que se observan actualmente en París, ha indicado á la Sociedad Médica la influencia que tambien tienen en su desarrollo ciertas condiciones sociales. Las observaciones que ha recogido en Roma, le han hecho notar el aumento general de la salubridad de la periferia al centro de la ciudad, y la insalubridad relativa de las capas inferiores. En su opinion, la malaria que emana de todos los puntos de la campaña de Roma, es detenida en la periferia de la ciudad, al nivel del suelo, por las murallas y las casas; mas á cierta altura, falta el obstáculo y penetra en las habitaciones el aire mal sano.

No deja de ser interesante un caso de hematuria determinado por el sulfato de quinina, que refiere un periódico de Nueva-Orleans. Un niño de 13 años había tenido varios accesos de calofrios, con fiebre. Se le administraron dos tomas de sulfato de quinina, y al poco tiempo orinó algunas gotas de sangre. Al día siguiente le prescribió el médico 50 centigramos de quinina: una hora después de la tercera dosis fué acometido de una hematuria mas abundante que la primera vez. La infusión de quina le produjo el mismo accidente, persistiendo el acceso de fiebre tercianaria.

No es fácil determinar, después de esta observación incompleta, si la hematuria era ocasionada por el sulfato de quinina ó por una enfermedad de las vias urinarias, que pudiera muy bien haber provocado esos accesos febriles. El silencio del autor no permite pronunciar ningún fallo sobre este punto; pero si se estableciese que la hematuria había sido provocada por el sulfato de quinina, sería un hecho nuevo que merecía ser estudiado. El autor añade que ha observado ese mismo accidente en una niña de siete años; ¿pero podemos deducir una consecuencia fundada de este laconismo? Solo podemos tomar nota de este hecho.

Los periódicos italianos han demostrado de nuevo lo peligroso que es para las enfermas practicar en las casas de maternidad la operación cesárea.

La última operación en la casa de maternidad de Turin, ha sucumbido al décimo día, de una peritonitis con infección purulenta, en tanto que otra mujer, operada en Ronca por el Dr. Benoni, casi septuagenario, y sin ayudante para asistirle, ha curado perfectamente.

Sería convenientísimo coleccionar hechos parecidos para prohibir, si fuera preciso, la práctica de esa grave operación en los establecimientos de obstetricia.

En una Memoria de M. Colin, que ha analizado M. Dumas, establece las siguientes proposiciones respecto al peso del encéfalo, comparado con el del cuerpo.

El peso del encéfalo varía considerablemente en los animales de la misma especie.

Es mucho mas pesado en los pequeños que en los grandes. El hombre, tan orgulloso de su masa cerebral, es, sin embargo, bajo este concepto, inferior á la comadreja, á ciertas aves, y lo que es particularmente humillante, al mismo chorrilo.

El peso del encéfalo está en razon inversa de la edad: es hasta ocho veces mayor en los jóvenes que en los adultos.

La cantidad no reemplaza á la calidad. Los animales domésticos se colocan en el orden siguiente, con relacion á su encéfalo: el gato, el perro, el conejo, el cordero, la vaca y el buey.

El peso del encéfalo no es proporcional á la inteligencia.

La masa de la medula espinal no está en relacion con la masa del cuerpo ni con la del cerebro.

En resumen; el encéfalo no está, en cuanto al peso, en relacion con la inteligencia.

Estas proposiciones han sido ya sentadas por el profesor de fisiología M. Bernard, habiendo demostrado esta curiosa paradoja: el desarrollo de un órgano no tiene influencia sobre el cumplimiento de la funcion.

¿Qué papel desempeña la glándula lacrimal en el acto de la respiración? Monsieur Bergeon dice que produce el efecto de lubricar las partes superiores de las vias respiratorias, y mantener de esa suerte su integridad.

Esto nos parece es el lado secundario, por no decir dudoso, de las funciones de la glándula, cuya actividad en el estado fisiológico, es casi nula. El doctor Magne, que cura las fistulas lacrimales, obstruyendo completamente el saco, é impidiendo, por consiguiente, que penetren las lágrimas en las fosas nasales, podría aclarar este interesante punto fisiológico, manifestando si había notado en las personas operadas una disminucion de la facultad respiratoria.

Se han analizado diferentes veces la mayoría de las leches de los animales domésticos; pero es muy poco conocida la composición química de la leche de puerca, que M. Cameron ha tratado de averiguar.

Para proceder al análisis, pesó cierta cantidad de leche, la aciduló con ácido acético, y después de haberla añadido cuarzo puro pulverizado, la evaporó en baño de María hasta la sequedad. Trató el residuo obtenido por el éter, que, al volatilizarse, dejó las materias grasas; determinó el peso y las sometió á la calcinación en una capsula de platino. No habiendo dejado residuo esta operación,

ha deducido M. Cameron que no encerraban materias minerales ni caseína. En cuanto al residuo privado de materias grasas, dosificó el nitrógeno que contenia con ayuda de la cifra obtenida, y calculó la proporción de caseína y de otras materias azoadas. La lactina fué dosificada por diferencias, por medio del licor cupro-potánico.

La leche, así analizada por el citado autor, era blanca, sin ningún reflejo azulado, muy sávida y ligeramente alcalina. Su densidad era 1.041, y contenia para cada cien partes partes: agua, 81.80; grasa, 6; caseína y otras materias azoadas, 5.30; lactina, 607; materia mineral, 0.83; total de materias sólidas, 18 gramos y 20 centigramos. Los siguientes cuadros explican nuestra idea:

Mujer.	Vaca.	Cabra.	Oveja.	Yegua.	Borra.	Puerca.	Proporción del agua y de las materias sólidas contenidas en diversas especies de leche:					
							Agua.	Caseína.	Grasa.	Materia mineral.	Total.	
889.08	864.20	814.90	832.32	800.12	818.00	818.00	26.66	30.30	48.68	1.30	110.92	
889.08	864.20	814.90	832.32	800.12	818.00	818.00	26.66	30.30	48.68	1.30	135.80	
889.08	864.20	814.90	832.32	800.12	818.00	818.00	26.66	30.30	48.68	1.30	155.10	
889.08	864.20	814.90	832.32	800.12	818.00	818.00	26.66	30.30	48.68	1.30	167.68	
889.08	864.20	814.90	832.32	800.12	818.00	818.00	26.66	30.30	48.68	1.30	95.70	
889.08	864.20	814.90	832.32	800.12	818.00	818.00	26.66	30.30	48.68	1.30	109.88	
889.08	864.20	814.90	832.32	800.12	818.00	818.00	26.66	30.30	48.68	1.30	182.00	

Estos cuadros, que permiten hacer inmediatamente la comparación de las diferentes leches, demuestran que la de puerca contiene un 50 por 100 mas de materia nutritiva que la de vaca, y es probable que ciertos enfermos á quienes se prescribe la leche, hallarian grandes ventajas dando la preferencia á la de puerca.

M. Guyot ha consignado en una nota dirigida á la Academia de Ciencias, las siguientes conclusiones relativamente al valor tóxico de los rosalatos:

- 1.° Los rosalatos de potasa, de sosa y de barita no obran sobre la piel.
- 2.° Las sales sódica y potásica no son venenosas cuando se introducen en la economía animal.
- 3.° El rosalato barítico, introducido á grandes dosis en la economía animal, es venenoso; pero debe advertirse que en estos casos obra por su base.
- 4.° Los rosalatos pueden emplearse en la tintoreria, lo mismo para el género liso que para la variedad que se llama rayada.

Uno de los mejores discípulos del célebre baron Liebig, M. Teofilo Zschwefski, acaba de hacer en química un descubrimiento que, si es real, producirá una revolucion en la joyería y en las artes industriales. Ha descubierto los éteres silíceos y aluminosos. Basta echar en una copa de Champagne una cantidad conveniente de esos éteres para producir casi instantáneamente piedras preciosas de bellísimas aguas. Combinando dichos éteres con el óxido de hierro, se obtienen rubís; con el sulfato de cobre se forma un záfiro; con las sales de manganeso, amatista; con las sales de níquel, la esmeralda, y con las de cromo, los diferentes matices del topacio.

De esta liecha se olvidan los trabajos de Becquerel, padre, y pasan inadvertidos los experimentos de Fay, Feil y Gaudin, que han obtenido piedras preciosas artificiales, colocando en un crisol esmeralda de Limoges con un fundente; que puede ser el ácido fosfórico, el ácido bórico, el fluoruro de calcio, los óxidos terrosos, etc., etc.

Bien es verdad, que la dificultad principal de este método consiste en evitar las cristalizaciones, lo que obliga á añadir un esceso de fundente, que disminuye la dureza, y, por consiguiente, pierde en valor.

Dos notables geólogos del vecino imperio se disputan la interpretación de una

palabra de la Biblia. Se halla en el versículo 24 del capítulo 36 del Génesis, y ha sido traducida por mulo. Pero segun M. Lenormand y M. Hement, esa palabra (*hiemin*), tiene tres significados: se la puede traducir por mulo ó por manantiales calientes (la Vulgata ha adoptado este segundo sentido), y por tribu formidable.

Se vé, pues, que la interpretación de la Escritura ofrece un campo bastante extenso.

Un sábio ruso, Famintzin, ha observado en las células de las hojas de un musgo del género *Anium*, movimientos muy notables de los granos de clorofila bajo la influencia de la luz. El descubrimiento de Famintzin, ha sido confirmado por su compatriota Borodine. Estos hechos, que serán acogidos con alguna reserva, son muy curiosos, y prometemos ocuparnos de ellos con mas detención.

Para concluir reproducimos una anecdota del *Journal Encyclopedique*, que consigna la *Union Medicale*, por via de efeméride.

Cierta princesa polaca, á quien un cirujano había atravesado una arteria al hacerle una sangría, mandó insertar en su testamento la siguiente cláusula: «Persuadida del perjuicio que mi desgraciado accidente ha de acarrear al infeliz cirujano, que es la causa de mi muerte, le lego la suma de doscientos ducados de renta vitalicia, y le perdono de todo corazón su torpeza, deseando ardentemente que dicha renta le indemnice del descrédito que podrá ocasionarle mi funesta catástrofe.»

Dr. H. DONERAN.

### EL FORMALISMO POLÍTICO

Y LA INTERINIDAD.

Mientras lo políticos estén en el error profundísimo de creer puerilmente que las situaciones constituidas solo son sólidas cuando han definido las atribuciones del jefe del Estado y el orden y esfera de los poderes públicos, sin hacer otra cosa que estas clasificaciones de escuela, nunca, jamás podrán comprender lo que significa la situación que atravesamos, ni penetrarán el secreto que la hace tan permanente como inquebrantable.

Es preciso convencerse de una vez para siempre, de que ha pasado ya el tiempo de las vanas clasificaciones del formalismo político, y de que la revolución de Setiembre ha venido á despertar en nuestro pueblo la avidez de descanso y la sed insaciable de condiciones de estabilidad para el derecho, para la justicia, para la libertad: y entiéndase bien que esta es la garantía de estabilidad que reclama; no la nécia y ya empalagosa estabilidad de los poderes políticos permanentes, tras de la que tan desasosegadamente se afanan los interesados que viven de sus privilegios, y los Maquiavelos egoístas que aspiran á perpetuar sus ilegítimas influencias.

Tan honda es esta preocupacion; tan arraigada está en todos esos ánimos abstractos; tan profundamente ha enfermado á la generalidad de los espíritus, que solo, á favor de semejante ceguera, es como puede explicarse que no puedan comprender lo que la actual interinidad significa.

Fenómeno curioso, y mas digno de investigación de lo que á primera vista pudiera parecer; fenómeno comunísimo, y que exige de nuestra parte una especialísima atención y un examen minucioso y delicado.

Y ante todo, para estudiarlo es de exigencia capital y prévia, que nos fijemos muy mucho en lo que la revolución de Setiembre significa inmediatamente para nosotros. La revolución de Setiembre significa para nosotros algo mas que una trasformación política; la revolución de Setiembre es un movimiento unánime de la conciencia española hácia una renovación completa de la vida: es una iniciación moral, un nuevo bautismo religioso, una nueva fase jurídica, una aspiración nueva de nuestro espíritu que se ha deslizado completamente del sudario tradicional en que estaba envuelto, y una eficaz decisión de curarse de todas las lepras, de cauterizarse todas las llagas, de limpiar todos los gusanos que

por tantos siglos le han estado royendo la conciencia. El que no vea esto, el que no se aperciba de esta exigencia, el que no sienta esta aspiracion hasta en sí mismo, ese, ni es revolucionario, ni ha nacido para serlo.

Es necesario que de una vez comencemos á decirlo todo: hasta aquí, en España, no se ha sabido vivir de otro modo que *haciendo política*; y si bien esto tiene una razon que no necesitamos explicar es indispensable que aprendamos á constituirnos socialmente; que en vez de *hacer política*, hagamos sociedad que no tenemos, y caracteres, virtudes, respeto, consideraciones, hombres, en una palabra, de que quizá carecemos mas de lo que se cree.

Ningun período como el que atravesamos se adapta con mejores condiciones á esta obra que la revolucion de Setiembre nos está reclamando desde su aparicion; ningun período como este de transicion que nos rodea, es mas apto para tan glorioso como fecundísimo fin.

Para los políticos de pacotilla, para todos esos hábiles que se juzgan prácticos porque saben sacar un fruto egoísta de todas las debilidades de los hombres y de todas las miserias de los partidos, ciertamente que la interinidad no solo no tiene significacion ninguna, sino que la creen (y en esto no se equivocan) un peligro que amenaza sus hinchadas cuanto raquíticas ambiciones.

Pero para el político sério, para el político que sabe lo que su mision significa en la vida; para el político que tiene la conciencia de su posicion, y siente con delicadeza la responsabilidad de su cometido, para ese político, repetimos, la interinidad tiene una obra la mas compleja, la mas orgánica, la mas difícil de cumplir, y la que mas laborioso arte supone en el que ha de realizarla.

Por de pronto, el político grave y pensador comienza por saber que la interinidad tiene las bases firmísimas de su estabilidad en la conciencia pública contemporánea, que habiendo roto para siempre los ídolos del pasado, aspira á reconstituirse de nuevo, y está ávida de la reforma que la regenera, y con sed insaciable de la innovacion que la purifica. Pretender volverle á ese espíritu ansioso de trasformacion, instituciones antiguas, administraciones antiguas, resabios antiguos con solo darle la pildora y modificarle el sabor, es la mas pueril, la mas insensata, la mas desatentada de las empresas.

No; todo lo viejo ha caido en España con demasiada ignominia, para que pueda volver á levantarse jamás; todo lo viejo está demasiado raspado de los espíritus para que tenga todavía creyentes sinceros que por ello suspiren.

Digan unionistas y republicanos cuanto quieran; sueñen los unos con horrores y calamidades sin cuento porque la interinidad se prolonga; agítense los otros en idealismos fantásticos porque la interinidad no se acaba, que si en el entretanto sabe el partido radical desenvolver la obra que á su situacion le toca, dejándose para siempre de puerilidades políticas, ocupándose con preferente atencion de implantar el mundo interior orgánico de la democracia consignada en el Código fundamental, y procurando hacer de ella vida administrativa, vida jurídica, vida económica, vida moral, vida social, entonces habrá llenado su mision y llevado la actividad preferente de la nacion española á esas relaciones casi vírgenes en este país de la ciencia, del arte, de la industria, de la agricultura, del comercio, de todas las fuentes de productividad, grandeza y esplendor; pero tenga en cuenta el partido radical, que solo conseguirá esto, cuando, mediante la obra de la interinidad, haya garantizado para siempre el derecho, la libertad, la justicia, la moralidad en las relaciones externas que le competen, y en los elementos constitutivos de la vida pública y de su organismo interior.

M. CALAVIA.

UN EPISODIO.

I.

Corría el año 1705 cuando estalló la primera chispa de la larga y porfiada lucha que debía llamarse *guerra de sucesion*. Felipe V de Borbon habia venido á ocupar el trono de España, despedido por su abuelo

Luis XIV con aquellas palabras tan célebres como impolíticas de *No hay Pirineos*.

Los catalanes, en general, no eran afectos al nuevo rey. Creían que el derecho y la justicia estaban en favor del archiduque Carlos de Austria, mejor que en el del duque de Anjou (Felipe V). A mas, con el primero tenían seguridad plena de guardar y conservar íntegros sus fueros y libertades que con el segundo corrían peligro de perderse. Venía Felipe V adiestrado por su abuelo, y bien á las claras indicaban sus primeros pasos que pronto habia de quitarse de en medio, como cosa para él inútil, las libertades de Cataluña.

Era virey del Principado D. Francisco de Velasco cuando se demostraron los primeros síntomas de descontento entre los naturales de este país.

El foco principal de la conspiracion contra el duque de Anjou (que era como se llamaba á Felipe V) estaba en Vich. Allí era donde se hallaban los principales jefes del partido de accion, los Puig de Perafita, los Puig y Sorribes, los Cortada de Manlleu, los Regás, los Mas de Roda y otros que seguían secreta correspondencia con el príncipe de Darmstadt, antiguo virey de Cataluña, y partidario decidido del archiduque Carlos.

No ignoraban los vicenses que se habia formado una liga europea, en la cual entraban Austria, Inglaterra y Portugal para impedir que el nieto de Luis XIV fuese rey de España; no ignoraban tampoco que se habia decidido que el archiduque Carlos, proclamándose Carlos III de España, saliese personalmente á campaña; y menos ignoraban aun que, habiendo prevalecido en los consejos del pretendiente la opinion del príncipe de Darmstadt, se habia resuelto presentarse con la Armada de los aliados ante Cataluña, desembarcar en ella y fijar la corte en Barcelona.

Sabedores de todo esto, y de acuerdo con los aliados, los vicenses se lanzaron resueltamente al campo, alzando bandera por Carlos III al grito de *¡Vivan las libertades catalanas!*

Este fué el primer movimiento que en Cataluña tuvo lugar á favor del archiduque, y de aquí provino el que á los partidarios de éste se les aplicase en idioma del país el nombre de *viguetans* ó *vigatans* con que desde entonces fué conocido el partido austriaco, en recuerdo á haber sido los de Vich los primeros en pronunciarse.

A los del bando de Felipe V se les dió el nombre de *butiflers*, palabra intraducible en castellano.

Otro dia diremos por qué.

II.

La Armada de los aliados, con el archiduque Carlos al frente, se presentó á últimos de Agosto de 1705 ante las playas de Mongat, desembarcando 8.000 infantes y 200 caballos, que acamparon por el momento desde la orilla del mar hasta el pueblo de San Andrés de Palomar.

Los catalanes partidarios del pretendiente fueron á prestarle su homenaje y á engrosar las filas de su ejército.

El virey Velasco se encerró en Barcelona con las pocas tropas que tenía, y el ejército aliado fué á poner sitio á esa ciudad, en cuyo seno contaba con numerosos é infortunados amigos.

Las fuerzas aliadas venían bajo el mando del general inglés conde de Peterborough, que es principalmente de quien voy á ocuparme y á quien consagro hoy este recuerdo.

Era lord Peterborough uno de esos hombres extraordinarios cuya vida tiene algo de novelesco. Hablando de él Voltaire en su *Siglo de Luis XIV*, dice que en todo se parecia á esos héroes que la imaginacion de los españoles ha hecho protagonistas de tantos libros.

La verdad es que el conde de Peterborough era singular, escéntrico, caprichoso, de raras costumbres, pero siempre valiente y héroe siempre. A los quince años habia partido de Londres para ir á hacer la guerra á los moros en Africa; á los veinte años, de regreso en Inglaterra, fué el primero en comenzar allí la revolucion contra Jacobo II, formando un núcleo de partidarios del príncipe de Orange y pasando á Holanda para juntarse con el mismo príncipe, cuando tuvo su plan combinado y sus partidarios dispuestos; solo que, por temor de inspirar sospechas sobre la causa de su viaje, se embarcó para América, dirigiéndose luego al punto que deseaba en un buque holandés.

Cuéntase de ese hombre extraordinario que mas de una vez habia perdido y restablecido su fortuna; que fué el principal promovedor y el agente que con mas actividad contribuyó á que la Inglaterra entrase en la liga para apoyar las pretensiones del archiduque; que, rico, generoso y pródigo, vino á Cataluña haciendo la guerra casi á sus costas, y que, al principio, él era quien mantenía de su propio peculio al archiduque y á su servidumbre toda.

Tal era el hombre que mandaba como general en jefe las fuerzas aliadas, y él fué el héroe de la anécdota que vamos á contar.

III.

El primer acontecimiento notable del sitio de Barcelona fué el asalto del castillo de Montjuich.

Se cuenta que el conde de Peterborough fué quien ideó apoderarse por sorpresa del castillo.

Sin comunicar á nadie su plan, ni aun al mismo monarca, tomó las precauciones necesarias, hizo sus preparativos, y el 13 de Setiembre por la noche mandó formar un destacamento de mil doscientos hombres y doscientos ginetes, pero antes de ponerse á su frente pasó al cuartel del príncipe de Darmstadt á quien participó su designio pidiéndole su cooperacion.

Parece que desde tiempo estos dos caudillos rivales no cruzaban su palabra, mirándose como enemigos; pero en aquel momento todo quedó olvidado. Darmstadt y Peterborough se dieron la mano, y llenos de ardor aquellos dos valientes marcharon juntos al combate, del cual uno no habia de volver.

El ataque del castillo se efectuó; pero sin otro resultado que uno funesto para los sitiadores.

El cañon de alarma de Montjuich dió aviso al virey Velasco, este envió un refuerzo al castillo, y la columna de los aliados hubo de retroceder, dejando el monte lleno de muertos y heridos y llevándose el cadáver del príncipe de Darmstadt, á quien una bala de cañon dejó sin vida.

No obstante este suceso, á los cuatro dias, el 17 de Setiembre, el castillo de Montjuich se rindió á los aliados.

Barcelona no tardó en seguir la misma suerte. Imposible le era á Velasco mantenerla por mas tiempo teniendo á la poblacion hostil, á Montjuich enemigo y á Cataluña casi por completo sublevada.

IV.

El 4 de Octubre, cuando se iba á dar á la ciudad el asalto general y estaba ya formada la fuerza que debia subir á la brecha, Velasco pidió capitulacion, que se firmó el 9 de Octubre, entrando en Barcelona los aliados y siendo proclamado conde de Barcelona y rey de España Carlos III.

Pero en este intermedio, y mientras se estaban pactando las bases de la capitulacion, tuvo lugar la anécdota que me he ofrecido á contar.

La víspera del dia en que se debia firmar el tratado, por la noche, una compañía de los sitiadores tuvo medio de introducirse en Barcelona por la brecha, gracias al auxilio eficaz de parte del pueblo catalan, que casi en su mayoría estaba por la causa de los sitiadores.

Grande alboroto y grande estruendo se promovió en la ciudad. Mientras el pueblo amotinado corría á invadir las cárceles poniendo en libertad á los presos y entregando á las llamas las casas de los mas conocidos partidarios de los Borbones, los soldados de la hueste sitiadora corrían sin freno por las calles como audaces vencedores, saqueaban algunas casas, se entregaban á todos los desórdenes, y de todo se apoderaban atropellándolo todo. Oro, mercaderías, joyas, mujeres, todo caía en sus manos.

Barcelona presentaba el aspecto de una ciudad tomada por asalto.

El virey Velasco iba á perecer con todos los suyos, pero pudo refugiarse en el monasterio de San Pedro, en donde se hizo fuerte, enviando un mensajero al conde Peterborough para pedirle cuenta de aquel suceso, de aquella violacion del derecho de gentes, de aquella invasion de las tropas aliadas en Barcelona, precisamente cuando se estaban pactando las bases de la capitulacion y se habia mandado suspender por lo mismo las hostilidades de una y otra parte.

Lord Peterborough acudió á conferencia con el virey.

—Nos estais vendiendo, le dijo Velasco. Nosotros capitulamos de buena fe, y vuestros soldados entrando por la brecha se entregan á los mas repugnantes excesos.

—No son mis ingleses, respondió Peterborough, sino los alemanes del príncipe de Darmstadt que murió en el asalto de Montjuich y cuya muerte quieren vengar.

—Pues qué, ¿no sois vos el que mandais en jefe, y no podéis por lo mismo impedir estos desórdenes?

—Sin duda, pero no veo ahora mas que un medio de salvar la ciudad y de detener á esos frenéticos en su obra de destruccion. Dejadme entrar con mis ingleses en Barcelona, y os respondo de todo.

—Pero, general, ¿quién me garantiza que las condiciones verbales de nuestra capitulacion serán respetadas?

—La palabra de un oficial inglés.

—Ya, pero en la guerra...

—En la guerra como en otra parte el que tiene palabra no falta á ella. Un inglés no ha violado nunca la palabra que ha dado. Entraré en la ciudad, recorreré las calles, restableceré el orden y me volveré con todos mis soldados al campamento para firmar mañana la capitulacion.

Hablaba Peterborough con un acento tal de verdad y de grandeza que, unido al peligro que se corría, persuadió al virey. Este le hizo abrir una de las puertas de la ciudad.

Peterborough entró con su tropa y halló á los alemanes que, unidos á la plebe de la ciudad, saqueaban algunas casas. Les sacó de Barcelona, apaciguó el tumulto, hizo soltar á los saqueadores el botin que se llevaban, encontró á la duquesa de Pópuli en poder de unos soldados frenéticos, próxima á ser deshonrada, y la salvó haciendo pasar por las armas en la misma calle á los que se habian apoderado de ella, salvó tambien á su marido el general duque de Pópuli que tenia su vida en peligro, y gracias á él pudieron librarse los marqueses de Aytona y de Risbour, amenazados por la cólera popular. Calmado el tumulto y el desorden, restablecida la calma, presos muchos de los soldados invasores, fusilados los otros y ahuyentados todos, el conde Peterborough formó su gente y á la cabeza de ella salió de Barcelona.

Las puertas se cerraron tras él.

Al dia siguiente se firmaba la capitulacion, con las mismas honorosas bases para el ejército sitiador que de antemano habian sido convenidas.

VICTOR BALAGUER.

ADMINISTRACION PÚBLICA.

Uno de nuestros colaboradores, el distinguido escritor catalan D. Alberto de Quintana, nos envia el siguiente artículo sobre administracion pública y municipios, que gustosos nos apresuramos á publicar:

«Señor director de LA AMÉRICA.

Amigo querido y compañero: enfermo lef los últimos números de LA AMÉRICA, y apenas dejo el lecho, escribo esta carta para que la insertes.

Ante todo, recibe mi enhorabuena porque has vuelto al periodismo militante; ha de agradeceréte un dia la patria catalana.

Y dicho esto, entraré en materia.

La lectura del artículo inaugural de la seccion *Administracion pública*, me ha sugerido algunas ideas, que son de utilidad, hoy que van á discutirse en el Congreso las leyes orgánicas.

Me habia propuesto un estudio sério sobre los municipios; pero la cosa urge, y lo guardaré para mas adelante; contentate hoy con mis observaciones, contenidas en una simple carta.

Cuando el absolutismo quiso matar la libertad, aniquiló el municipio: cuando la libertad volvió á nacer, no tuvo tiempo para considerar sobre qué cimientos asentaba las piedras angulares sobre las cuales habia de descansar el edificio de su regeneracion.

Y la libertad volvió á perecer; y en nuevas luchas, temporalmente vencedora, cayó otra vez en el marasmo de la tumba, porque olvidó fatalmente sus orígenes, porque olvidó establecer los municipios sobre la ancha y sólida base que tuvieron en tiempos que por desgracia se olvidan, aunque modificado su modo de ser, segun los adelantos de la civilizacion moderna: que no en balde pasaron los siglos sobre la sabias instituciones de nuestros abuelos, de los cuales solo quedan restos endebletes de nuestro carácter, y el cuerpo de doctrina perdido entre el polvo de los archivos, en tanto que nuestros espíritus mas vivos, nuestros mas preciaros talentos, corren á beber la inspiracion en fuentes extranjeras; y al sembrar en nuestro suelo el grano sazonado de sus profundos estudios, nace un aborto sin fuerza, sin aliento; que el árbol trasplantado de lejanos climas, viva, sí, con esmero, pero el fruto es desabrido, y, al fin, no vale esfuerzo, languidece y muere.

Y la libertad individual, ¿qué vale si no es extensiva á todo el cuerpo social? ¿De qué nos servirá la libertad en el individuo, en la familia, si en el municipio, en la provincia, hemos de vivir aplastados bajo el peso de un odioso y repugnante nivel que paraliza nuestros esfuerzos, y fune el fruto de nuestros afanes en el ardiente crisol de la ambicion y de la injusticia?

Y no creais que basta descentralizar: la descentralizacion fuera gérmen poderoso de ruina, si en el municipio, en la provincia, no la rodeabais de todos los elementos que pueden hacerla próspera y floreciente, manantial fecundo de fuerza y expansion en la vida administrativa.

Los que vivimos apartados de los grandes centros entregados á un modo de ser mas práctico y positivo, hemos tenido ocasion de observar un hecho sumamente sencillo, pero que tiene graves, gravísimas consecuencias en la vida política.

Me refiero á la gran division de los municipios.

No hay pueblo pequeño en España (de sobre cien vecinos, por ejemplo), que no esté profundamente dividido. ¿Sabeis por qué? Aparentemente la division es política, pero la causa es otra.

En aquel pueblo hay un secretario de ayuntamiento, con 1.000 ó 1.200 rs. de sueldo, un maestro con ídem y un cura tan pobre como ellos. Este último vive á costa de la parroquia, en lo que no alcanzan sus haberes; pero los dos primeros, auxiliados de tres ó cuatro vecinos mas listos que los otros, pero que tampoco tienen un modo de vivir muy desahogado, convierten en campo de sus aspiraciones los miserables dos ó tres mil reales del presupuesto municipal y las cuotas de los repartimientos.

El pueblo no tarda en dividirse, y sea que el protector de uno ú otro bando, que nunca faltan, pertenezca á este ó á aquel partido político (si no es todavía uno de los infinitos agentes de negocios que pululan en torno de las administraciones), así se denominan uno ú otro de los dos grupos, que llegan á veces á ensangrentar las miserables viviendas de los pueblos, al impulso de mezquinas y aviesas pasiones, que pretenden encubrir con el manto de generosos y levantados propósitos.

Es inútil es que os diga la levadura de corrupcion que aquí fermenta en el juego político de las instituciones, inútil es que os diga las terribles consecuencias que de aquí se originan. Atended por otra parte que, apenas hay en los pueblos quien sepa leer y escribir, á pesar de los maestros, y á pesar de las leyes, doloroso es confesarlo, que todos ignoran la ley municipal, y que por consiguiente el secretario del ayuntamiento, es el *Deus ex machine* de aquella rueda administrativa. ¿Qué secretarios puede haber en los pueblos con el mezquino y miserable sueldo que ha de ser la compensacion de sus trabajos! Únicamente las agrupaciones pueden salvarnos de este terrible cáncer, creando destinos modestos é inamovibles de secretarios inteligentes, pero que por el sueldo que disfruten estén al abrigo de la tentacion, y fuera del aliento corrosivo de las pasiones políticas.

La segunda de mis observaciones es tal vez más importante que la primera.

El sostenimiento de la libertad en el municipio, en la provincia y tal vez en el Estado, se ha de buscar en las fuerzas vivas de la sociedad, en los grandes grupos en que la misma se divide.

Sirve de base á nuestros estudios políticos el sistema de los Estados-Unidos, sin considerar que, en general, existe allí una sola clase, igualmente instruida, con idénticas aspiraciones é intereses, mientras que nosotros tenemos tres, que representan tres grandes períodos y dos grandes convulsiones.

La primera revolución se hizo en provecho de la clase media, y aunque por la Constitución política que nos dimos, se relegó al Senado la aristocracia, quedando en el Congreso cuanto de saber, inteligencia y vida alentaba en la otra clase, no es menos cierto que la democracia imperó en el municipio y en la provincia, sin que la otra clase tuviera medio de luchar con ella.

Hoy la nueva revolución ha abierto de par en par las puertas al proletariado, y el día que él quiera, por el sufragio universal, en uso legítimo de su derecho, ya sea por su voluntad, ya embriagado por el perfume aroma que exhalan las doctrinas de ambiciosos utopistas, dominará completamente en la mayor parte de los municipios y aun en la provincia; y esto no puede ser, esto es imposible. ¿Es justo, es equitativo, que una clase que nada posee represente, administre, disponga en absoluto de lo de los demás? ¿Bastará el correctivo de los tribunales, que no queremos suponer se encomiende á las diputaciones, que podrían llegar á ser parciales, siendo hijas del mismo sistema? ¿La sindicatura de las juntas de asociados? A que complicar la máquina, cuando su mecanismo puede ser tan sencillo.

¿Cuáles son en todos los pueblos de Europa los tres grandes grupos en que se divide su estado social? ¿Cuáles son hoy, valiéndonos de la frase de nuestras antiguas Constituciones, los tres brazos ó estamentos?

La propiedad, la industria y comercio; el proletariado.

En los dos primeros van comprendidos desde el rey ó presidente hasta el que solo paga un céntimo de contribución directa; en la última, el que nada posee, y que sin embargo tiene derechos y deberes.

Hé aquí el proyecto: Por la Constitución son electores y elegibles todos los españoles en plena aptitud de sus derechos civiles.

Los municipios y diputaciones se compondrán por igual, de individuos nombrados por los tres brazos.

Cada uno de los tres brazos nombrará, por sufragio universal, la tercera parte de individuos que le correspondan en los municipios y diputaciones.

Estos cargos son incompatibles con cualquier otra destino retribuido con fondos del municipio ó de la provincia.

Creo inútil desarrollar toda la ley; estos dos son los puntos diferenciales, y á ellos me limito; creo inútil toda consideración, que á infinitas se presta el sistema actual, y el que someramente acabo de indicar.

Si logro llamar vuestra atención y el periódico se ocupa de ello; si llama la atención de alguno de nuestros legisladores, que con mayor talento y penetración logre comprender la importancia de la reforma, desarrollarla y llevar con su poderosa palabra el convencimiento á las Cortes, que en estos momentos parece van á ocuparse de la ley municipal y provincial; si tú mismo, mi buen amigo, individuo de la comisión, quieres meditar sobre la importancia de la reforma, habrás prestado un gran servicio al país, y especialmente á nuestra querida Cataluña.

No olvidemos que los municipios fueron la semilla que engendró el árbol de la libertad, y que hoy también han de ser ellos los que presten al robusto tronco la savia necesaria, para que verdé lozano su extenso ramaje, y pueda un día darnos permanente y sazonado fruto.

Sabes te quiere de corazón tu mejor amigo

ALBERTO DE QUINTANA.

Torroella de Montgá, 1.º Febrero de 1870.

SECCION DE ESTADÍSTICA.

ESTADÍSTICA FÍSICA.—EMIGRACIONES.

I.

Hace cosa de diez años, meditando un día con el auxilio de nuestros escasos estudios sobre estadística, ciencia predilecta en nuestras constantes vigilias, tomábamos apuntes ligeros en la historia de este ramo para investigar desde cuándo, en qué forma y con qué pulso demográfico, había sido estimado el hecho estadístico que determina la esencia de nuestra tarea de hoy.

Era esta de suyo fácil, aunque delicada, como eran dulces las esperanzas que concibiéramos de ganar algo en estos negocios que entablamos los hombres curiosos con los libros viejos.

Fijado el punto de partida desde la época del reinado de Felipe II, hemos recorrido, con especial cuidado, un período de 292 años, dentro del cual ha sido contada y recontada la población de España nueve veces, ó sea realizados un censo y ocho recuentos de población.

Es este un dato vulgarísimo, de todos conocido; pero aun á trueque de incurrir en pesadez, vamos á determinar punto á punto, ó cronológicamente.

1598.—Primer censo, sobre la base de una

division territorial eclesiástica y resumido por el clero mismo.

1787.—Primer recuento, verificado denuro ya de la division civil.

1797.—Segundo recuento, vacilante, inseguro, distante, en fin, de la verdad aproximada.

1822.—Tercer recuento en que el *executatur* oficial le daba un carácter más metódico, pero en esencia rudimentario, exiguo.

1826.—Cuarto recuento, ejecutado por la policía, muy sospechoso, violento y desconcertado en su fiel compilacion.

1846.—Quinto recuento, base electoral de diputados á Cortes y del reemplazo del ejército.

1850.—Sexto recuento, buscando las mismas bases que el anterior.

1857 y 1860.—Sétimo y octavo recuentos, muy perfeccionados á raíz de buenos estudios y previsoras instrucciones.

Ahora bien: dentro de ese período de tres siglos, próximamente recorrido, el hecho palpante de nuestras investigaciones, un hecho trascendental, el complemento de esos grandes y prodigiosos inventarios, un hecho estadístico que tiende á la agrupacion aritmética de una masa de población española arrancada á la madre patria; unas fuerzas vivas productoras, desmembradas de la actividad de un pueblo, viene despues de tres siglos, despues del último recuento, á exhibirse por vez primera, rudimentario, raquítico entre los empolvados legajos del archivo de la direccion general de estadística, en forma de proyecto, ó mas bien, proyecto sin forma.

Es la verdad, no obstante, que, al pensarse en un sistema estadístico de emigraciones, se adunaron crecientes esfuerzos, laudable celo, voluntad decidida y empeño enérgico, así de parte del centro general estadístico como de la primera secretaria de Estado; todo ello digno de mejor éxito que el que vino á lograrse.

Mas, ¿á qué bases, á qué intencion obedecian los trabajos que constituyeron aquel proyecto, y cuál ha sido su resultado?

Las investigaciones corrieron á cargo del ministro de Estado, que, por renuncia del centro general de estadística á formular un directorio ó sistema, las cometié á su vez á los cónsules y agentes comerciales distribuidos en las diferentes partes del globo, en número de 447, sirviendo de cédula matriz de empadronamiento la hoja señalada para el registro consular; hoja excelente para el simple objeto á que estaba aplicada, pero ineficaz, exigua, como matriz de un punto estadístico, acaso el más importante de cuantos registran los estudios demográficos. Porque dentro de ese hecho está el termómetro de las aliciones de un pueblo, de la impunidad de sus crímenes, de su industria, de sus vicios, de las intranquencias y luchas de su política, de la exhuberancia de su población, de su carácter y tantas otras afirmaciones á que se docilita.

Aquella hoja no registraba mas que esas noticias ordinarias referentes al nombre, sexo, edad, estado civil y profesion del emigrante, lo cual á poco conduce. Pues de esas hojas, á vuelta de cinco ó seis años de redobladas excitaciones, dirigidas á las agencias consulares, se consiguiéron á los mas reunir farragos procedentes de 60 ó 70 de las 447, que, como dejamos dicho, registraba el ministerio de Estado; y aun así, sin unidad, cohesion ni exactitud cuantitativa.

¿Qué cifras se asignaban á las Repúblicas americanas, á la Oceanía, á Africa francesa, á Europa misma?

Vano empeño el nuestro.

En esos países, cuyos cementerios no pueden contener osarios para tantas cenizas españolas; en esos países, fantasmas de los codiciosos sueños de nuestros labriegos, en que las falaces tentaciones de una engañadora fortuna, vienen á nuestras montañas, á nuestros valles, á nuestras marinas, como los ecos de las hermosas sirenas de la isla de Eo, á los oídos del prudente Ulises; en esos remotos pueblos, decíamos, no se había logrado contar, siquiera aproximadamente, una numerosa familia española, que se renueva en ellos incesante, ni formular un sistema de movimiento periódico.

En cambio—y esto es algo—segun un extenso, meditado y profundo informe que data del año 1863, y procede del entonces embajador nuestro en París, registraba por un prudente é nseguro cálculo el imperio francés, 90.000 españoles emigrados, con carácter de permanencia, distribuidos en esta forma:

Francia . . . . .	36.000
Argelia . . . . .	50.000
Las colonias . . . . .	4.000
<b>TOTAL . . . . .</b>	<b>90.000</b>

Los números son inflexibles; es una gran verdad, y en este caso, á la vez, amarga.

Noventa mil españoles, cuando menos, doscientos mil tal vez, porque es de advertir que entre las curiosas observaciones de aquel distinguido diplomático figura la de que las autoridades francesas propendian á ocultar en sus censos la masa inmigrante española, incluyéndola en su mayor parte como indígena y naturalizada, para de este modo acrecentar la importancia estadística de sus colonias; la equivalencia, en fin, de la provincia de Alava, por ejemplo, perdida en un país vecino, oculta entre los pliegues de nuestra habitual ignorancia, ó cuando menos de nuestra proverbial indiferencia.

Qué, ¿es cosa baladí la investigacion y el estudio de los grados respectivos de densidad viviente en la patria que se abandona y en la que se adopta? ¿Las causas de la emigracion, los recursos con que vivian en la una y viven en la

otra, sus profesiones, oficios y ocupaciones, su clasificacion por grupos de edad ascendente hasta la centenaria y desconocida, la prole con que emigran, la que adquieren y la que dejan abandonada?

Pues á nada de eso propendia el proyecto de que nos venimos ocupando, ni, por consiguiente, los datos consulares en escaso número reunidos; razon por qué uno y otros fueron relegados al olvido, al reposo mas completo, hasta los dias que corremos, en que, habiendo recibido los ramos afectos á la estadística el impulso y la radical novedad que les imprimiera la revolucion recientemente verificada, al impulso tambien de los dignos funcionarios que dirigen ese centro, entre otros muchos importantes proyectos elaborados en él, tocóle en suerte al de las emigraciones, del cual pensamos ocuparnos extensamente en nuestra segunda tarea.

FEDERICO ALEJOS PITA.

SONETOS.

I.

Amar y querer.

A la infiel mas infiel de las hermosas un hombre la queria, y yo la amaba; y ella á un tiempo á los dos nos encantaba con la miel de sus frases engañosas. Mientras él, con sus flores venenosas, queriéndola, su aliento emponzoñaba, yo de ella ante los pies que idolatraba, acabadas de abrir echaba rosas. De su favor ya en vano el aire arrecia; mintió á los dos, y sufrirá el castigo que uno la da por vil, y otro por necia. No hallará paz con él, ni bien conmigo; él, que solo la quiso, la desprecia; yo, que tanto la amaba, la maldigo.

II.

Los egoistas.

Por no amenguar sus brillos celestiales, los lanza el alto y los rechaza el bajo, porque acaban su horror huéspedes tales. (A.—Canto III del Infierno.—Traduccion del marqués de la Pezuela.)

Vejeta sin sufrir, vive en mal hora, amigo infiel y cómodo enemigo, que, egoista, jamás llevas contigo la pena del tormento que se adora. De premio indigna tu virtud traidora, ni dignas son tus faltas de castigo; y no hallas en la tierra un solo amigo á quien decir ¿qué tienes? cuando llora.

Vos, los que ajeno de placer y duelo, vais dando, sin amar ni ser amados, abrazos sin calor, besos de hielo, Morireis sin virtud y sin pecados, y siendo despreciables para el cielo, seréis en el infierno despreciados.

III.

El busto de nieve.

De amor tentado un penitente un día con nieve un busto de mujer formaba; y el cuerpo al busto con furor juntaba templando el fuego que en su pecho ardía. Cuanto mas con el busto el cuerpo unia, mas la nieve con fuego se mezclaba, y de aquel santo el corazón se helaba, y el busto de mujer se deshacía.

En tus luchas ¡oh amor! de quien reniego, siempre se une el invierno y el esfo, y si uno ama sin fe, quiere otro ciego. Así te pasa á tí, corazón mio, que uniendo ella su nieve con tu fuego, por matar de calor mueres de frío.

IV.

Los celos.

Ya á traicion, ya á traicion en el costado me hiciste, infame, la mortal herida, y subo este calvario de la vida el corazón de espinas coronado. Nombre maldito á un tiempo y nombre amado, ¡dichoso pudiera no amarte maldecido! ¡dichoso aquel que indiferente olvida, y puede perdonar y es perdonado! ¡Vil homicida del amor mas tierno, que lleves quiera Dios siempre contigo despues de un grande amor, un odio eterno! Y mueras inconfesa, y por castigo, odiándome y odiada, en el infierno á donde iré por tí, vivas conmigo!

V.

Caton de Utica.

Rasga su pecho el último Romano y exclama deshonrando su memoria: —«Sueño es la libertad, humo la gloria, y la austera virtud un nombre vano.»— Deten, Caton, la temeraria mano, que en huir del dolor nunca hay victoria; fiel á ese pueblo mártir de la historia, muere, si hay que morir, cara al tirano. Toraa á ganar la libertad perdida; vuelve hacia Roma, y cuando hieran, hiere; si cae la virtud, caiga vencida. ¿Quién su deshonra á su dolor prefiere? En las batallas de la humana vida solo se mata el vil, el noble muere.

VI.

La duda.

Tanto quiero creer que no te creo, dicha y tormento de la vida mia: veo tu amor tan claro como el día, mas lo anubla una cosa que no veo. Cuando mis dudas en tu frente leo, á poderte matar te mataría. ¡Oh! ¡qué desesperada es mi alegría que lo que adoro aborrecer desee! ¡Santa virtud, consolador olvido!

dadme el candor de ver como hombre honrado que soy con honradez correspondido! ¡Quítame Amor la duda que me has dado; pues mas que no creer siendo querido, quisiera tener fe siendo engañado!

VII.

Los padres y los hijos.

Un enjambre de pájaros metidos en jaula de metal guardó un cabrero, y á cuidarlos voló desde el otero la pareja de padres alligidos.

—«Si aquí, dijo el pastor, vienen unidos sus hijos á cuidar con tanto esmero, ver cómo cuidan á los padres quiero los hijos por amor y agradecidos.»—

Deja entre redes la pareja envuelta; la puerta abre el pastor del duro alambre, cierra á los padres y á los hijos suelta.

Huyó de los hijuelos el enjambre, y como en vano se esperó su vuelta, mató á los padres el dolor y el hambre.

VIII.

Los hijos y los padres.

A MI SABIO AMIGO D. ANTONIO M. SEGOVIA.

Ni arrastrada un pastor llevar podia á una cabra infeliz que oía amante balar detrás al hijo, que inconstante marchar junto á la madre no queria. —«¡Necio!—al pastor un sabio le decía, —al que llevas detrás, ponlo delante; échate el hijo al hombro, y al instante la madre verás ir tras de la cria.»—

Tal consejo el pastor creyó sencillo; cogió la cria, y se marchó corriendo llevando al animal sobre el hatillo.

La cabra sin ramal les fué siguiendo, mas siguiendo tan cerca al cabritillo que los pies por detrás le iba lamiendo.

CAMPOMOR.

UNA HISTORIA DE AMORES.

Mi sobrina Julia tiene en su casa un jardín espacioso y lindo, de sombras deliciosas y de perfumados bosquecillos.

Hay en este jardín una sensitiva, que ya sabeis que es la flor mas virgen, mas tímida, mas pudorosa que se conoce.

Mi sobrinita Julia sabia muy bien que tenia una sensitiva en su jardín, como que la cuida con preferencia y la mira con particular predileccion entre sus flores, pero lo que Julia no sabia es que hubiera en su mismo jardín una luciérnaga, ya sabeis, uno de esos gusanillos de ese color blanco rosado tan lindo, y con esa preminencia fosfórica tan embelesadora.

Si; habia, pues, una luciérnaga en el jardín, y, lo que es mas, una luciérnaga que estaba loca y perdidamente enamorada de la sensitiva.

Todo el día lo pasaba el pobre gusano dando vueltas en torno de la flor querida, contemplándola á su sabor, arrobándose de ver su frescura y esbeltez, acariciándola con sus miradas y murmurando de celos cada vez que veia posarse en ella una pintada mariposa, cada vez que veía en sus hojas la mancha de un insecto, cada vez que iba á picotearla un pájaro atrevido.

¡Ay! el pobre gusanillo sufría mucho, obligado á presenciar todas las coquetías de su amada flor. Sin embargo, no por ello dejaba cada día de pasarle entero á sus pies y cada noche de lucir bajo sus ramas su poética, hermosa y fosfórica luz.

Pero cuando mas sufría el pobre gusanillo era el día de lluvia, privado de poder ir á contemplar á su amada, de poder ir á besar sus virginales piés. Aquellos dias el pobre amante sufría por toda una eternidad.

Por fin, decidió poner término á sus tormentos, y puesto que en una ó otra flor habia él de vivir, ¡por qué no en la misma sensitiva! ¿Por qué no pedir hospitalidad al seno de su misma amada y vivir en ella de ella misma viviendo?

En efecto, su proyecto fué puesto en planta. El primer día de sol, la luciérnaga se dirigió con toda la posible ligereza á su flor querida, y escalando, trémula de placer y de emociion, sus delicadas ramas, se dirigió á su corola llena de dulce ambrosía y de aromas tiernos y suaves para el amante.

¿Quién seria capaz de pintar el transporte, el embeleso, la embriaguez del pobre enamorado? ¡Pero ay! no sabia lo que le esperaba.

Llegó la noche y con ella empezó la sensitiva á replagar sus hojas, á cerrar su corola, á juntar sus pétalos y á formar para la pobre luciérnaga una cárcel sin salida.

Todos los aromas de la flor se concentraron en su corola, el aire empezó á ser sofocante para el pobre gusano, el aroma empezó á darle vértigo, quiso salir y no pudo, quiso respirar la frescura de la noche y no respiró mas que el perfume de las hojas, quiso hacer brillar su luz y su luz no brilló. El abrazo de su amada le ahogaba, el seno de su querida era su tumba, las hojas que tanto habia idolatrado su sudario.

¡Pobre luciérnaga! Murió amando, murió ahogada por su mismo amor.

Al día siguiente, cuando el primer rayo de sol y la primera perla de rocío cayeron sobre la corola de la sensitiva, ésta se abrió perezosamente y dejó ver el cuerpo de su amante.

Allí halló el cadáver mi sobrina Julieta, cuando fué á visitar por la mañana su flor favorita.

Y yo dije á mi sobrina: —Algun día, hija mia, cuando sobre tu frente, que Dios bendiga, vengan á cernerse en nubes de rosa las ilusiones amorosas, aquel día comprenderás esa triste historia de los amores de un gusanillo y de una flor. —VÍCTOR BALAGUER.

Madrid: 1870.—Imprenta de LA AMÉRICA.

# SECCION DE ANUNCIOS.

## Vin de Bugeaud

TONI-NUTRITIF

au Quinquina et au Cacao combinés

43, rue Réaumur  
27 et 29, rue Palestro

Chez J. LEBEAULT, pharmacien, à Paris

43, rue Réaumur  
27 et 29, rue Palestro

Los facultativos lo recomiendan con éxito en las enfermedades que dependen de la *pobreza de la sangre*, en las *nevrocias* de todas clases, las *fleres blancas*, la *diarrea crónica*, *perdidas seminales involuntarias*, las *hemorragias pasivas*, las *escrúfulas*, las *afecciones escorbúticas*, el *periodo adinámico de las calenturas tifoidales*, etc. Finalmente conviene de un modo muy particularmente especial á los convalecientes, á los niños débiles, á las mujeres delicadas, et á las personas de edad debilitadas por los años y los padecimientos. La *Union medical*, la *Gaceta de los Hospitales*, la *Abeja medica*, las Sociedades de medicina, han constatado la superioridad del presente remedio sobre los demas tónicos.

Depositos en La Habana: SARRA y C<sup>a</sup>; — En Buenos-Ayres: A. DEMARCHI y HERMANOS, y en las principales farmacias de las Americas.

## Los MALES DE ESTOMAGO, GASTRITIS, GASTRALGIA y las IRRITACIONES de los INTESTINOS

Son curados por el uso del **RACAHOUT DE LOS ARABES** de DELANGRENIER, rue Richelieu, 26, en Paris. — Este agradable alimento, que está aprobado por la Academia imperial de Medicina de Francia y por todos los Médicos mas ilustres de Paris, forma un almuerzo tan digestivo como reparador. — Fortifica el estómago y los intestinos, y por sus propiedades analépticas, preserva de las *fiebres amarilla y tifóidea* y de las enfermedades epidémicas. — *Desconfiese de las Falsificaciones.* — Depósito en las principales Farmacias de las Américas.

LOS INOFENSIVOS de esquisito perfume **TEINTURES DU DOCTEUR CALLMANN** vuelven instantaneamente al cabello y a la barba su color primitivo, por una simple aplicacion, sin desgrasar ni lavar, sin manchar la cara, y sin causar Enfermedades de ojos ni Jaquucas.

QUIMICO, FARMACÉUTICO DE 1<sup>a</sup> CLASE, LAUREADO DE LOS HOSPITALES DE PARIS 12, rue de l'Echiquier, Paris.

Desde el descubrimiento de estos *Tintes perfectos*, se abandonan esos tintes debiles llamados AGUAS, que exigen operaciones repetidas y que mojan demasiado la cabeza. — *Oscuro, castaño, castaño claro*, 3 frs. — *Negro rubio*, 40 frs. — DR. CALLMANN, 12, rue de l'Echiquier, PARIS. — LA HABANA, SARRA y C<sup>a</sup>.

### IRRIGADOR

Invencon del Doctor ÉGUISIER.



Los irrigadores que llevan la estam-pilla DRAPIER & FILS, son los únicos que nada dejan que desear. Estos instrumentos reconocidos como superiores y de perfeccion acabada, ninguna relacion tienen con los numerosas imitaciones esparcidas en el comercio.

Precio: 14 á 32 fr. segun el tamaño

DRAPIER & FILS, 41, rue de Rivoli, y 7, boulevard Sébastopol, en Paris.

### BRAGUERO CON MODERADOR

Nueva Invencon, con privilegio s. g. d. g.

PARA EL TRATAMIENTO y LA CURACION DE LAS HERNIAS.

Estos nuevos Aparatos, de superioridad incontestable, reúnen todas las perfecciones del **ARTE HERNIARIO**; ofrecen una fuerza que uno mismo modera á su gusto. Todas las pelotillas son elen interior de cauchú maleable; no tienen accion ninguna irritante y no perforan el anillo.

Se encuentran en nuestros almacenes toda especie de Bragueros y Suspensorios.

Medalla á la Sociedad de las Ciencias industriales de Paris.

### NO MAS CANAS MELANOGENA

TINTURA SOBRE ALIENJE de DICQUEMARE aíné DE RUAN

Para teñir en un minuto, en todos los matices, los cabellos y la barba, sin peligro para la piel y sin ningun olor. Esta tintura es superior á todas las usadas hasta el día de hoy.

Fábrica en Ruan, rue Saint-Nicolas, 89. Depósito en casa de los principales peluqueros y perfumadores del mundo. Casa en Paris, rue St-Honoré, 207.

### VERDADERO LE ROY EN LIQUIDO ó PILDORAS

Del Doctor SIGNORET, único Sucesor, 51, rue de Seine, PARIS

Los médicos mas célebres reconocen hoy día la superioridad de los evacuativos sobre todos los demas medios que se han empleado para la

#### CURACION DE LAS ENFERMEDADES

ocasionadas por la alteracion de los humores. Los evacuativos de **LE ROY** son los mas infalibles y mas eficaces: curan con toda seguridad sin producir jamas malas consecuencias. Se toman con la mayor facilidad, dosados generalmente para los adultos á una ó dos cucharadas ó á 2 ó 4 Pildoras durante cuatro ó cinco dias seguidos. Nuestros frascos van acompañados siempre de una instruccion indicando el tratamiento que debe seguirse. Recomendamos leerla con toda atencion y que se exija el verdadero Le Roy. En los tapones de los frascos hay el sello imperial de Francia y la firma.

*Signoret*  
DOCTEUR-MÉDECIN ET PHARMACIEN

### ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

AUTORIZADO EN FRANCIA, EN AUSTRIA, EN BELGICA Y EN RUSSIA.

Los médicos de los hospitales recomiendan el **ROB VEGETAL BOYVEAU LAFFECTEUR**, aprobado por la Real Sociedad de Medicina, y garantido con la firma del doctor Giraudoux de Saint-Gervais, médico de la Facultad de Paris. Este remedio, de muy buen gusto y muy fácil de tomar con el mayor sigilo, se emplea en la marina real hace mas de sesenta años, y cura en poco tiempo, con pocos gastos y sin temor de recaídas, todas las enfermedades sífilíticas nuevas, inveteradas ó rebeldes al mercurio y otros remedios, así como los empeines y las enfermedades cutáneas. El Rob sirve para curar: Hérpes, siberos, goma, marasma, catarros de la vejiga, palidez, tumores blancos, asma nervioso, úlceras, sarna dejenurada, reumatismo, hipocostrias, hidropesia, mal de piedra, sífilis, gastro-enteritis, escrúfulas, escorbuto. Depósito, noticias y prospectos, gratis en casa de los principales boticarios.

Depósito general en la casa del Doctor Giraudoux de Saint-Gervais, 12, calle Richer, PARIS. — Depósito en todas las boticas. — *Desconfiese de la falsificacion*, y exijase la firma que viste la tapa, y lleva la firma Giraudoux de Saint-Gervais.

### PEPSINE BOUDAULT

EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867

la medalla unica para la pepsina pura ha sido otorgada

A NUESTRA PEPSINA BOUDAULT

la sola aconsejada por el D<sup>r</sup> CORVISART médico del Emperador Napoleon III

y la sola empleada en los HOSPITALES DE PARIS, con éxito infalible en Elizir, Vino, Jarabe BOUDAULT y polvos (Fracos de una onza), en las

Gastritis	Gastralgias	Agruras	Nauseas	Eructos
Opresion	Pituitas	Gases	Jaqueca	Diarreas

y los vomitos de las mujeres embarazadas

PARIS, EN CASA DE HOTTOT, Succ<sup>r</sup>, 24 RUE DES LOMBARDS.

DESCONFIESE DE LAS FALSIFICACIONES DE LA VERDADERA PEPSINA BOUDAULT

NICASIO EZQUERRA.

ESTABLECIDO CON LIBRERIA MERCERIAS ÚTILES DE BISCUTORIO

en Valparaiso, Santiago y Copiapó. Los tres puntos mas importantes de la república de Chile.

admito toda clase de consignaciones, bien sea en los ramos arriba indicados ó en cualquiera otro que se le confie bajo condiciones equitativas para el remite-nte.

Nota: La correspondencia debe dirigirse á Nicasio Ezquer- ra, Valparaiso (Chile.)

### JARABE DE LABELONYE

Farmacéutico de 1<sup>a</sup> clase de la Facultad de Paris.

Este Jarabe este empleado, hace mas de 36 años, por los mas célebres médicos de todos los paises; para curar las enfermedades del corazon y las diversas hidropesias. Tambien se emplea con feliz éxito para la curacion de las palpitaciones y opresiones nerviosas, del asma; de los catarros crónicos, bronquitis, tos convulsiva, espustos de sangre, extincion de voz, etc.

Deposito general en casa de LABELONYE y C<sup>a</sup>, calle d'Aboukir, 99, plaza del Cairo.

Depósitos: en Habana, Lervierend; Reyes; Fernandez y C<sup>a</sup>; Sara y C<sup>a</sup>; — en Mejico, E. van Wingart y C<sup>a</sup>; Santa María Da; — en Panama, Kratochwill; — en Caracas, Sturup y C<sup>a</sup>; Braun y C<sup>a</sup>; — en Cartagena, J. Veloz; — en Montevideo, Ventura Garatecochen; Lascases; — en Buenos-Ayres, Demarchi hermanos; — en Santiago y Valparaiso, Mongiardini; — en Callao, Botica central; — en Lima, Dupeyron y C<sup>a</sup>; — en Guayaquil, Gault; Calva y C<sup>a</sup>; y en las principales farmacias de la America y de las Filipinas.

### GRAGEAS DE GÉLIS Y CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Resulta de dos informes dirigidos a dicha Academia el año 1840, y hace poco tiempo, que las Grageas de Gélis y Conté, son el mas grato y mejor ferruginoso para la curacion de la clorosis (*colores pálidos*); las perdidas blancas; las debilidades de temperamento, en ambos sexos; para facilitar la menstruacion, sobre todo a las jóvenes, etc.



PILDORAS DEHAUT

Esta nueva combinación, fundada sobre principios no conocidos por los médicos antiguos, llena, con una precisión digna de atención, todas las condiciones del problema del medicamento purgante.

PASTA Y JARABE DE NAFÉ de DELANGRENIER

Los únicos pectorales aprobados por los profesores de la Facultad de Medicina de Francia y por 50 médicos de los Hospitales de París, quienes han hecho constar su superioridad sobre todos los otros pectorales y su indudable eficacia contra los Romadizos, Gripe, Irritaciones y las Afecciones del pecho y de la Sarganta.

RACAHOUT DE LOS ARABES de DELANGRENIER

Único alimento aprobado por la Academia de Medicina de Francia. Restituye a las personas enfermas del Estómago ó de los Intestinos; fortifica á los niños y á las personas débiles, y, por sus propiedades analépticas, preserva de las Fiebres amarilla y tifóidea.

EXPRESO ISLA DE CUBA.

EL MAS ANTIGUO EN ESTA CAPITAL. Remite á la Península por los vapores-correos toda clase de efectos y se hace cargo de agenciar en la corte cualquiera comision que se le confíe.

EL UNIVERSAL.

PRECIOS DE SUSCRICION. Madrid, un mes. . . . . 8 reales. Provincias, un trimestre, directamente. . . . . 30 »

VAPORES-CORREOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.

LÍNEA TRASATLÁNTICA.

Salida de Cádiz, los días 15 y 30 de cada mes, á la una de la tarde, para Puerto-Rico y la Habana. Salida de la Habana también los días 15 y 30 de cada mes á las cinco de la tarde para Cádiz directamente.

TARIFA DE PASAJES.

Table with columns for destination (Puerto-Rico, Habana, Habana á Cádiz) and fare classes (Primera, Segunda, Tercera).

Camarotes reservados de primera cámara de solo dos literas, á Puerto-Rico, 170 pesos; á la Habana, 200 id. cada litera. El pasajero que quiera ocupar solo un camarote de dos literas, pagará un pasaje y medio solamente.

LÍNEA DEL MEDITERRANEO.

Salida de Barcelona los días 7 y 22 de cada mes á las diez de la mañana para Valencia, Alicante, Málaga y Cádiz, en combinación con los correos trasatlánticos. Salida de Cádiz los días 1 y 16 de cada mes á las dos de la tarde para Alicante y Barcelona.

TARIFA DE PASAJES.

Table with columns for destinations (Barcelona, Valencia, Alicante, Málaga, Cádiz) and fare classes (1.º, 2.º, Cubta).

EL TARTUFO,

COMEDIA EN TRES ACTOS.

Se vende en Madrid, en la librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

CATECISMO

DE LA RELIGION NATURAL,

D. JUAN ALONSO Y EGUILAZ,

REDACTOR DE «EL UNIVERSAL»

Este folleto encierra en una forma clara, metódica y compendiosa, el resumen sustancial de los principios de la religion natural, es decir de la religion que á todos los hombres ilustrados y de sano criterio dicta su simple buen sentido.

TENEDURÍA DE LIBROS.

FOR D. EMILIO GALLUR.

Nueva edicion refundida con notables aumentos en la teoría y en la práctica.

Obra recomendada por la Sociedad Económica de Amigos del país de Alicante, y de grande aceptación por el comercio en España y América. Un tomo de 300 páginas próximamente, en 4.º prolongado, que se vende á 20 reales en las principales librerías, y haciendo el pedido al autor en Alicante.

ENFERMEDADES DEL PECHO

GLOSIS, ANEMIA, OPILACION

Alivio pronto y efectivo por medio de los Jarabes de hiposfito de sosa, de cal y de hierro del Doctor Churchill. Precio 4 francos el frasco en París.

DESCUBRIMIENTO PRODIGIOSO.

Curacion instantánea de los más violentos dolores de muelas.—Conservacion de la dentadura y las encías. Depósito: Gral. en España, Srea. I. Ferrer, Madrid.

CORS CALLOS

Juanetes, Callosidades, Ojos de Pollo, Uñeros, etc., en 30 minutos se desembraza uno de ellos con las LIMAS AMERICANAS de P. Mourthé, con privilegio s. g. d. g., proveedor de los ejércitos, aprobadas por diversas academias y por 15 gobiernos.

CORRESPONSALES DE LA AMÉRICA EN ULTRAMAR Y DEMAS CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Large table listing correspondents for various regions: ISLA DE CUBA, SAN SALVADOR, PIURA, BRASIL, BOLIVIA, PARAGUAY, ECUADOR, CHILE, GUYANA INGLESA, TRINIDAD, ESTADOS-UNIDOS, EXTRANJERO, CENTRO AMÉRICA, FILIPINAS.

CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

POLÍTICA, ADMINISTRACION, COMERCIO, ARTES, CIENCIAS, INDUSTRIA, LITERATURA, etc.—Este periódico, que se publica en Madrid los días 13 y 28 de cada mes, hace dos numerosas ediciones, una para España, Filipinas y el extranjero, y otra para nuestras Antillas, Santo Domingo, San Thomas, Jamaica y demás posesiones extranjeras.